

Un militante de la
C. N. T. en Rusia



D-171

300

V. PÉREZ (Combina)

Un militante de la C. N. T. en Rusia



Segunda edición



Ediciones ROJO Y NEGRO
Cavá, 38 BARCELONA

Derechos de propiedad reservados

Copyright 1932

Impreso en España

Segunda edición 1933

b 1817212x

i 20798891

R. 21.069

Dedicatoria

Es un deber de todos los que luchamos, de todos los que estamos en la vanguardia del proletariado revolucionario, recordar el pasado, colmo de las barbaries e injusticias.

Al escribir este modesto libro no me ha guiado más que descifrar un enigma para muchos y servir a los intereses de los esclavos frente a toda la política democrática de los bolcheviques. Contra la revolución del Pueblo Ruso, nunca, pero contra sus usurpadores, siempre.

Este libro lo dedico a todos los que luchamos y luchan contra la tiranía capitalista y contra el sistema opresor del Estado.

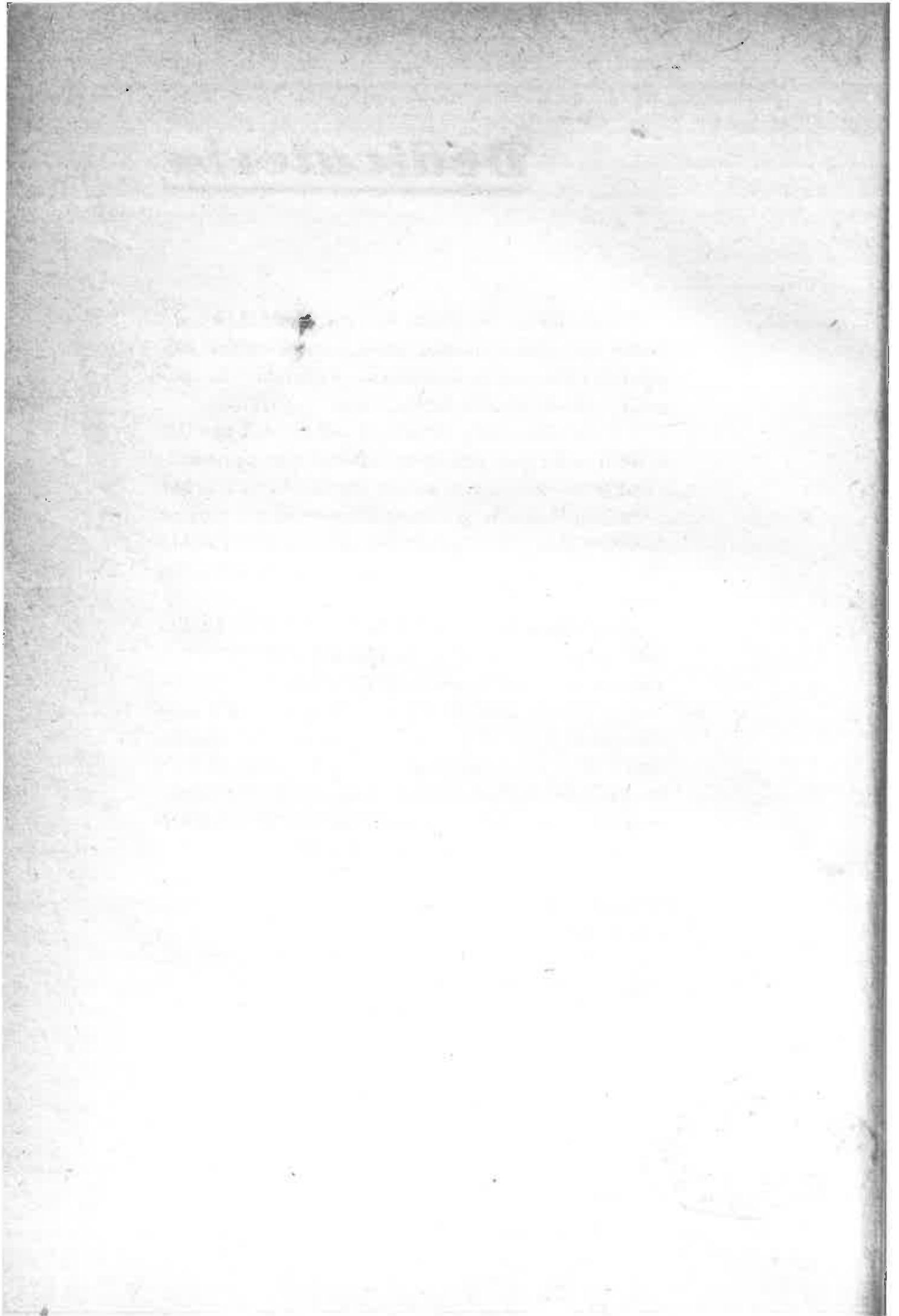
Un recuerdo justo, lleno de emoción y sentimiento para todos aquellos que ofrendaron sus vidas en holocausto a la libertad y a la justicia en defensa del Comunismo Libertario, suprema idealidad que manumitirá integralmente a todo el proletariado esclavo.

Un recuerdo también para todos los caídos y asesinados durante la República española, como asimismo para todos los que yacen en las ergástulas, por haber defendido el Comunismo Libertario. Nada más.

Vicente Pérez (Combina)

Barcelona, septiembre 1932.







INTRODUCCION

No espere el lector encontrar en este libro una exposición teórica ni doctrinaria acerca de los credos comunistas. Será, sólo y exclusivamente, una exposición concisa, pero verídica, de hechos y cosas vistos y vividos—más vivido que visto—durante una estancia en Rusia que duró unos tres años y medio.

Nadie ignora hoy que el proletariado ruso, después de haberse batido valerosamente en las barricadas para hundir al despótico e inicuo régimen zarista, tuvo que hacer frente, más tarde, a todas las potencias imperialistas, coaligadas en una acción común, las que pretendían con un criminal bloqueo, aplastar definitivamente el movimiento revolucionario y cercenar en sus comienzos la pujante vida de aquel sistema nuevo. No consiguieron su objeto, aun cuando, sin embargo, sembraron la miseria y el dolor entre la castigada población rusa, haciendo morir cruelmente de hambre a millones de seres cuyo único delito con-

sistía en haber conquistado su libertad y haberla defendido contra toda posible usurpación.

Y triunfó el pueblo ruso de todos sus enemigos, porque en la multiplicidad de pensamientos e ideas liberadoras, en la diversidad de los criterios y las actuaciones, no hay más que una sola fuerza cuando se lucha por una causa justa, noble y humana; es que el proletariado ruso tenía fijos los ojos en aquellos amplios horizontes donde esperaba surgiese el sol de la Libertad y de la Justicia, el astro rutilante que acabase con todas las iniquidades; porque, lleno ya el cáliz de amargura en su pasión, hartado ya de sufrir vejámenes y persecuciones, no sólo en sí mismo, sino también en la carne de sus hermanos explotados de todos los países del globo, creció de tal modo su fe, hasta tal punto la IDEA se hizo carne de su carne, que, antes que retroceder hubiese preferido desaparecer de la faz de la tierra.

Pero... han pasado los años. Kronos ha seguido impasible su camino y lo que al principio pareció un triunfo proletario ha se convertido en una amalgama de pomposas frases, de nombres huecos, que no tienen virtualidad práctica. Se han cambiado las denominaciones, pero la situación del obrero no ha variado. La sangre derramada, los montones de víctimas causadas por la metralla blanca y por el hambre, sólo han dado como fruto un triste, un lamentable trueque en la nomenclatura de las cosas.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Es cierto que se han hecho progresos importantes tanto en el orden técnico como en el de producción, pero eso, con todo y ser mucho, no es el ideal por el que dieron su vida tantos millones de seres.

Porque, hora es ya de que se diga: el Estado ruso atraviesa un período termidoriano. Los hombres que se han erigido en depositarios de la esencia de la revolución, los mentores y directores de la nueva U. R. S. S., los que han vinculado en sí mismos la representación y la interpretación de los deseos populares, embriagados todavía por el vino de la magna victoria conseguida—pero no conseguida por ellos, sino por los núcleos que lucharon—, consideran a las masas trabajadoras de las ciudades y del campo, como un material de guerra, como un instrumento social que pueden manejar a su antojo y capricho, para los fines que ellos se propongan.

Por esto, y por la absoluta ausencia de democracia en los Sindicatos y en el seno mismo del Partido, las masas productoras no ponen interés alguno en las cosas públicas, llegando hasta el extremo de manifestar su absoluta disconformidad con los procedimientos y tácticas de los dirigentes, mediante un lento, pero continuo sabotaje en la producción. Esta es la única arma de defensa que les queda contra el despotismo abyecto de los trusts, órganos administrativos de la producción, y contra la G. P. U., que es el núcleo regula-

dor de la vida política, los cuales tienen aterrorizada a toda la población del país.

De esta forma, colocado Stalin a la cabeza de la oficina política, ha podido trazar cómodamente los dos planes quinquenales de industrialización nacional, sin consultar previamente, como era justo y democrático, a la clase trabajadora que es la directamente afectada por las medidas dispuestas y la que debe soportar todo el peso del esfuerzo titánico que representa el plan.

Nuevamente el hambre y la miseria hace presa en los productores, exactamente como en tiempos de la guerra civil; otra vez el espectro fatídico de las privaciones se cierne, más pavoroso que nunca, sobre los hogares proletarios de Rusia, cuya voz no se ha querido tener en cuenta para la confección de las líneas generales del nuevo plan.

Sólo las teorías norteamericanas de valoración han imperado. Por doquier aparece el americanismo, el fordismo y la racionalización. Pero no se ve en lugar alguno una frase de aliento para el famélico, ni se tiende una mano amiga al caído. No hay cuartel para el disconforme, ni el descontento puede hacerse oír. Únicamente veréis por todas partes, en la calle, en los talleres y en las fábricas grandes carteles con inscripciones como ésta: "En diez años hemos de alcanzar y sobrepujar a Norteamérica".

He aquí la única preocupación del moderno dic-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

tador. ¿Qué importan la voluntad de las masas y los gritos de angustia? El impuso su voluntad personal y ¡guay del que protesta! Quien tal haga será detenido, expulsado de los sindicatos y conducido a la Siberia, entre un silencio absoluto, sin ningún medio de defensa y sin que nadie se atreva ni tan sólo a emitir una opinión favorable para él.

Todo allí es monopolio del Estado, el papel, los libros, los periódicos, los sindicatos, etc., etc. Nadie, por lo tanto, puede disponer de los medios necesarios para hacerse oír ni manifestarse sin el consentimiento de los dirigentes. Decidme, lectores, ¿qué puede esperarse de un país en el que hasta la libertad es objeto de monopolio y dosificación? ¿Qué podemos decir de una nación en la que la clase obrera carece por completo de medios para manifestar libremente sus opiniones e ideas?

Pero lo más lamentable en todo esto es que, desvirtuando la realidad, falsificando los hechos, se pretenda llevar a cabo una propaganda intensa de glorificación rusófila. Porque, hay que decirlo claramente, la verdad de lo que acontece en Rusia lo saben todos los líderes comunistas del mundo; lo sabe el Partido Comunista Español y lo sabe, quizá mejor, el "Bloque Obrero y Campesino de Cataluña"... ¿Por qué callan, pues? ¿Por qué silencian la verdad de los acontecimientos?... Dicen que tienen fe, que confían

V. P E R E Z (C O M B I N A)

en que muy pronto los rusos harán un viraje y Stalin reconocerá sus errores.

Cuán equivocados andan, los que dicen esto de buena fe. No, no es posible el viraje ni el reconocimiento de los yerros. Para que tal cosa se produjese sería precisa la presión fulminativa del proletariado internacional en favor del pueblo ruso. Mientras esto no se haga, el proletariado de la U. R. S. S. no podrá impulsar ningún cambio en la dirección de la nave comunista porque está atado de pies y manos, porque se halla amordazado y le es imposible hacer oír su voz.

Por docenas pueden contarse los escritores que han ido a Rusia. Numerosas son las delegaciones que el proletariado que gime bajo el yugo ignominioso de la explotación capitalista, ha mandado a aquel país con el único y exclusivo objeto de que le rindiese un informe claro, categórico y detallado acerca de todos los extremos de la vida—miserable o soportable—que el proletariado lleva en el seno de la Rusia Comunista.

Esta tarea, difícilísima, no ha podido ser llevada a cabo todavía, ni se podrá tampoco, por dos razones fundamentales que en modo alguno podemos ocultar a nuestros lectores. Silenciarlas sería una traición al proletariado ruso que algún día creyó haber hecho su Revolución, y sería, además, un acto de encubridores del Partido Bolchevista que, en realidad, ha sido

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

el estrangulador de la libertad. En las páginas de este libro, hallará el lector la justificación de nuestras afirmaciones y detalladas las dos razones de que hablábamos en el párrafo anterior.

* * *

El noventa por ciento de toda la literatura que se ha publicado durante estos años tiene un carácter profunda y esencialmente partidista. Su objeto ha sido el de sembrar el confucionismo en los medios avanzados a la par que ser punto de apoyo para llevar a término campañas tendenciosas, carentes en absoluto de base y destinadas al exclusivo objeto de dividir los pareceres a fin de captar a los descontentos para engrosar las filas del Partido.

*¡Ah! Con qué sencillez el crédulo pueblo traga las ruedas de molino que los escritores a sueldo le dan como pan bendito. Cuán fácil le es a un literato (?) profesional embellecer las cosas, aun las más delezna-
bles, y contar que existen edenes allí donde sólo hay desolación y muerte... Les ha bastado a muchos poseer papel, pluma y tinta, junto con dos ideas generales y extravagantes acerca de lo que es la vida en Rusia, para escribir un libro en el que jugaban, no sólo con la verdad y el propio decoro, sino con la dignidad y los intereses de la clase obrera toda.*

Y no ha habido una voz sincera que se alzase con-

tra esas fantasías. Ni uno solo de los que podían, han denunciado que el escritor, valiéndose de la libertad literaria, se había esforzado en poner flores y alfombras en el pedregoso camino sembrado de espinas. Esto es lo que han hecho la mayoría de los que han ido a Rusia, secundados por el silencio culpable de los que, por unas u otras razones, han callado lo que podían decir.

Sería posible escribir y presentar un informe real y verdadero acerca de la situación económica y política del proletariado ruso, tal como ha sido y es deseo de los obreros del mundo, y del que hablábamos en páginas anteriores, si, los delegados y turistas que se trasladan al país de los soviets, en lugar de pasar el tiempo frecuentando las oficinas oficiales de información, recibiendo de manos interesadas el material estadístico que ha de servirles para lanzar a la publicidad sus impresiones, se dedicaran, movidos por la propia iniciativa y por el afán de saber y de servir a los lectores, a cerciorarse de si la documentación recibida responde a la realidad; indagaran y consultarán al pueblo que trabaja y estableciesen un control riguroso entre las opiniones de los de abajo y los informes de los de arriba. Pero, si por casualidad se les ocurre una idea semejante, como desconocen la lengua rusa, se ven en la imposibilidad de comunicarse directamente y el contacto con la masa obrera y productora sólo puede llevarse a efecto, en este caso, mediante in-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

térpretes que, perteneciendo en cuerpo y alma al Partido, se dedican a hacer desfilar ante ellos como una cinta cinematográfica, una especie de Rusia abstracta.

Si fuese cierto que la vida en Rusia se desarrolla bajo las normas de felicidad y bienestar que se dice, y si la clase trabajadora gozase en realidad de todo lo que hasta ayer sólo fué privilegio de la clase capitalista, ¿por qué no se autoriza a una delegación de los anarquistas, para que se traslade allí, con sus intérpretes propios, y haga las indagaciones directas? Es así como se combatiría con eficacia al anarquismo y los propios comisionados, si lo que se propala fuese cierto, volverían cantando las excelencias de un país que hubiese sabido labrar la felicidad de sus habitantes.

Si se ha llegado ya, como algunos afirman, a la liquidación del Kulak y el Nepman, que son en aquel país los prototipos del capital privado, y que se va a pasos agigantados y por derroteros nada tortuosos al fundamento de la Economía Socialista, ¿por qué a nosotros que fuimos los más fieles defensores de la Revolución rusa durante los años en que tuvieron lugar las rudas y sangrientas batallas contra los ejércitos blancos, que, dirigidos por Kolchak, Denikin y Judenik ponían en peligro las conquistas realizadas, por qué, repetimos, se nos niega la entrada en la U. R. S. S. y se nos prohíbe incluso poner los pies en la misma? ¿Por qué, llevando a un extremo incalificable

el odio que nos profesan, llegan hasta a acusarnos de contrarrevolucionarios?

Pues, porque nosotros no cerramos los ojos ante la realidad. Porque si una comisión internacional anarquista visitara Rusia, no callaría las vergüenzas y las iniquidades que allí viera, porque nosotros no podemos defender un sistema coercitivo y autoritario que persigue, encarcela y deporta a millares de obreros indefensos. Porque queremos la máxima libertad para todos los que trabajan, para todos los que produzcan, sin diferenciación de sexo ni de edad.

Como es natural y lógico, respetamos y acatamos la desigualdad física, pero no toleramos, no podemos sufrir, la injusticia económica porque es la característica del régimen capitalista.

¿Ha desaparecido en Rusia esta desigualdad? No. Nunca en aquel país las jerarquías se manifestaron con la fuerza de hoy. Existen actualmente cincuenta mil categorías con tarifas diferentes en todas las ramas industriales y profesionales. De esto, que más adelante detallaremos, nada han dicho los cantores del "Paraíso Rojo".

Por esto decimos nosotros que, cuando hay interés en hacer un estudio profundo y concienzudo de la vida de un pueblo, cuando se quiere penetrar en lo más íntimo del alma rusa, hay que ir allí a trabajar con los parias, sin privilegio alguno, tal como he hecho yo, confundiéndome con el obrero en la fábrica, con el

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

minero en la mina, con el campesino en el campo; profundizando y entrometiéndose hasta en la vida privada de los hogares; formando parte de las brigadas de choque que encabezan la producción, que soportan el máximo peso en las faenas cotidianas, depender, en fin, de un salario conquistado con el mayor esfuerzo físico, por propio impulso, sin ayuda de nadie. Tal es, en síntesis, lo que debía hacerse para poder cotejar los valores, para poder apreciar crudamente cuál es la diferencia entre la explotación capitalista y la que se practica en Rusia a través de los organismos explotadores que reciben el nombre de Trusts del Estado.

¿Qué pueden decir los delegados extranjeros que van a Rusia para celebrar las fiestas de la Revolución, o que se trasladan a aquel país para festejar "oficialmente" el primero de Mayo? ¿Qué pueden contar los que van en representación del movimiento sindical o en nombre del Partido de sus respectivos países, en el Comintern o en el Profintern, si desde el primer día empiezan ya a habitar los hoteles más confortables y más céntricos de la ciudad, percibiendo—caso bochornoso—un sueldo mayor que el que cobra un obrero en la fábrica, en el taller o en la oficina?

¿Cómo pueden dar una idea aproximada de la realidad rusa estos señores que sólo han podido juzgar el estado del pueblo a través de su pingüe estancia, llena de comodidades y de atenciones?

V. P E R E Z (C O M B I N A)

Por si no la hubiesen visto—ya sea por culpa suya o porque los directivos tengan interés en ocultarla—, debo decirles que existe una escala de salarios y que éstos son tan exiguos que lo que cobra un obrero ruso apenas le basta para cubrir sus más perentorias necesidades.

Nosotros emplazamos a los militantes del Partido, a los que a grito pelado van salmodiando dentro y fuera de los sindicatos, a los que creen de buena fe que en Rusia se ha realizado ya la igualdad y que basta trabajar para comer, a los que creen que allí el único que vive bien es el proletariado, a que nos digan qué entienden ellos por “proletariado”.

Y decimos esto, porque en Rusia, aparte los Nepman y los Kulaks, todos son proletariados. La G. P. U., la guardia municipal, el Ejército y la Armada, la Magistratura, los Comisarios del pueblo, los empleados de la cárcel y toda la retahila de parásitos que en los países capitalistas llamamos chusma, porque viven del trabajo ajeno, son, en Rusia, proletarios, pero unos proletarios que, a semejanza de lo que ocurre en los países capitalistas, cobran más y viven mejor que los que en realidad lo son: los trabajadores.

¿Ignoráis acaso todo esto, panegiristas del bolchevismo y defensores intransigentes de Rusia? ¿O creíais en realidad que el proletariado estaba compuesto únicamente por los que trabajan, por los que producen labores útiles para la colectividad?

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

¿No sabéis que, aun ahora, en Rusia no se producen productos para ser depositados en los "Almacenes Colectivos" a fin de distribuirlos entre los que trabajan, sino que se fabrican sólo mercancías para los puestos de venta de los que únicamente pueden retirarlos los que tienen salarios muy elevados? ¿Desconocéis que continúa todavía en pie la oferta y la demanda, al igual que en los países capitalistas, con la única diferencia que a medida que el Estado aplasta a la burguesía y monopoliza todas las ramas de la producción se va desarrollando, poderosa y amplia, una burocracia no menos peligrosa ni temible que aquélla?

He aquí lo que pasa en Rusia. Los únicos a quienes en realidad ha favorecido la revolución de Octubre es a los parásitos. En cambio, la clase que incansablemente produce, la que todo lo construye, de poco se ha beneficiado. Por esto ha cundido ese escepticismo entre las clases laboriosas. Ha visto la masa popular como surgían, como a un conjuro, nuevas castas: la aristocracia obrera, compuesta por los ingenieros, los técnicos, los directores, los profesores, los artistas, los comisarios, los comités de sindicatos, las oficinas políticas y los jefes del partido; y la desconfianza, la desilusión, el desengaño y el descontento han hincado hondamente sus raíces en el corazón de la colectividad social... Porque, allí como aquí, los obreros de callosas manos continúan siendo los eternos ex-

plotados: ayer por la burguesía, hoy por el Estado.

Mientras tanto, los adoradores del nuevo ídolo, los que inciensan con los ojos vendados el altar mayor del nuevo Moloch, continuarán gritando: "Viva la República Soviética", sin saber a ciencia cierta en nombre de qué ni por qué.

¿Será posible, nos preguntamos, hacer desaparecer el enorme caudal de candidez y buena fe que lleva sobre sí la masa obrera española? ¿Lograremos quitar la venda que cubre los ojos a tantos enamorados de comunismo?

Este libro se propone esto. No hemos buscado, para lograrlo, ni una literatura escogida y floreada, ni frases de relumbrón. Únicamente hemos apelado a la exposición escueta, sencilla, desprovista de adornos de los hechos vividos. Si mi propósito no es estéril me daré por satisfecho y consideraré que mi trabajo, fruto de varios años de paciente investigación en la entraña misma del país ruso, no ha sido baldío.

* * *

Y, dos palabras antes de terminar.

Me dirijo ahora, concretamente, a vosotros, compañeros de explotación, a vosotros los que pensáis en las imaginarias bellezas de un régimen que es como

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

otro cualquiera, a vosotros os digo que si tuvierais ocasión de ir a Rusia y, como yo, y vivierais tres o cuatro años en el corazón de la fábrica o al pie de una máquina, sufriríais, sin duda alguna, una enorme decepción. Como la sufrí yo, como la han tenido muchos emigrantes políticos que he conocido en Rusia, quienes, asqueados, se han puesto al margen del Partido.

Seguramente que si realizarais este viaje, mejor dicho, esta experiencia, vosotros, todos los que vivís influenciados por esta propaganda y esta literatura bajamente demagógica que se hace en todos los países, propaganda y literatura cotizada por Moscú; seguramente acabaríais odiando de cerca lo que actualmente defendéis desde lejos.

Digo esto porque al llegar a Barcelona encontré a algunos amigos míos, que fueron fervientes luchadores en pro del Comunismo Libertario durante las oscuras y tenebrosas épocas del terrorismo en España, los cuales han pasado a militar en las filas del Partido Comunista engañados o seducidos, sin duda, por cuatro ambiciosos, farsantes y vividores a sueldo de Rusia; por varias mediocridades políticas, desertores de otros partidos, de los que huyeron por no haber podido conseguir en ellos un acta de diputado. acta que esperan conquistar a costa de los obreros.

Mi deber es llamar la atención de estos compañeros

V. P E R E Z (C O M B I N A)

sobre tales cosas y atraerlos nuevamente al movimiento revolucionario a fin de que continúen luchando con nosotros en pro de las ideas que, ayer, nos fueron comunes.

* * *

No voy a repetir lo que ya han dicho otros acerca del desarrollo de la Revolución Rusa y de los medios y de las maniobras de que se valió el partido bolchevique para desviarla de sus verdaderos cauces.

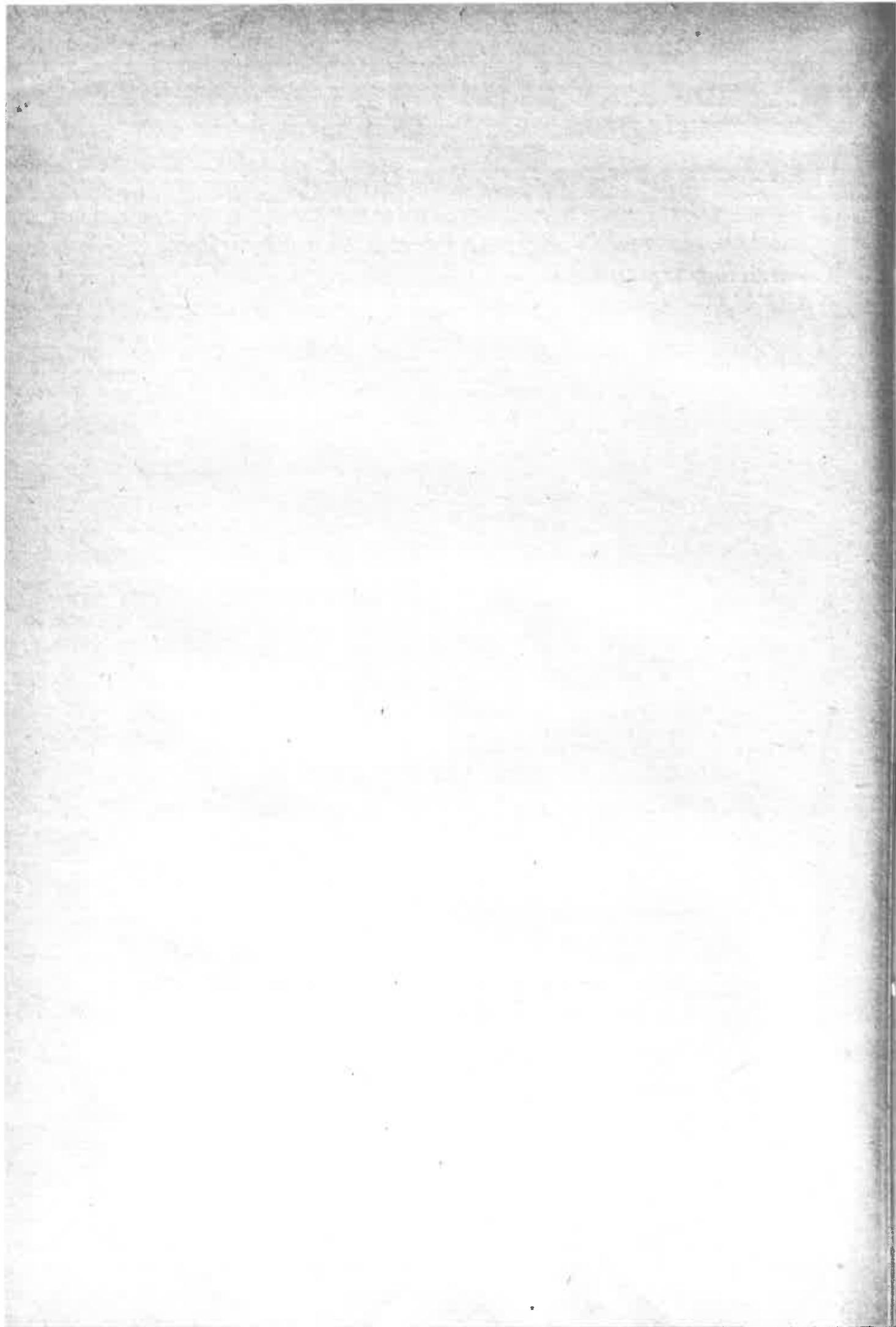
A mí en la composición de este libro, me ha parecido conveniente reseñar la parte histórica de la génesis de aquel pueblo; por esta causa me detengo exclusivamente en la parte puramente objetiva de las cosas cotejadas que es, a mi entender, lo que más interesa al proletariado de todos los países.

Daré a conocer detalladamente cómo se desarrolla la vida y cómo se efectúa el trabajo en la U. R. S. S., cosa que todavía nadie ha explicado.

Ninguno más indicado que yo—según opinión de muchos compañeros—para emprender esta tarea, puesto que, como queda dicho, viví mucho tiempo en el territorio soviético, trabajando siempre en la fábrica o el taller hasta mi regreso a España.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Procuraré por todos los medios a mi alcance despojarme de todo prejuicio ideológico para que la explicación que haga revista realmente un carácter de estricta imparcialidad.



CAPITULO I

Cómo y por qué fui a Rusia

Era a fines de 1926, cuando España, sumida en el oprobioso baldón de la dictadura, hacía esfuerzos para libertarse de aquel yugo. Acababa de abortar lastimosamente el movimiento separatista preparado por Francisco Maciá.

Garibaldi, el fascista disfrazado de revolucionario, había señalado, uno por uno, a todos los encartados en el asunto y los Gobiernos de Mussolini y Primo de Rivera presionaban al de Francia para que castigase severamente a los conjurados. La policía francesa, de acuerdo con los deseos de aquellas dictaduras, inició una represión desenfundada contra todos los españoles cuyas ideas no fuesen afines a las sustentadas por la reacción. El paso de la persecución se dejó sentir en todos los departamentos de Francia, pero, especialmente y de una manera continuada, en París. Las detenciones se hacían más numerosas cada día y la vida en la capital era por momentos más difícil.

Algunos amigos míos, franceses ellos y afiliados

a la C. G. T. U., percatados del peligro que suponía para mí permanecer por más tiempo en el país, me aconsejaron que abandonase Francia lo más pronto posible, de lo contrario, no tardaría en caer en manos de los sabuesos.

Seguí sus consejos y, algunas semanas después, aquellos mismos compañeros, preocupándose solamente de la urgente necesidad de mi partida, me entregaron una carta del Sindicato del Mueble de París y otra del Socorro Rojo Internacional para los compañeros de Berlín, recomendándoles que, dada mi calidad de perseguido político, hiciesen todo lo posible para arreglarse un pasaporte con el fin de internarme en Rusia.

Llegué a Berlín a últimos de octubre del mismo año, sin haber tenido que lamentar ningún tropiezo durante el viaje, y, lo que es aun más sorprendente, sin ser molestado en absoluto. Conforme a las instrucciones recibidas de los compañeros de París, tan pronto como me vi en la capital de Alemania, inicié aceleradamente las gestiones que se consideraban necesarias para poder atravesar cuanto antes la frontera y penetrar en el país soviético.

Ya no me acuciaba el temor de la persecución ni espoleaba mis ansias el espectro de la cárcel. Se había apoderado de mí un vehemente deseo de vivir en Rusia, y, aun cuando los camaradas berlineses me aseguraban que podía permanecer tranquilo en Ber-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

lín, encaminé constantemente mis esfuerzos a lograr el permiso de entrada en U. R. S. S. Podía más en mí la curiosidad, que los ruegos de los amigos.

Transcurrían, sin embargo, los meses, que se le antojaban años a mi contenida impaciencia, y a pesar de mis continuas visitas a los consulados respectivos, no lograba hacer adelantar un paso el tan anhelado pasaporte.

En vista de aquella lentitud de las autoridades rusas, lentitud que exasperaba hasta un extremo inconcebible mis deseos, y temeroso sobre todo de no poder realizar lo que había llegado a ser una obsesión para mí, decidí escribir algunas cartas a los compañeros Andrés Nin y Ramón Casanellas, que, a la sazón, se encontraban en Moscú.

Les expuse mis deseos, y, en particular, los motivos, justificadísimos, que me impulsaban a ir a Rusia, sin ocultarles mis ideas ni tampoco el vehemente anhelo que me devoraba. Les decía, entre otras cosas, que si bien era cierto que no pertenecía al Partido— como no he pertenecido nunca a ninguna fracción política—, como anarquista no era sectario. Que me debía al movimiento revolucionario de la Confederación Nacional del Trabajo de España, según lo acordado en el famoso Congreso del teatro de la Comedia de Madrid, celebrado el año 1919.

Al poco tiempo, recibí la contestación que firmaba Gabriel Trilla, secretario entonces del Partido Comu-

nista Español. En aquella misiva me decía que a pesar de los datos precisos que en mi carta les envié, ninguno de los tres me recordaba ni creían conocerme. En descargo de esta afirmación añadía que tal vez se debiera a los años transcurridos o, también, a algún involuntario olvido al mencionar fechas y datos. Me rogaban, pues, encarecidamente, que, para mayor seguridad en el reconocimiento, les remitiese mi fotografía. De esta forma, una vez seguros de mi verdadera personalidad, ellos podrían hacer todo cuanto estuviese a su alcance para que me fuese facilitada, con la mayor rapidez posible, la entrada en Rusia.

A pesar de que no les cupo ya duda alguna con respecto a mi personalidad; a pesar también de que realizaron los trabajos necesarios con toda la rapidez posible, no llegó a mis manos el permiso hasta pasados cinco meses.

La satisfacción que se apoderó de mí, al verme en posesión del tan codiciado documento, no es para describirla. Los compañeros, sin preguntármelo, únicamente por la alegría que rebosaba mi cara, se enteraron de aquélla, para mí, tan fausta nueva y me felicitaron efusivamente.

Al siguiente día me trasladé al consulado ruso donde pusieron el visado a mi pasaporte. Por la tarde, después de despedirme cordialmente de aquellos compañeros alemanes, de quienes tan gratos recuerdos guardo, tomé el tren en dirección a la frontera rusa.

CAPITULO II

En territorio ruso

Mediaba marzo, y, a pesar de que según el calendario la primavera debía haberse manifestado ya, hacía frío. Acababa de pasar por todo el territorio alemán, por el de Estonia y el de Letonia, a través de panoramas encantadores, viendo desfilar por ambos lados bosques húmbríos, praderas verdes y escarpadas montañas. Había atravesado varios ríos, rugientes y amenazadores unos, mansos y tranquilos otros, sin poder nunca, empero, detener un instante la mirada sobre las bellezas naturales de aquellos países.

Todo pasó ante mis ojos como una visión fugaz, como un relámpago de verdor o de blancura, según fuese el territorio por do el tren, rauda, veloz, corría.

Tras un declive suave del terreno, el tren disminuyó velocidad. Entrábamos en la estación fronteriza. Paró el convoy y de él descendimos los pocos viajeros que quedábamos.

Inmediatamente me rodearon algunos soldados rojos, encargados de ejercer la vigilancia en los puntos

estratégicos de la frontera. Me acompañaron a un reducido despacho en el que tres empleados de la G. P. U. cuidaban de la revisión de los pasaportes y de la inspección de maletas y equipajes.

Cumplidos estos requisitos, y hallándolo todo conforme, me enteraron de que debía aguardar todavía dos horas a que saliera el tren que va directo a Moscú. Durante la espera, unos oficiales del Ejército Rojo me invitaron, por señas, a comer. Mi estómago hacía rato que, precisamente, estaba dándome apremiantes avisos en este sentido y, alborozado, casi con la emoción en los ojos por tan feliz coincidencia, acepté de buen grado.

Al sentarme a la mesa, rodeada de vistosos uniformes, cayó sobre mí una verdadera lluvia de preguntas que, naturalmente, por estar hechas en ruso, quedaron sin contestación. Les di a entender, lo mejor que pude que desconocía por completo su armonioso idioma. Entonces, unos inquirieron en alemán, otros indagaban en francés. A todos ellos, ya en idiomas conocidos, di cumplida respuesta.

Al poco rato, y atraído sin duda por lo animado de la conversación en nuestro corro, acercóse a la mesa un individuo, quien, pasados unos momentos y dirigiéndose exclusivamente a mí, dijo: “¿Habla usted español?” —Encantadísimo, precisamente soy español—contestó sonriendo, emocionado, llena mi alma de profunda alegría y de sensaciones luminosas.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Y, olvidado ya de las exigencias del estómago y de las atenciones de los oficiales, me dispuse a charlar con el que creía compatriota mío.

Hice que se sentara a mi lado y, a preguntas mías, me contó que era ruso; que acababa de llegar de la República Argentina donde había pasado quince años trabajando y sufriendo. Me explicó que huyó de Rusia durante la guerra europea, desertando de la gran manzanera por razones de sentimentalismo ideológico. Por fin, después de tanto tiempo de voluntario destierro, se había apoderado de su corazón la nostalgia del país natal y volvía a su tierra dispuesto a vivir relativamente dichoso en el nuevo régimen de libertad...

Excitada la curiosidad de los oyentes al darse cuenta de que sosteníamos una verdadera conversación, quisieron enterarse de lo que tratábamos. Mi interlocutor, les explicó detalladamente la historia y se prestó a ser intérprete entre los oficiales y yo. Convenido así entre todos, empezaron los oficiales a manifestarse de la forma siguiente:

—¿Qué piensa el proletariado español acerca de la Revolución Rusa?

—¿Cuál es el estado actual del movimiento emancipador en España?

—¿Con qué fuerzas cuenta el Partido Comunista?

Apenas había empezado a contestar la primera de las preguntas cuando el estridente silbido de la locomotora nos llamó al andén. Se trataba, en efecto,

V. P E R E Z (C O M B I N A)

según nos informó un empleado, del tren que salía para Moscú y que yo debía tomar. Apresuradamente, recogí mis cosas y, acompañado por todos los presentes me instalé en el vagón.

Todos manifestaron su contrariedad por la rapidez de mi marcha y reiteraban ofrecimiento tras ofrecimiento para prolongar mi estancia entre ellos. Me excusé, sin embargo, alegando asuntos urgentes, y, vencidos ya sus ruegos, despidiéronme con inequívocas muestras de simpatía y cordialidad.

Al ponerse en marcha el tren atronó la estación un estentóreo grito de: "Viva la Revolución", lanzado por aquellos bravos y amables compañeros que allí quedaban. El grito fué repitiéndose, cada vez más débil, hasta que la estación no fué más que un punto negro en lontananza.

Embargado de emoción por aquella despedida entro en mi departamento. A mi lado viaja un soldado rojo que, según me dice, va con permiso a Moscú, y aquel compañero ruso que habla español; aquél que después de tantos años de peregrinación por tierras argentinas, vuelve a su país, a su hogar, para cobijarse al calor añorado de la familia y el arrimo de los amigos.

Por la conversación que sostenemos al principiar el viaje me entero de que por aquella fecha va a celebrarse en Moscú el IV Congreso de la Internacional Sindical Roja, y por la forma en que se expresan

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

mis acompañantes así como por ciertas palabras que cambian entre sí, comprendo que me toman por delegado.

Entonces, solo entonces, se me ocurre meditar acerca de la amabilidad de los empleados de la estación y del tren, y, sobre todo, acude a mí, nítida, transparente, con una claridad meridiana, la explicación de los agasajos y de la cordialidad con que me obsequiaron aquellos apuestos oficiales. No me cabe duda alguna. Desde el primer instante me confundieron con un delegado y extremaron las atenciones para conmigo. La prueba de que era así me la proporcionaron, en Moscú, más tarde, como verá el paciente lector, en otro capítulo.

Aun cuando me sentía verdaderamente fatigado y a pesar de que la compañía de aquellos dos simpáticos rusos me era muy agradable, a partir de aquel momento permanecí casi todo el resto del trayecto, asomado a la ventanilla del coche.

Era la inquietud de lo ignorado, el deseo de conocer aquel país, de aprender la topografía completa de aquel pueblo que había llenado una de las más brillantes páginas en la historia contemporánea. Era como una especie de necesidad de emborracharme de paisaje, de compenetrarme con el alma, con los efluvios de aquella tierra que, desde aquel momento, pasaba a ser mi patria adoptiva, puesto que en ella tendría que trabajar y vivir.

Por doquier, a derecha e izquierda, ya mire al norte como si llevo mi vista al sur, no veo más que nieve. Todo blanco, como cubierto por un sudario de alba tonalidad. Desde los más altos picos hasta las más bajas llanuras, desde el río hasta la estepa, todo permanece aún cubierto con el manto nupcial de aquella tierra, con la capa fecundante de aquellos campos que el mujik labora con paciente y ejemplar constancia.

¡Nieve en el monte! ¡Nieve en la planicie! Y pensé entonces en España, en Cataluña, donde en aquellos momentos el sol debía iluminar paisajes risueños, alegres, abriendo al beso de Febo vivificante las más variadas flores y donde la nieve, en invierno sólo, se conoce por excepción...

¿Cuánto tiempo estuve abstraído, fijo el pensamiento en aquellas remembranzas? Lo ignoro. La voz de mi compañero me hizo descender de la altura a que me había remontado. Era que llegábamos a una estación del trayecto. Quería hacerme notar el enorme gentío que llenaba los andenes, y mostrarme el tráfico—muy importante por cierto—de las ciudades rusas. Me fijé en ello. Estuve un rato interesado en el espectáculo que ofrecía la estación; aquí una madre despidiendo a su hijo, allá unos parientes que despiden a otros; más allá muchachas que van a la capital... Bullicio, risas, despedidas, llanto.

Pero el espectáculo—quizá por efecto de la impre-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

sión anterior del paisaje—me deja triste. No he visto alegría en aquellas caras compungidas; no he visto color en las frescas mejillas de los jóvenes. Sólo rostros pálidos y demacrados, fauces esqueléticas que reflejan el hambre y la miseria que han padecido.

La mayoría van vestidos de harapos y calzan sus pies con unos zapatos que, un tiempo, tal vez fueron recios. Por entre la suela de uno asoma el aterido dedo de un pie desprovisto de calcetines. Sigo el análisis y hallo unido al pie, una pierna esquelética cubierta de raídos pantalones que dejan ver, por entre algunos agujeros, la piel amorotada de su propietario. Pregunto a mi compañero. Quiero cerciorarme, porque aquella visión me anonada. Me explica, amable. Se trata sencillamente de mujiks (1). Muchos visten como aquél. Es que todavía no han podido beneficiarse de las ventajas del régimen. Se espera que el año próximo puedan ponerse ropas y zapatos nuevos... Confían en obtener algún abrigo...

Cierro los ojos. Los oídos me zumban y las frases de mi acompañante bailan un coro burlesco en mi cerebro. Comparo la indumentaria de aquellos pobres productores con la de los oficiales que hallé en la frontera, con la de los empleados de la G. P. U. y de la aduana y el resultado no puede ser más desastroso. Aquéllos, bien calzados, bien vestidos y cubiertos de

(1) Campesino pobre.

V. P E R E Z (C O M B I N A)

esposos abrigos que les reservan de la intemperie. Estos, los mujiks, semidesnudos, desarrapados, y sin poder echar sobre sus hombros un mal abrigo para resguardarse del frío glacial que reina en aquellas regiones de Rusia... Empieza ya a nacer en mí una sospecha que se traduce en una pregunta que no sale de mis labios: ¿Será éste, acaso, el resultado de la Revolución?

En este momento mis compañeros se ponen en pie y me comunican que debemos prepararnos, pues no tardaremos ni cinco minutos en llegar al término de nuestro viaje. Precipitadamente, pues, arreglamos las maletas, preparamos nuestros abrigos y... tras un estruendo de sendas frenadas y chirridos llegamos a la estación.

CAPITULO III

Moscú

No me será posible, con tan modesta pluma, pintar al lector un cuadro, perfecto de colorido y vitalidad, que le dé exacta idea de lo que es Moscú. Trataré, sin embargo, de vencer la dificultad lo mejor que pueda.

Moscú presenta todo el aspecto deprimente de una ciudad antigua, sobre la cual han resbalado, sin producir surco, los años. La mayoría de las casas son de construcción baja. Por doquier do volvamos la vista, vemos surgir una especie de torres guerreras, de arquitectura agradable, coronadas por relucientes y doradas cúpulas que reflejan, irisándolos, los rayos solares. Por su construcción, y recordando fotografías vistas anteriormente, comprendo que se trata de iglesias.

Por las calles, muy mal empedradas por cierto, sucias y húmedas, pulula una enorme multitud de vendedores ambulantes que ofrecen, a gritos, su mercancía, poniendo especial interés y empeño en venderles algo a los que son, o parecen ser, extranjeros.

V. P E R E Z (C O M B I N A)

No sabiendo adonde debía dirigir mis pasos, decidí, tras consulta con mi acompañante, retroceder y preguntar al jefe de estación. Así lo hicimos y luego de breve conversación de la que no entendí palabra nos invitó a tomar asiento rogándonos, al mismo tiempo, que aguardáramos.

A los pocos minutos de espera nos hicieron pasar a una habitación interior. Mi compañero habló algunas palabras con los que allí estaban, y, después de presentarse, se despidió cariñosamente de mí diciendo: "Nada le faltará; no tiene por qué preocuparse. Está usted en la G. P. U. del Transporte". A decir verdad quedé algo confuso. No sabía qué quería decir aquello ni qué significaba, pero comprendiendo que debía hacer algo se me ocurrió entregar una carta en ruso que me habían dado los comandantes del Ejército rojo de la frontera y que conceptué como excelente para mi introducción en aquella oficina.

El que parecía jefe del despacho leyó detenidamente la carta. Luego la guardó cuidadosamente en un cajón y me dirigió varias preguntas que, cosa natural, quedaron sin contestar. El "camarada" hablaba en su lengua y yo, entonces, no entendía una sílaba en ruso.

En vista de que no nos entendíamos y no teniendo allí ningún intérprete, me invitaron a tomar un vaso de "chai" (té). El té—y permítame el amable lector esta digresión—es la bebida más corriente en aquel

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

país. Se consume en enormes cantidades y no hay hogar, por misérrimo que sea, en donde no se encuentre un vaso de té. Se comprende la gran difusión de esta bebida si se tiene en cuenta la necesidad de vigorizar el cuerpo con infusiones calientes a causa del enorme frío reinante allí. Además, se explica que sea preferido al café en razón de su mayor baratura. El café, en Rusia, es considerado como un artículo de lujo y sólo se encuentra en los grandes hoteles o en las pastelerías de rumbo. Un vaso de no muy excelente café cuesta la enorme suma de cincuenta kopeks, que, puesto en moneda española, equivale a tres pesetas poco más o menos.

Aproximadamente una hora después de mi llegada, entró en la habitación donde estábamos una mujer sencillamente vestida. Tocaba su cabeza con rojo pañuelo, según reciente costumbre del país, y caminaba erguida y ligera. La habían llamado por teléfono con el exclusivo objeto de que me condujera a la residencia preparada para los demás extranjeros que pocos días antes habían llegado.

Presentáronme a la "compañera", la cual, después de un rápido examen de mi persona, me invitó con un gesto a que la siguiera. Subimos a un automóvil que estaba en la puerta y al cabo de cinco minutos nos detuvimos frente al Hotel Europa, que estaba habilitado para residencia de todos los delegados que

debían asistir al IV Congreso de la Internacional Sindical Roja.

Descendimos del vehículo y, sin cambiar palabra alguna con la compañera—intentarlo habría sido, por lo demás, inútil—subimos al primer piso y nos detuvimos ante una habitación en cuya puerta se leía la siguiente inscripción textual: “Lieu d’arrivée des délégués” (“Lugar de llegada de los delegados”). Comprendí que debía ser la oficina de recepción. Presentí que allí dentro iban a terminar todos los agasajos y todas las atenciones, pero, valientemente—¿qué otra cosa iba a hacer?—me dispuse a afrontar la situación.

Tras breve espera pasamos al interior de la oficina. Nos recibe un joven cuya edad no pasaría de unos 25 años. Conoce varios idiomas menos el español, cosa que, si no me contraría, me decepciona. Pongo de manifiesto mi nacionalidad y decidimos expresarnos en francés. Ya de acuerdo sobre este extremo me pregunta:

—¿Qué prefiere el camarada, comer o dormir?

—Dormir—contesté—. Mi organismo se halla agotado por la fatiga, consecuencia de tan largo viaje. Descansar es, pues, mi único deseo.

Mi interlocutor llamó en un timbre. Al acto apareció un ordenanza al cual le dió instrucciones para que se me preparara una habitación donde poder reposar. Hecho esto, dirigiéndose otra vez a mí, dice:

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

—¿Trae usted mandato? ¿A qué organización representa?

Mis prevenciones quedaban confirmadas. No había ya duda alguna de que se me confundía con uno de los delegados que debían asistir al Congreso. Comprendí que lo mejor era deshacer cuanto antes el equívoco y me apresuré a decir la verdad.

—No soy ningún delegado—contesté—. Soy un perseguido, un emigrante político que he venido a Rusia con la esperanza de encontrar acogida y trabajo.

El semblante de mi interlocutor cambió entonces de expresión. No fué ya la risueña faz de anfitrión amable, sino la adusta prevención de un ayuda de cámara aristócrata. La meliflua amabilidad de aquel joven que me había ofrecido comida y descanso convirtióse inmediatamente en sequedad casi hostil, y, con voz extraña, como si tratase con un inferior dijo:

—¡Ah! siendo así, debe usted dirigirse a otra parte. Este hotel está exclusivamente reservado para los delegados. Tome usted—y escribió rápidamente una dirección en una hoja de papel—, esta es la oficina del *Mopra* (Socorro Rojo Internacional). Allí se harán cargo de usted y le atenderán en lo posible.

Sin decir más, y sin siquiera darme la mano, me despidió. Al revelar mi verdadera personalidad se acabaron los honores y las atenciones de que venía siendo objeto desde mi llegada al territorio ruso.

Salí del hotel rebosante de indignación, no por la mutación brusca del trato, sino por la palmaria demos-

tración de que lo que se hacía era una comedia burda; de que se tenía preparada una decoración adecuada para hacer ver a los delegados lo que los dirigentes soviéticos querían que viesen.

Abstraído en estas meditaciones, iba corriendo por entre la compacta multitud que a aquellas horas invadía las calles de Moscú. Como un desesperado, dando codazos y recibiendo empujones, caminé, sin rumbo, sin orientación, por entre aquel hormiguero humano, más de una hora. En nada me fijé e ignoro si alguien puso atención en mí. Lo cierto es que, al fin, cansado, perdida la noción del tiempo y del espacio, pregunté. Un transeúnte amable, una vez leído el papel que yo llevaba en la mano, me indicó el camino. Y allá fuí.

Sin tropiezo alguno llegué al edificio donde está instalado el Socorro Rojo Internacional. Trátase de una casa cuya fachada pintada de blanco denota un intento de reciente restauración, más bien dicho, un intento de repintado. Entro. Una sala bastante extensa abarrotada de hombres y mujeres que esperan turno con papeles en las manos y que pasan de una a otra ventanilla. Estudio sus gestos de autómatas y descubro en ellos la huella de la miseria y las privaciones. Toda su ansia reside en la entrega de los papeles que, sin duda, han de solucionarles algún problema. Pero sus caras tristes, demacradas, esqueléticas no tienen un fulgor de entusiasmo. No pude ver, entre tantas

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

personas jóvenes, unos labios que se entreabriesen en el esbozo de una sonrisa. Parecía como si la alegría fuese una cosa desconocida para aquella gente; como si las vicisitudes de la vida, el llanto y la miseria, hubiesen agotado por completo las cristalinas fuentes de la risa y del humor...

Una presión semiamistosa, ejercida por velluda mano sobre mi hombro, me volvió a la realidad. Era el portero que, viéndome ir de un lado para otro sin detenerme en parte alguna, se había sentido intrigado...

—¿Busca algo, camarada?—me dijo en alemán. Había adivinado, quizá por la maleta, que era extranjero.

Por toda contestación le alargué el papel que me habían dado en el hotel. En seguida me acompañó hasta una puerta. Era la secretaría de emigrados políticos.

El secretario me hizo sentar con afectada amabilidad. Le expliqué detalladamente los motivos de mi viaje y le enumeré las organizaciones que respondían de mí, las cuales eran garantía suficiente. Entreguéle las cartas de recomendación que llevaba, el pasaporte y demás documentos. Todo lo examinó el secretario con escrupulosa atención y, una vez comprobada mi identidad, me inscribieron en un registro, tuve que firmar varias veces, y, por fin, me entregó VEINTISIETE rublos en metálico para subvenir a los gastos de ali-

V. P E R E Z (C O M B I N A)

mentación del primer mes. Me dió, además, una carta por medio de la cual podría obtener cama gratuita en la casa central de los emigrados políticos.

CAPITULO IV

La vida de los emigrados políticos

La residencia de los emigrados políticos está situada en Boronzobo-pole. Allí me dirigí con los veintisiete rublos en el bolsillo y la carta de presentación en la mano. El corazón me palpitaba violentamente y sentía en mi interior como el presentimiento de que iba a encontrarme con nuevos contratiempos.

No fué así, sin embargo. Fuí bien recibido y, después de aguardar un buen cuarto de hora, me designaron la cama que se me había destinado.

Inmediatamente me rodearon algunos emigrados italianos, rumanos, alemanes, franceses y de otros países con los cuales trabé conversación muy pronto. Nos hicimos amigos, y, al poco tiempo, nos unía a todos una íntima amistad que no flaqueó mientras vivimos juntos y de la que guardaré gratísimo recuerdo mientras viva.

De todos aquellos camaradas, a los cuales llegué a querer como hermanos por las bondades y atenciones que conmigo tuvieron durante mi estancia en Ru-

V. P E R E Z (C O M B I N A)

sia, ni uno dejó de manifestarme la enorme desilusión que sufrieron; todos estaban acordes en afirmar que la mayor decepción de su vida la tuvieron al vivir en la Unión Soviética.

Ellos, como yo y como muchísimos otros ilusos, creían que los ideales de Igualdad, Fraternalidad y Libertad por los que con tanto tesón habíamos luchado, acababan de plasmar en la realidad mediante el nuevo régimen bolchevique implantado por la Revolución. Pero la alegría sana y esperanzada que les condujo a Rusia, trocóse a las pocas semanas en amargo desencanto, y, de fervientes defensores de la nueva modalidad rusa, se convirtieron en constantes enemigos del comunismo.

Era natural el cambio. Ninguno de los placenteros sueños que las mentes juveniles y pletóricas de entusiasmo de aquellos idealistas habían forjado, se veía realizado. Allí donde esperaban armonía no vieron más que una acentuada desigualdad económica, sin tendencia a desaparecer, sostenida y alimentada por todos los medios y a rajatabla, por una burocracia que lo invade todo, que, como la hiedra, se enrosca en todas las ramas de la vida nacional y le extrae, paulatinamente, la savia.

No existe la libertad política. Todas las ideas que no sean la bolchevique son perseguidas. Desde el reaccionario hasta el anarquista, pasando por toda la gama de los matices ideológicos, se persigue sañudamen-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

te a todo el que tiene la osadía de manifestarse de acuerdo con sus propias ideas.

Para ilustración del lector, y a fin de que pueda servir de sólida base a nuestra argumentación, vamos a citar un caso que personalmente presencié y que por sí solo constituye una demostración plena de cuanto venimos diciendo.

Debían celebrarse elecciones para designar a los miembros que tenían que componer el Soviet local. El camarada Bestujev—ingeniero constructor—se negó a admitir la papeleta. Sus amigos y conocidos, le instaron reiteradamente a que la aceptase, y, después de mucho rogar consiguieron que se quedase una, pero en el momento del voto escribió detrás lo siguiente: “Conforme a mis principios no tomo nunca parte en las elecciones para cuerpos administrativos”.

La asamblea general de obreros y funcionarios de la fábrica donde Bestujev prestaba sus servicios, pidió a este camarada que aclarase los conceptos y dijera claramente cuáles eran sus “principios”. Entonces, levantándose de su asiento y dando la cara a la asamblea, Bestujev dijo: “Por principio soy anarquista. Pero estoy dispuesto a prestar mis servicios al régimen bolchevique, porque me parece que es la única forma de Estado que nos permitirá llegar a la realización del anarquismo. Siempre que los capitalistas han atacado al régimen soviético, yo he puesto mis conocimientos y mi valer al servicio de este último

y he sufrido también para sostenerle. Fuí miembro de la organización anarquista de América del Sur, pero actualmente, no pertenezco ya a ningún partido ni a grupo alguno. No obstante, nunca renunciaré a mis ideas ácratas."

Ese fué el crimen mayor que podía haber cometido el camarada Bestujev. Inmediatamente, los sabuesos de la G. P. U. y los satélites del Soviet local prepararon y amañaron una resolución que—como sucede siempre—fué aprobada por unanimidad, es decir, *sin votación*.

En dicha resolución se calificaba al camarada Bestujev como "enemigo de clase" y se decía que intentaba disimular sus perniciosas ideas contrarrevolucionarias; se declaraba además que tras la *máscara de anarquista* se esconde la fauce sanguinaria del capitalismo que se prepara para saltar al cuello del proletariado mundial y, especialmente, al de la República Soviética. Finalizaba el sabroso documento afirmando que la asamblea exigía que "Bestujev fuese excluído del sindicato, despedido de la fábrica y señalado como contrarrevolucionario", a fin de que le fuera imposible obtener trabajo en todas las instituciones soviéticas (explotaciones u oficinas).

He aquí de qué forma se entiende en Rusia la libertad política y ved cómo se arroja despiadadamente, por una simple exposición de ideas, al hambre y a la miseria a un obrero que puso sus fuerzas al ser-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

vicio de lo que creyó una revolución libertadora. Es así como aplican los lacayos de Stalin el párrafo de la Constitución de la U. R. S. S. que garantiza "a todos los obreros de la Unión, la libertad absoluta de expresar sus opiniones".

Casos como el arriba citado podríamos presentar muchísimos. Y lo haremos en otros capítulos. Conociendo estos procedimientos y estas tácticas, aquellos emigrados, aquellos hombres entusiastas que lucharon en sus respectivos países por el advenimiento de un régimen justo y equitativo, se dieron perfecta cuenta de que en Rusia no se había operado ningún cambio profundo en la estructura social.

Exactamente como en el régimen zarista, mientras unos nadan en la abundancia los otros se debaten en la más absoluta miseria. Nosotros mismos, los refugiados políticos, no pudimos escapar al peso de tal desigualdad económica y sentimos nuestras carnes flageladas por las privaciones, nuestros cuerpos torturados por el frío y nuestros cerebros abarrotados de confusas ideas que pugnaban por expresarse, por manifestarse ruidosamente.

Y es que la filantrópica institución que lleva el pomposo título de "Mopra" (Socorro Rojo Internacional) solamente entrega a los refugiados políticos la exigua cantidad de noventa kopeks por día, o sea veintisiete rubios al mes con los que hay que atender a todas las necesidades. De lo irrisorio de esta cantidad se



dará cuenta el lector cuando sepa que a los delegados —que reciben un trato en absoluto distinto del nuestro— se les abona de *siete a ocho rublos* diarios, o sea alrededor de *220 rublos al mes*.

¿Por qué no dice nada de esto Vidal Mata, el escritor panfletario y ridículo, el farsante argentino que escribió aquel repugnante libelo titulado “La verdad sobre Rusia”? ¿Por qué calla la verdad de lo que sabe y miente a conciencia diciendo lo que no existe? Ese revolucionario de opereta, síntesis repulsiva de la hipótesis y la maldad, escribió su libro al dictado de la voluntad oficial. Se prestó al papel de encubridor y falseador para poder cobrar unos cuantos dólares que, quizá, le habían prometido los secretarios de Stalin. Y fué de esta forma cómo emitió una serie de barbaridades e inexactitudes de las que debiera avergonzarse.

Yo conocí personalmente a este individuo en Moscú, porque algunos amigos de la América Latina me lo recomendaron muy particularmente. Se decía anarquista y representante de la “Alianza Libertaria Argentina” (A. L. A.) y me aseguró que venía con el exclusivo objeto de documentarse para decirle la verdad al pueblo argentino.

Este elemento permaneció tres meses en Moscú cobrando oficialmente la bonita suma de 50 rublos semanales, más la habitación gratuita. Con todo esto, aún tenía el cinismo de decirme que lo que cobraba

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

era muy poco y no le bastaba para cubrir sus necesidades. Calcule, pues, el lector: si Vidal Mata no podía subvenir a sus gastos con 220 rublos mensuales, ¿qué podíamos hacer los emigrados políticos con la insignificante cantidad de 27 rublos al mes (o sea la novena parte de lo que él cobraba)?

¡Cuánta miseria de alma encerraba aquel anarquista falsificado, llamado Vidal Mata! ¡Cuánta pobreza mental y qué caudal más enorme de ingratitud ha demostrado al callar todas estas cosas; al engañar miserablemente al pueblo argentino y a la organización que le envió a Rusia; al ensalzar ciegamente, por dinero o por lo que sea, en su libro, aquello mismo que, a mí, particularmente, me dijo detestaba!...

Muy pronto, cansados ya del hambre y las privaciones, los refugiados políticos empezamos a protestar por la subvención insuficiente y por el tratamiento desconsiderado que recibíamos.

Comunicamos nuestras quejas a los delegados de nuestros países que asistían al IV Congreso Internacional Sindical Rojo, pero, a pesar de las buenas palabras con que nos acogieron, y hasta quiero creer que a pesar de sus excelentes intenciones, nada se pudo conseguir para remediar nuestra situación.

En vista de ello, muchos emigrantes decidieron ausentarse de Rusia, pero no pudieron lograrlo, porque, si difícil es entrar en tierras soviéticas, muchísimo más lo es salir de ellas. Aquello, en lugar de ser un

paraíso como muchos han afirmado, es el Infierno de Dante. Una vez dentro se cierra tras uno la puerta; el verdadero problema consiste, entonces, en volver a salir.

Durante los tres meses que tardé en encontrar trabajo hube de procurar sostenerme de la mejor manera posible. Asistí a todas las sesiones del Congreso y muchas veces comí, invitado por ellos, con los delegados españoles y argentinos. Lo mismo hacían los otros emigrados con los compañeros de su país. De esta forma, si bien pasamos alguna noche sin cenar, no puede decirse que sufriéramos hambre, y evitamos, así, el decaimiento físico que forzosamente se habría apoderado de nosotros.

Terminó sus tareas el Congreso y los delegados salieron a efectuar una excursión por el interior de la U. R. S. S., a fin de que pudiesen recoger sus últimas impresiones, cuyos efectos, ya preparados de antemano, debían hacerles regresar a sus lares entusiasmados por la *vida excelente* que llevan los habitantes del "Paraíso Rojo" (?).

No todos pueden decir lo mismo, y ya ve el lector como no puede ser idéntica la impresión que se lleve de aquel país quien va allá representando a una Organización, como el que es un simple perseguido que busca en Rusia amparo y refugio. Es decir, no es lo mismo visitar la Unión Soviética, que vivir en ella del propio trabajo.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Durante el tiempo que duró el Congreso, uno de los camaradas españoles que residían en Moscú, Jesús Ibáñez, se interesó vivamente por mi situación y procuró, por todos los medios a su alcance, que me proporcionasen trabajo lo antes posible. A tal efecto púsome en relación con el compañero Bernardino Alonso, también español, quien trabajaba, a la sazón, en una fábrica de muebles. Al poco tiempo fui admitido y empecé a trabajar en su compañía hasta nuestro regreso a España.

CAPITULO V

Los Comités de Fábricas y los Sindicatos

A pesar de llevar nombres tan pomposos, los Comités de Fábrica y los Sindicatos, sólo son, en Rusia, sucursales del Estado e instrumentos dóciles y ciegos del Partido Comunista. El papel que estos organismos desempeñan es, simplemente, el de ejecutores y aplicadores, entre las masas laboriosas de la ciudad o el campo, de todos los acuerdos—conocidos o no—que toman los dirigentes de los órganos oficiales—Politik Buró, Comsianos, trusts, etc.—y procurar, por todos los medios, mantener firmemente la inmovilidad, de todos los obreros en las fábricas o talleres donde trabajan, a fin de que éstos no puedan nunca, si éste es su gusto, cambiar de taller, oficina o fábrica, aun cuando sea con el exclusivo objeto de mejorar su situación económica.

Los obreros, bajo la constante y certera vigilancia de los Comités de Fábrica, satisfacen una cuota obligatoria consistente en el dos por ciento de los sala-

V. P E R E Z (C O M B I N A)

rios que perciban. Esta cuota sirve para alimentar el andamiaje burocrático de los sindicatos.

El lector creará quizá—por lo que le hayan dicho o por lo que tenga leído—que los cargos en los Comités de Fábrica y en las Juntas de los sindicatos se obtienen mediante elección popular. Nada de eso. La democracia es sólo una palabra muy usada pero nunca puesta en práctica. Cuando de elegir cargos se trata, no se recurre a las asambleas de fábrica ni de ramo, sino que lo hacen los órganos dirigentes del Partido Comunista, quienes imponen sus favoritos.

Se comprende, sabiendo esto, que todos los cargos sindicales o de Comités, se hallan monopolizados por el Partido Comunista; y se explica así el porqué en uno y en otros sólo se ejecuta, sin discusión, la omnímoda voluntad del dictador.

Cierto es que se celebran asambleas generales, pero éstas, tanto si se trata de Cooperativas, como de Sindicatos u otras instituciones, sólo se llevan a cabo por mero formulismo, con el exclusivo objeto de ratificar los acuerdos que han sido tomados ya de antemano en la célula del partido; pero nunca para discutirlos o analizarlos.

El sistema que se sigue para estas elecciones es el siguiente: Cada año, según marcan los estatutos, se renueva el Comité de Fábrica. Para realizar esta renovación se nombran primero los miembros en el seno de la célula del Partido, teniendo buen cuidado

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

de que los elegidos sean individuos de absoluta confianza y de que la G. P. U. no pueda ponerles el veto. Hecho esto y redactada la lista, se presenta ésta a la asamblea general para que la apruebe, cosa que, por lo demás, sucede siempre.

Vemos, pues, con toda claridad, que no es en las asambleas de Fábrica o de Taller donde se nombran los miembros que deben formar parte de aquel organismo, sino que el acuerdo es obra y gracia del Partido, quien lo impone—como queda dicho—a la asamblea.

El siguiente ejemplo ilustrará claramente al lector acerca de lo que venimos afirmando. Cuando en 1930 surgió la oposición llamada de derecha, dirigida por Bujarin, se supo que formaba parte de esta oposición el secretario general de los Sindicatos rusos, Toms-ky. Inmediatamente fué éste sustituido del cargo, sin haberse convocado ni celebrado con antelación ningún Congreso ni ninguna conferencia sindical. Bastó que se reuniera lo que se llama el "Politik Buró" (Buró u Oficina Política) para que el acuerdo fuese tomado en firme y puesto en ejecución inmediatamente. Al mismo tiempo fueron nombrados dos sustitutos, hombres ellos de absoluta confianza de Stalin, llamados Schvernik y Aboline.

Ni los sindicatos, ni los comités, ni los mismos obreros tuvieron participación alguna en la maniobra de la que se enteraron cuando todo estaba ya zanjado.

¡Esta es la democracia que impera en el país soviético! Sabiendo lo que queda apuntado, ¿podemos creer que los obreros, las masas laboriosas, ejerzan algún control sobre los dictadores? ¿Es éste el concepto que los miembros de los distintos partidos comunistas de España tiene respecto a los comités de fábrica?

Este sistema ha dado como consecuencia lógica un retraimiento, una ausencia absoluta de las masas trabajadoras en la vida política y económica de aquel país, que imposibilita la fácil realización del tan careado plan quinquenal.

Por esto también, cuando en cualquier parte de Rusia debe celebrarse una asamblea, es preciso que en las convocatorias se diga que la reunión irá acompañada de un espectáculo teatral o cinematográfico, con lo que la convocatoria viene a ser algo así como el programa de una diversión. De no hacerlo así, nadie acudiría a las asambleas y no podría darse la impresión de que se consulta al pueblo. De esta forma, y a pesar de no interesarse por la asamblea en sí, los obreros acuden con sus familiares a fin de gozar del espectáculo gratuito que la ocasión les depara... Pero lo esencial está logrado. Hacer que acudan, para dar la sensación de número.

Los que hemos trabajado en las fábricas, compartiendo los dolores y las humillaciones del proletariado, sabemos a qué se debe que la clase trabajadora

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

rusa se retraiga cada día más y se convierta en una cosa amorfa, en algo que ha perdido la consistencia, que era, en este caso, la fe en un ideal.

Las causas fundamentales y más características de la indiferencia popular son la falta absoluta de democracia y de autocrítica. Por esto la masa no se preocupa del Estado ni de sus instituciones. Por otra parte, el terrorismo ha cuidado muy bien de aniquilar de raíz todas las iniciativas o todos los intentos de manifestar la voluntad del proletariado. Nadie puede discutir los actos ni juzgar los acuerdos de los hombres que encarnan los organismos superiores. Los miembros del partido no son más que falderillos o muñecos mecánicos que se mueven al compás de la música que Stalin mande tocar...

De modo, pues, que nada, absolutamente nada, se discute en las asambleas obreras. Los acuerdos—lo repetimos para que el lector se dé perfecta cuenta de ello—, en lugar de tomarse en las minas, en las fábricas, en los talleres o en el campo—que éstos son los sitios donde se hallan las masas trabajadoras, los únicos creadores de toda la riqueza social—, parten de los gabinetes de los trusts, de los comisarios y del "Politik Buró"... Y ¡ay del que no acate a pies juntillas las órdenes emanadas del Estado Mayor de Stalin, o que, simplemente, se atreva a discutir las! Será considerado como contrarrevolucionario, como trotskista, como derechista o izquierdista.

El pueblo ruso es, actualmente, un pueblo decapitado. Una especie de cadáver político sin derecho alguno a pensar ni discutir nada. La dictadura de Stalin se propuso paralizar los cerebros humanos, empleando los más despóticos e inicuos procedimientos: la persecución sañuda, la cárcel agotadora y las crueles deportaciones a las heladas estepas siberianas...

Sólo los que han vivido en Rusia y, por lo tanto, únicamente conocen el concepto teórico de la revolución; o bien los que lo hacen por propio interés y conveniencia, o porque están retribuidos, sólo éstos, decimos, pueden hacerse solidarios de semejante régimen dictatorial, que no tiene precedentes en la Historia. Sólo ellos pueden defenderlo.

La vida económica rusa está regida por todo un sistema calcado a imagen y semejanza del capitalista, por no decir que es el mismo. Claro que el obrero no está explotado por un burgués llamado Don Fulano o Don Zutano, pero allí el burgués único se llama Estado y la explotación se efectúa exactamente igual. De manera que la cosa viene a ser la misma, y los únicos que pueden llevar una vida medianamente pasable son los perritos del Estado que se denominan burócratas.

Además, como que no todos hemos nacido en las mismas condiciones, y dado que la naturaleza nos ha hecho distintos, es forzoso—¿cómo no, caramba?—que existan, también en el país de la Libertad, va-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

rias jerarquías sociales que van desde el orden físico hasta el intelectual. La capacidad física e intelectual —que se mide al capricho del director— determina el salario que le corresponde a cada uno, como veremos en el capítulo siguiente.

Queda, pues, claramente demostrado—y esto es lo que nos proponíamos—que los comités de fábrica no tienen asignado ningún papel en la administración de los productos. Esta corre a cargo de un director, que debería ser nombrado por las asambleas obreras, pero que—a fin de no perder la costumbre de la democracia (?)—lo es por los trusts... Con esto dicen que se proponen reemplazar al capital privado por los Trusts del Estado.

El Comisario superior de la Economía Nacional, asesorado por los diferentes comisarios de las otras repúblicas, es el que cuida de nombrar los directores y los cuerpos administrativos de los Trusts. Estos, por su parte, están encargados de nombrar el director y la administración de una fábrica cualquiera que pertenezca a la rama de producción de dicho Trust.

Los directores, según las disposiciones recientes del Comisario, pasan todos por una escuela especial técnica, donde adquieren, además de los conocimientos indispensables para su cargo, la práctica de los diferentes aspectos de la fábrica y, lo que es más importante, el espíritu de partido, que les enseña a aca-

V. P E R E Z (C O M B I N A)

tar las órdenes de arriba, menospreciando la voluntad de los de abajo.

La leyenda de que la producción, en Rusia, está controlada y administrada por los mismos obreros, queda desvanecida. La producción la administra el Comisario de Economía, los Trusts del Estado y los directores de las fábricas. Los obreros nada. Ni se enteran siquiera. Todo lo que sea dirección va de arriba hacia abajo, no de abajo arriba.

El centralismo ruso reduce, pues, el papel del comité de fábrica a hacer lisa y llanamente que en las fábricas y talleres se cumplan y ejecuten al pie de la letra los acuerdos que toman los organismos del Estado, que pasan de éste al Partido, del Partido a los Sindicatos y de éstos a los Comités de Fábricas...

CAPITULO VI

Los salarios y las condiciones de trabajo

en la U. R. S. S.

Al abordar una cuestión de tan trascendental importancia como ésta de los salarios que perciben los obreros en las fábricas soviéticas, es absolutamente preciso que el lector no considere la cuestión desde el punto de vista de la Rusia de 1920, de aquel período en que la monstruosa guerra civil había paralizado por completo la producción y los transportes, imposibilitando el traslado de una región a otra de los productos alimenticios, lo cual fué causa de que la miseria, el hambre y la muerte se cebaran con mayor furor en unas poblaciones que en otras.

No nos referimos, pues, al período constructivo ruso, aun cuando vamos a historiar sucintamente el proceso. Entonces, Rusia era solamente un país agrario, sin industria propiamente dicha, y assolada por una profunda e incurable crisis económica—agravada por el estado caótico y retardatario subsiguiente a la lucha sostenida—, a pesar de lo cual—forzoso es de-

cirlo—llevaba dentro de sí una vitalidad asombrosa, alimentada por el entusiasmo que hacia el hecho revolucionario sentía la juventud toda, tanto de la ciudad como del campo. Este entusiasmo les proporcionaba la fe ciega en la capacidad creadora de su propio esfuerzo y se sentían con bríos bastantes para edificar, frente a la vieja Europa embrutecida y decadente, un mundo nuevo de libertad y trabajo, regulado por una economía estrictamente moderna de tipo socialista.

A este fin, puestos los ojos en la creación de este sueño que ellos querían realidad, el pueblo ruso trabajó, no ocho horas, sino diez, sin contar los domingos, que dedicaban al trabajo gratuito “en pro de la construcción del nuevo Estado libre”. Y es que la masa rusa, acostumbrada al sacrificio y sedienta de libertad, se daba cuenta de que la guerra civil había agotado los recursos vitales del país, de que la riqueza agraria estaba descalabrada y que para poner en marcha aquella enorme máquina productora era absolutamente preciso un esfuerzo colosal de conjunto. Se necesitaba un suprahumano tesón para levantar nuevamente aquel andamiaje caído que, por la fuerza de las armas, había pasado—dolorosa pero también alegremente—a ser patrimonio común.

Todos—hombres, mujeres, niños y ancianos—trabajaban poseídos del mismo anhelo. Los campos empezaron a cultivarse y surgió de ellos el trigo vivifi-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

cante y los demás productos agrícolas. Funcionaron las fábricas y los ferrocarriles se desperezaron, empezando a efectuar el transporte de mercancías y productos de primera necesidad. La producción comenzó a normalizarse y las riquezas naturales del país volvieron a adquirir pujanza y vitalidad. El espectro de la miseria iba huyendo paulatinamente de Rusia y se afirmaba—día por día—la capacidad creadora de un pueblo místico, poseído de fe en un ideal y sostenido por el ardor de una finalidad cercana...

Pero los bolcheviques no comprendieron esto. No supieron o no quisieron darse cuenta de la importancia de aquella fuerza constructiva manifestada por los obreros. No vieron que el pueblo, por sí solo, por propio impulso, podía normalizar la situación y se bastaba para dar solidez a aquel orden nuevo que el proletariado se esforzara en realizar. Y fué así como, ciegos ante la potencia de la masa, declararon en 1921 la política de la "Nep"...

Dueño ya del Estado el partido bolchevique, se dedicó a tomar acuerdos a espaldas de la clase trabajadora, para ir, luego, a imponérselos. No podemos describir, con toda la magnitud y la belleza de la realidad, la mala impresión que la tal política produjo entre los obreros. No tardó en manifestarse ostensiblemente la indignación popular al darse cuenta de que aparecían otra vez los capitales privados en la

V. P E R E Z (C O M B I N A)

industria rusa. El Nepman en las ciudades y el Kulak en el campo.

Poco a poco fué restableciéndose todo el complicado sistema capitalista en el vasto territorio soviético, tanto, que hoy, después de catorce años de dictadura "proletaria", es el único sistema que rige la vida económica del país.

El pueblo ruso, y yo con él está plenamente convencido de que la vuelta a la "Nep" fué una traición artera que cometió el partido bolchevique, que trajo como consecuencia la desviación completa de la Revolución social que con tan halagüeños auspicios comenzó en octubre de 1917.

Después de esta breve pero necesaria exposición de cómo Rusia volvió a caer lamentablemente en el mismo sistema capitalista que antes había derribado, comprenderá perfectamente el lector que es justo y lógico que no hablemos—al exponer las condiciones de vida y trabajo—de la Rusia de ayer, de aquella nación desorganizada y sin industria que mereciese ser considerada como tal, sino de una república en la que se han realizado notables progresos técnicos e industriales.

Nos referimos a la Rusia de 1932, que con sus tortuosidades y contemporizaciones, se ha colocado al nivel de cualquier país capitalista y que compite en los mercados mundiales con las naciones más avanzadas comercial e industrialmente hablando.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

La jornada "oficial" de trabajo en el sesenta y cinco por ciento de las industrias, es de siete horas y la semana consta solamente de cinco días. Hay que tener en cuenta, no obstante, que solamente pasaron a esta nueva modalidad de trabajo, a partir de 1930, *todas aquellas fábricas que habían logrado hacer la producción de ocho horas en siete*. Así, pues, afirmamos que es una solemne farsa el tópico que se ha venido explotando de que la jornada de siete horas se estableció con el exclusivo objeto de proporcionar ocupación a la gran cantidad de obreros parados.

Esto no pasa de ser demagogía barata a sueldo de Moscú. Nosotros demostraremos, con cifras elocuentes y verídicas, que el proletariado ruso produce más actualmente trabajando siete horas que ayer en ocho, y que los sin trabajo continúan siendo un problema pavoroso de árdua—por no decir imposible—solución.

En 1928, según estadísticas oficiales, había en Rusia 1.800.100 obreros sin trabajo. En 1929, después de haberse iniciado el plan quinquenal, disminuyeron éstos en un veinte por ciento aproximadamente, *pero no desaparecieron*—ni mucho menos—. Lo único que en realidad desapareció fueron las estadísticas que, desde aquella fecha, han dejado de publicarse, a fin de que nadie pueda hacerlas públicas. Esta es la forma más sencilla que ha encontrado el gobierno soviético para evitar el contraste doloroso con los de-

más países capitalistas, en los que la crisis se agudiza cada día más, pues, según las más recientes estadísticas burguesas, existe en el mundo un ejército profesional de parados que se eleva a treinta y cinco millones. ¡Estos son los resultados que la racionalización de la mano de obra, puesta en manos del capitalismo y del Estado, nos proporciona!

En Rusia todo el trabajo manual y parte del intelectual se realiza a destajo. Es decir, que los salarios los determina *la cantidad de producción* realizada. Aun así, los salarios de los obreros de una misma industria varían no según las profesiones u oficios, sino según las cualidades físicas e intelectuales de cada obrero. Quizá por esto una de las profesiones mejor retribuidas, a pesar de las tres categorías de salario, es la metalurgia, y una de las peor consideradas la industria fabril y textil.

A fin de ponernos en un punto intermedio, para dar mejor idea del salario, sin descender al mínimo ni elevarnos al máximo, nos basaremos en otra profesión cualquiera por la que podremos deducir poco más o menos cuáles son los salarios corrientes del obrero ruso.

Estudiaremos, pues, la situación de los obreros del ramo de la madera, ya que en éste trabajaba yo. En dicho ramo existen seis categorías de obreros. Las categorías las clasifica el encargado de la sección a que se pertenece en cada fábrica y el conjunto de todas

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

las categorías las presenta el Sindictao en el contrato colectivo que anualmente celebra con la administración de la fábrica si se trata de un Trust del Estado, o con las Empresas, si se relaciona con capital privado.

De modo que, cuando un obrero ingresa en una fábrica, no sabe el jornal que va a cobrar, solamente al cabo de tres días o de una semana, el encargado le comunica la categoría que se le ha asignado y el sueldo que le corresponde. En el caso de que el obrero no esté conforme con la categoría asignada, no puede, en modo alguno, abandonar el trabajo. Sólo tiene el recurso de escribir una atenta y detallada solicitud al comité de fábrica, protestando por la clasificación y dando sus razones. El comité de fábrica, si lo cree oportuno, se reúne con la administración, y, después de examinar la solución y el trabajo ejecutado por el obrero reclamante, deciden, en definitiva, cuál es la categoría que le corresponde.

Se han dado casos—y yo he presenciado algunos—de obreros que trabajando en una fábrica estaban adscritos a la quinta categoría y al entrar en otras les han asignado la cuarta y hasta la tercera. La reclamación, en este caso, casi siempre surte efecto favorable.

Los que llevan largo tiempo trabajando en una fábrica, si desean—por necesidad o por lo que sea—aumentar su categoría, deben escribir también una solicitud al comité de fábrica para que su ascenso sea

discutido. En caso de que la respuesta sea negativa, el solicitante no puede abandonar, bajo ningún pretexto, la fábrica, pues el derecho de huelga está abolido y se castiga severamente a quien intente usarlo.

Por lo que respecta al trabajo a jornal, la clasificación en categorías tiene aún alguna eficacia, pues determina el salario que debe cobrar cada obrero, pero en el trabajo a destajo, no tiene eficacia alguna y sí muchos inconvenientes.

Hay algunos ramos, como el de vestir, por ejemplo, en el que cuando se establecen los precios sobre los trabajos a destajo, se tienen también en cuenta las categorías sindicales. Por ejemplo: para coser una chaqueta se necesita un operario de la quinta categoría. Entonces se establecen los precios con arreglo a su tarifa sindical, no a capricho del encargado. Si para coser un pantalón se precisa un obrero de tercera categoría, los salarios a cobrar serán con arreglo a su tarifa sindical. De modo que si un obrero de la quinta categoría tiene como tarifa sindical 4'80 y el de tercera solamente tiene 3'20, al aumentarles el plus de un 33 por ciento por el trabajo a destajo, resulta que el de la quinta categoría cobrará 6'62 y el de la tercera solamente 4'41.

Lo mismo ocurre con las demás categorías. De modo que las jerarquías en el trabajo continúan en vigor, a pesar de haberse combatido tanto y de figurar su abolición en el programa comunista.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

A continuación detallaremos las categorías sindicales que han sido establecidas por los comités de los sindicatos y bajo cuya norma inflexible se establecen los salarios y los precios a percibir por el trabajo a destajo. Pero antes de hacerlo, conviene advertir al lector de que en Rusia el trabajo actualmente no es individual, ya que el sistema de producción ha sido modificado, pasando a ser colectivo. Con este sistema, los dirigentes pretenden que el trabajo es más productivo. Por esta causa, en la mayoría de las fábricas se produce colectivamente, formando brigadas o equipos de diez o de veinte compañeros que realizan el trabajo en común, aun cuando los salarios, en muchas brigadas, se cotizan también con arreglo a la categoría de cada uno.

La siguiente tabla, que muestra las categorías existentes en el ramo de la madera, y los salarios que corresponden a cada uno, dará una idea clara del sistema:

<i>Tarifa Sindical</i>		<i>Precios del trabajo a destajo</i>	
		1928	1931
1. ^a	1'75 rublos.	Armarios	3'15 1'40
2. ^a	2'50 "	Mesas comedor . . .	2'12 0'90
3. ^a	3'20 "	Mesas despacho . . .	2'55 0'90
4. ^a	3'85 "	Cómodas	1'35 1'—
5. ^a	4'80 "	Buffets	3'30 2'25
6. ^a	5'60 "	Bibliotecas	2'50 1'80
		Una silla	0'38 0'24

A todas estas categorías, trabajando al destajo, se les aumenta el 38 por ciento de plus, de manera que un obrero de la cuarta categoría resulta ganar 5'31. Pero los salarios corrientes que se perciben no pasan de 60 a 80 rublos mensuales para los peones, y de 120 a 150 para los obreros calificados. Los encargados y directores de fábricas oscilan entre los 180 y los 300 rublos; los ingenieros, técnicos, profesores, directores de los trusts, comisarios del pueblo, etc., de 400 a 2.500 rublos.

También ha pasado a la historia aquello de la austeridad de los hombres del partido, puesto que todos los empleados superiores (de directores de fábrica, pasando por ingenieros hasta comisarios), que eran miembros del partido ganaban antes, como máximo, 220 rublos al mes. Ahora ganan los mismos fabulosos sueldos que los demás.

Stalin que, según él dice, "no es partidario de la desigualdad de los salarios", afirmó que si un ingeniero que no era miembro del partido ganaba 500 rublos mensuales, era justo y equitativo que uno que perteneciese al partido, teniendo las mismas aptitudes profesionales, debía ganar lo mismo. Y se acordó el aumento de sueldos a esta gente en el preciso momento en que era más difícil la realización del plan quinquenal y cuando el Estado y el partido movilizaban todos los recursos financieros, llegando incluso a rebajar las tarifas del trabajo a destajo.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Esta última medida trajo como consecuencia una disminución de un 20 por ciento en los jornales del obrero, mientras que la burocracia, en lugar de participar de estas disminuciones, veía elevar el tipo de su salario, puesto que de 220 rublos que era el máximo a percibir pasaron a 250 rublos *como mínimo*, con la garantía de que cada individuo cobraría de esta cantidad para arriba, según la responsabilidad del cargo que desempeñase...

Porque — lo que dirán los mandatarios — ¿cómo puede ser que un director de fábrica gane lo mismo que el de un trust? ¿Es justo que un comandante del ejército rojo gane lo mismo que el comisario de la guerra? ¿Es lógico que un obrero manual gane lo mismo que uno intelectual? ¿O que un peón perciba igual salario que un obrero calificado?... Ellos, por lo que podía favorecerles, opinaron que no era justo, y acordaron la desigualdad económica, acompañada de sus correspondientes jerarquías sociales. Nosotros, sin embargo, creemos lo contrario.

¿Acaso el comunismo que defiende Stalin no precogniza la desaparición de la desigualdad social? ¿Qué entiende, pues, por comunismo el dictador rojo? Quiéramos — cosa difícil — poder obtener una contestación categórica a estas dos preguntas.

No concebimos cómo, después de catorce años, todavía no se ha logrado preparar algunos cuadros de especialistas, quienes, poseídos del espíritu de sacri-

ficio que anima a los obreros, una vez terminada su carrera, volviesen a la fábrica con sus ex compañeros de trabajo, a cooperar con ellos por medio de su técnica, pero percibiendo un salario de obrero, exactamente igual que los otros y sin considerarse superiores.

Porque queremos, incluso, conceder que después de algunos años de la revolución, hubiese sido preciso mantener las categorías, y estuviesen justificados los salarios elevados, con la exclusiva finalidad de atraer, al principio, a los técnicos, ingenieros y especialistas de todas clases producidos por el antiguo régimen. Pero ahora, ya no.

Digan, pues, los salmodiadores de Rusia, ¿qué se ha hecho en catorce años de dictadura, para crear una conciencia libre entre la gente de carrera y formar núcleos de hombres especializados, con mentalidad puramente comunista? No se ha hecho nada en este sentido, y si ello es así, ¿cuándo desaparecerán las jerarquías sociales y la desigualdad económica, sin cuya abolición no hay comunismo posible? Stalin quizá nos conteste que la unidad de salarios no será posible hasta que todos seamos sabios o enciclopedias vivas.

* * *

El trabajo a tanto la pieza, o a destajo, se practicaba allá por los años 1926 a 28 de la siguiente for-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

ma. En las asambleas se nombraba una comisión compuesta por un individuo de cada una de las secciones del ramo. Esta comisión estaba encargada, junto con la administración de la fábrica, de establecer los precios sobre los trabajos. En el caso de que no se llegase a un acuerdo, el asunto pasaba a la junta del Sindicato, quien analizaba y fallaba en última instancia.

Este sistema, un poco democrático, no convenció suficientemente a Stalin, quien decidió cambiarlo radicalmente. Hoy, los obreros ya no tienen participación alguna cuando de establecer los precios del trabajo a destajo se trata. El nuevo sistema es mucho más despótico. A partir de primeros de 1931 se formó un cuerpo especial burocrático, cuya única finalidad consistía en estudiar los precios de los trabajos que se deben realizar, en dar y dictar las normas que para ello deben regir, así como en fijar lo que debe percibir el obrero y el tiempo que tiene que emplear en la ejecución de cada proceso.

En todas las fábricas existe este organismo, llamado "I. T. B." (Buró u Oficina de normas técnicas), cuyos miembros no son nombrados por las asambleas obreras, sino por la administración de las fábricas. Estos organismos están encargados, además, de cronometrar todas las fases de la producción y estipulan la cantidad de piezas que pueden hacerse al cabo del día, tanto en el trabajo a mano como en el de má-

quina. Con arreglo a la cantidad fijada por el "I. T. B.", se establece el precio y se deduce el salario que puede adjudicarse un obrero que trabaje según los cálculos efectuados por la burocracia. Si el obrero no llega a aquella producción y gana menos, no puede hacer reclamación alguna, porque, invariablemente, se le contesta que lo que le pasa es porque no quiere trabajar.

Antes, para establecer a conciencia los precios del trabajo a destajo, se tomaba como base el término medio, o sea, primero se calculaba debidamente la cantidad de trabajo que podía desarrollar el obrero más rápido, y luego se realizaba el mismo cálculo con el obrero más lento. La diferencia de uno a otro daba el término medio, y sobre él se fijaba la retribución.

Hoy ya no se tiene en cuenta el obrero lento. Cuando se inició el plan quinquenal, se pasó al trabajo colectivo y se formaron equipos de trabajadores. De entre estos equipos se escogió uno compuesto de los más rápidos en la producción, al que se le puso el título de "udarnaia brigad" (brigada de choque). Sobre el rendimiento de estas brigadas rápidas, que son las que encabezan la producción, se establecen los precios del trabajo a destajo, de forma que para conseguir una igualdad de salarios hay que llegar al nivel de la producción. Pero como no es así, en una misma categoría siempre hay quien gana más que otro, por-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

que, como es lógico, no todos pueden hacer la misma producción.

Desde hace algún tiempo, los bolcheviques no cesan de entonar himnos a las excelsitudes de este novísimo sistema de trabajo por equipos, afirmando que las rivalidades en la producción de las diversas brigadas de una misma fábrica dan resultados excelentes para el aumento de producción. Estos resultados se hacen más eficaces cuando la rivalidad se manifiesta por medio de desafíos entre los obreros de una fábrica contra los de otra, para ver quién produce más en menos tiempo. Pero hay que aclarar que estos desafíos y emulaciones no se llevan a cabo por entusiasmo colectivo ni por impulso espontáneo de los obreros, sino que son debidos a las primas en metálico establecidas por la administración.

Las brigadas que más producen reciben un premio que es más o menos crecido según la importancia del producto, y a los mejores obreros se les manda, por algún tiempo a un sanatorio. Otros reciben premios en ropas o en otros objetos, según sea la condición del trabajo o hasta las necesidades de los mismos obreros.

Ese sistema se inició en los primeros años del plan quinquenal, en que se establecieron tres premios en la forma siguiente: Primero, para los que más produzcan; segundo, para los que economicen más ma-

teria; tercero, para los que produzcan mejor calidad de género.

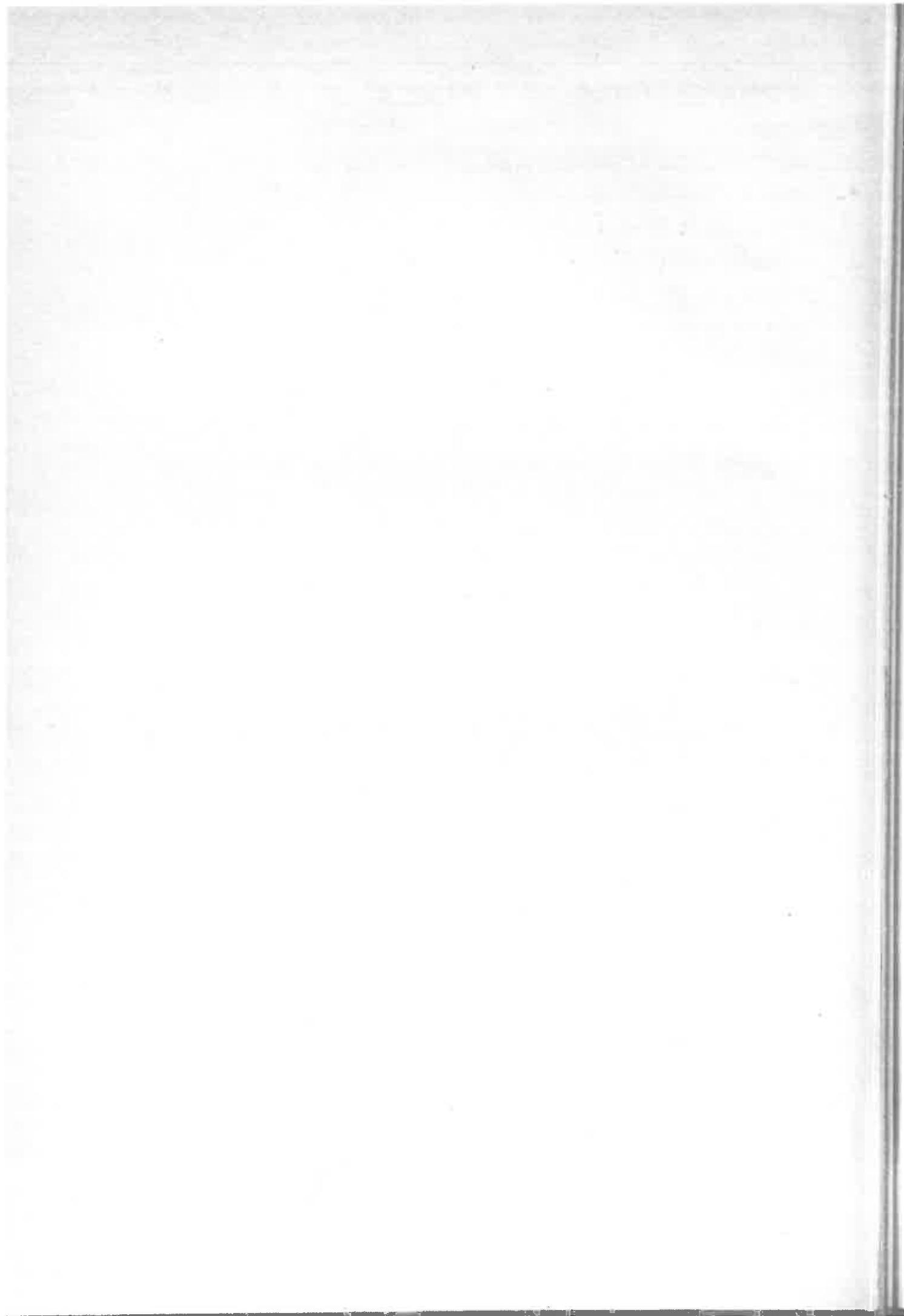
Actualmente, empero, los obreros no se dejan ya engañar por estos premios ni por las primas, pues han visto prácticamente que lo que parecía un beneficio ha servido para rebajarles los salarios en un veinte por ciento, pues, apenas rebasaban el marco de lo estipulado, por la tarifa sindical y el plus de destajo, les rebajaban los precios de la pieza. De modo que los obreros que durante los primeros meses del plan quinquenal se esforzaron por producir más de lo corriente, únicamente por obtener la prima o el premio estipulados, han visto explotado inicuaamente su esfuerzo con una rebaja en el sueldo. Además, se ha visto obligado a continuar produciendo en la misma forma y cantidad, pues, con su "tour de force", habían impuesto ellos mismos una nueva norma en la cantidad a producir.

Un ejemplo elocuente de lo que acabamos de manifestar lo tenemos en la sección del barnizaje del ramo de la madera, cuyos obreros de cuarta categoría, en aquellos meses en que se instituyeron los premios, llegaron a adjudicarse un jornal de 8'40, pues alcanzaron una producción de cuatro armarios por día, que, al precio de 2'10 por armario, da la cantidad citada. Pero los encargados del cronometraje—"I. T. B."—establecieron, a partir de entonces, como norma, la producción de varios meses por cada obrero—sólo que

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

en lugar de continuar pagando la pieza a 2'10, fijaron un nuevo precio, que es el que rige en la actualidad, de 1'40 por armario.

Ante tamaña reducción, algunos obreros lanzaron la voz en señal de protesta, pero no fueron escuchados y se perdieron sus quejas en el vacío. Para evitar cualquier extensión de la protesta, apareció en el órgano del Partido, "La Prawda", un decreto que decía textualmente que los salarios de los obreros debían ser pagados exclusivamente con arreglo a la tarifa sindical y con el 38 por ciento de plus por el trabajo a destajo. Quedaba, pues, cortado de raíz todo intento de reclamación y se ponía una nueva mordaza a la boca de los obreros. ¿Se consentiría tamaño atropello en ninguna otra parte del mundo?



CAPITULO VII

El salario femenino

También en Rusia, como en cualquier país capitalista, hay una diferencia notable entre los salarios que percibe el hombre y los de la mujer.

Aun cuando se ha hecho arma de combate de la divisa "igual salario al hombre como a la mujer", podemos afirmar, sin temor a ser controvertidos, que la tal divisa es, ciertamente, una frase hermosísima que en Rusia se defiende a rajatabla... pero sólo teóricamente. Cuando se trata de aplicarla en la realidad, no faltan razones ni sofismas que justifique el no haber lugar. Y la mujer, como en otra parte cualquiera donde no se la habla de libertad, gime bajo la depreciación de su esfuerzo.

Es una afirmación que ya nadie discute aquella de que: "a igual trabajo, igual salario", y cualquier bolchevique que os encontréis por la calle os espetará, sin más ni más, un extenso y convincente discurso demostrativo de que debe ser así, tanto para el hombre como para la mujer. Pero, como es lógico tratándose

de un sistema gubernamental, de la teoría a la práctica hay gran distancia, y es un hecho real que, a pesar de tan bella teoría y de tan ardientes defensores, el salario de la mujer—en igualdad de trabajo—no es, ni mucho menos, igual al del hombre.

Los precios—la remuneración lleva allí el nombre de *precio*—del trabajo a destajo se establecen, exactamente como en el capítulo anterior, con sujeción a la tarifa sindical, sólo que se toma como base la tarifa inferior. Se desprende de esto que el salario será necesariamente inferior también.

En las Cooperativas y almacenes de venta de productos al por menor, hay empleados de ambos sexos, y aun cuando el horario y condiciones de trabajo son iguales para todos, no perciben el mismo salario. Para marcar esta diferencia en la remuneración, se recurre a un sistema bastante arbitrario.

En los almacenes de comestibles hay distintas secciones; unas cuidan de la venta de la carne, otras del pan, otras de la confitería, aquéllas de las verduras, éstas de las frutas, y así sucesivamente. Todos los que trabajan en estas secciones, por lo tanto, no se ocupan más que de vender. ¿Por qué razón debe existir entre ellos la diferencia de salarios? ¿Por qué son de distinto sexo? Estas preguntas quedan sin respuesta. Pero la realidad es que quien vende la carne no gana lo mismo que el que expende pan; y que los

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

que cuidan de vender confitería ganan menos que los que están encargados de expender frutas.

Convenimos en que quizá sea Rusia el único país que tiene un sistema propio de salarios, pero en ningún país capitalista las jerarquías se manifiestan con tan marcada huella como en éste. Esto hay que decirlo muy alto; debemos gritarlo a la faz del mundo, pese a quien pese, aun a trueque de destruir muchas ilusiones, porque responde a la pura verdad.

Frente al interesado mentir de quienes tienen como norma el engaño y la ficción; ante las afirmaciones de los propagandistas a sueldo, nosotros tenemos la obligación de decir, claramente, escuetamente, diáfana-mente, toda la verdad. Si no lo hiciésemos así, nos creeríamos deshonorados y romperíamos, con indignación, nuestra pluma. Este libro es un libro de luz, es un vocero de la VERDAD, es, sobre todo, la mano que ha de quitar la careta a un sistema que tras pomposos rótulos, esconde todos los defectos, todas las gangrenas.

Y vamos a los salarios. Los dependientes—hombres—de cooperativas y almacenes, ganan de 90 a 150 rublos por mes. Las mujeres—dependientas—perciben solamente de 60 a 80 rublos mensuales. En el ramo de transporte—secciones Tranvías y Autobuses—la diferencia entre los salarios masculinos y femeninos es también notable. Mientras que los hombres ganan de

80 a 120 rublos por mes, la mujer no cobra más de 60 a 70.

Como quiera que en los ramos citados anteriormente no se trabaja a destajo, los salarios se establecen con arreglo a la tarifa sindical, como veremos luego.

Tanto en uno como en otro sexo, al fijar el sueldo se tiene en cuenta el número de años que se llevan ejerciendo la profesión, y con arreglo a ésta que podríamos llamar *experiencia profesional*, se establece la categoría. Aparte de esto, el trabajo está dividido en especialidades, a fin de hacer menos sospechosa esta desigualdad en los salarios. En el ramo de la madera, por ejemplo, las mujeres hacen el barnizado de las sillas y los hombres el de los armarios. Para trabajar en las sillas no se necesita estar tan calificado como para trabajar los armarios, de manera que la tarifa sindical es distinta.

Así, los que cortan la carne tienen una tarifa sindical diferente de los que venden pan o de los que expenden fruta, y así en todos los ramos.

De esta forma se justifica en Rusia el que la mujer gane un salario inferior al del hombre. ¿Como si quien barniza una mesa o una silla no realizara el mismo acto que los que barnizan armarios o camas! Desde el momento en que se es barnizador, debe ganarse lo mismo, ya se trate de un hombre, ya de una mujer. ¿Acaso el que vende patatas no tiene las mismas aptitudes que el que despacha caramelos? Ambos

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

son dependientes y tienen facultades lo mismo para vender una cosa que otra; por lo tanto, es justo, es lógico que ganen lo mismo, ya pertenezcan al sexo débil como al fuerte.

Cuando lleguen a realizar esta igualdad, cuando las jerarquías y las diferenciaciones dejen de ser un hecho, podrán los bolcheviques y sus paniaguados gritar que en Rusia el hombre gana como la mujer y ésta como aquél. Pero mientras perdure la desigualdad económica, en tanto que la mujer sea considerada, en la práctica, como una inferior, todas las combinaciones que ideen los comunistas para justificar esta injustificable escala de salarios, no convencerán a nadie.

No basta cambiar los nombres de las cosas y limpiar las frases con kaol para que queden relucientes. Es preciso que lo que brille sea oro. Es decir, hay que cambiar el fondo.

Lo que acabamos de aplicar a las categorías de salarios y a la condición de la mujer, podemos aplicarlo igualmente a otro aspecto. Se dice y se repite que en Rusia no hay clases. Es cierto. Se han suprimido. Si alguna vez fuerais a Rusia y en cualquier estación de ferrocarril pidiérais un billete de *primera clase*, os aseguro que os quedábais sin él. En Rusia se debe decir: "Deme una *plaza blanda*", pues, como hemos dicho, no hay clases, pero en su lugar existe lo duro y lo blando. ¿No os parece ésta una manera hábil

V. P E R E Z (C O M B I N A)

y discreta de engañar al mundo? Lo mismo exactamente sucede, pues, en todo.

El sistema económico es parecido al de cualquier nación capitalista. Lo único que ha cambiado—y lo repetimos para que el lector se dé perfecta cuenta de la realidad—son los nombres, pero no las cosas. Los ministros han pasado a ser comisarios, y lo mismo ha sucedido con la policía y el ejército. Igual está pasando con la burguesía, que se verá algún día suplantada por la burocracia que, actualmente ya, es una enorme sanguijuela del proletariado ruso, que forma la aristocracia obrera.

CAPITULO VIII

La movilidad obrera

Hasta 1930 existió en Rusia lo que se llamaba la "movilidad de la mano de obra". Es decir, que un obrero cualquiera tenía derecho a cambiar de fábrica o taller siempre que él lo creyera oportuno o conveniente, según sus necesidades o las ventajas que el cambio pudiera reportarle, pues, los salarios, no son iguales en todas las fábricas del mismo ramo. Como es muy natural, lo mismo el obrero calificado (oficial) como el peón, cuando veían la posibilidad de mejorar su situación material, abandonaban el trabajo de una fábrica o taller para entrar en otra.

Si hubiese existido una unidad de salarios en todas las fábricas, no se habrían producido estos casos, porque, ¿qué necesidad tendría el obrero de cambiar de fábrica, si no iba a ganar nada en el cambio?

La movilidad de la mano de obra se debía, pues, a la desigualdad de salarios.

En la actualidad, el obrero ruso no puede abandonar la fábrica según su voluntad. El Partido Comu-

nista decretó hace poco tiempo la "Inmovilidad de la mano de obra", con lo cual queda rota la libertad del obrero, y se hace forzoso laborar siempre en la misma fábrica. Para dejar de trabajar en una fábrica cualquiera, se necesita una autorización previa del director de la misma. En el caso de que algún obrero no cumpla este requisito, *no es admitido en ninguna otra fábrica*, porque todo obrero, al abandonar el trabajo o al ser despedido, debe recibir del director un comunicado para la bolsa de trabajo, exponiendo las razones del cese o despido. Y, cuando un obrero entra a trabajar en una fábrica, debe ir acompañado de un certificado de admisión expedido por la misma bolsa de trabajo. Sin estos requisitos es de absoluta imposibilidad encontrar ocupación.

A esta anulación de la libertad individual, los hombres que están en el Poder la llaman *disciplina de partido*. Con ello se pretende convertir las fábricas en mansiones rígidas como cuarteles, poblados por autómatas que únicamente se mueven y actúan a la voz del Estado Mayor.

En la mayoría de las fábricas rusas, los obreros que llegan diez minutos tarde, se ven obligados a perder medio día de jornal. Los aprendices de 16 años no trabajan más que seis horas diarias, pero, sin embargo, tienen la obligación de producir a destajo, como los mayores. ¿No es esto una contradicción absurda y un infame atentado a la niñez? ¡Trabajan

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

seis horas, es cierto, *pero a destajo*, para que su producción sea igual a ocho!

A fin de que el lector se forme una idea más exacta de la realidad y se percate de cuál es el concepto que el dictador Stalin tiene sobre la movilidad de la mano de obra, damos a continuación el texto traducido del discurso que pronunció en la Conferencia de economistas y administradores, celebrada en Moscú:

—“En toda una serie de empresas—dice Stalin—la inestabilidad de la mano de obra, lejos de desaparecer, no hace sino aumentar; de todos modos, dice, ha treinta a cuarenta por cien en el transcurso de un semestre, o incluso de un trimestre.”

“Con un movimiento de mano de obra que alcanza de treinta a cuarenta por ciento por trimestre, es imposible obtener un ritmo elevado de trabajo organizado y constante.

”Así, el ritmo de la construcción en la U. R. S. S., dependía de la actitud de las masas obreras; tan pronto sobrepasaba—con mucho—las previsiones, como permanecía bastante por bajo de éstas.

”A lo primero, la actitud de la clase obrera era de un entusiasmo fuera de toda ponderación; era un trabajo de fervoroso arrebató, trabajo que a continuación ha ido debilitándose, haciendo que la actitud de los obreros haya variado, al menos en ciertos estratos de la clase obrera...”

“Anteriormente, en el momento de la reedificación

de las industrias, cuando el utillaje técnico era poco complicado y la escala de la producción poco importante, la movilidad de la mano de obra podía ser tolerada. Pero en la hora actual, en el período de la reconstrucción intensiva, sobre una escala de producción formidable, y con un utillaje muy complejo: ¿cuáles son las causas de la movilidad de la mano de obra?—pregunta Stalin—. A lo que responde: “los salarios inexactamente establecidos, el malísimo sistema de tarifas y la igualación izquierdista en el terreno de los salarios... La igualación de los salarios conduce a que el obrero no calificado no sienta interés alguno en llegar a serlo; de ese modo no vislumbra perspectiva alguna de ascenso, se considera como un temporero de la producción, no trabajando sino provisionalmente en una empresa para ir a intentar “su suerte” en otra parte.”

Esas declaraciones de Stalin encierran muchas contradicciones. En primer lugar, es falso de toda falsedad que haya existido nunca entre los bolcheviques una igualación de salarios. Hoy por hoy, no existe. Los salarios de los obreros calificados difieren mucho de los no calificados. No hablemos del personal técnico: ingenieros, técnicos y especialistas de toda especie, nacionales y extranjeros, lo mismo que innumerables “trabajadores de las artes”, cuyos salarios eran y son varias veces superiores a los de los obreros manuales y de los peones.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Otra contradicción en Stalin. Si, como afirma, la causa de la movilidad de la mano de obra obedece a la igualación de los salarios, el obrero no calificado no tendrá razón alguna en dejar una empresa para "tentar suerte" en otra parte. ¿Qué albur habría de buscar y dónde, puesto que sus salarios están igualados en todas partes con los de los obreros calificados?...

Stalin dice, además, que "incluso los obreros calificados se ven obligados a abandonar una empresa industrial por otra... para hallar, por última, ésta o aquella empresa en la que se sabe apreciar el trabajo de los calificados de una justa manera".

De esta forma resulta que los obreros no calificados no solamente corren de una empresa a otra en busca de "fortuna", sino que los obreros calificados practican la cosa en el mismo sentido, la maldita igualación aparece como causa de todo esto. Así se explica el hecho de la corriente general de las empresas. Esta explicación es demasiado débil, simplista; ni prueba nada ni convence a nadie. Como toda dictadura de partido, la rusa está compuesta de contradicciones ligadas forzosamente entre sí.

¿Cuál es la conclusión que saca Stalin del hecho de la corriente general en las empresas y qué medidas preconiza para atajar esa corriente? El preconiza: "la abolición de la igualación y establecer el viejo sistema de la tarifa". Traducido al lenguaje simple, ello

quiere decir: establecer un límite entre los obreros calificados y los no calificados, bastante mayor aún que el que existe actualmente.

“En cada rama de la industria, dice Stalin, en cada empresa, en cada taller, existen los grupos-guías compuestos de obreros más o menos calificados, los cuales debemos *sujetar* a la producción y, sobre todo, si realmente queremos asegurarnos de un personal constante, los grupos-guías constituyen el eslabón fundamental de la producción.

“Apegarlos a la producción, al taller, significa sujetar todo el personal obrero, zanjar en sus raíces la corriente de la fuerza obrera. Pero, ¿cómo apegarlos a la empresa? Puede hacerse mediante el ascenso, mediante el alza del nivel de su salario, por una organización del salario que dé lo que corresponda a la calificación del obrero.

”¿Qué significa hacerlos ascender y elevar el nivel del salario? Esto significa, ante todo, abrir la perspectiva para los obreros no calificados y darles un estimulante al ascenso: al ascenso en las filas de los calificados.”

Como complemento de esto, Stalin propone acabar con los restos de la administración colectiva en los grandes trusts industriales, compuestos de cien a doscientas empresas, retornar a la administración individual, tal como se ha hecho en las explotaciones independientes de los trusts.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Por consiguiente, la clase obrera de la U. R. S. S. recibe *administración* individual de los trusts, *administración* individual de las empresas; recibe los grupos privilegiados de los obreros calificados adscritos a las empresas por la elevada remuneración del trabajo y, en fin, las grandes masas de obreros no calificados que tienen derecho al ascenso en las filas de los calificados y recibir allá lejos, por sobre los puestos mejor remunerados, el sistema sudorífico (diaforético) de remuneración del trabajo a destajo; tales son los nuevos métodos de *administración* de las empresas en la U. R. S. S. elaborados por el Politik Buró y anunciados por Stalin en la Conferencia de administradores.

* * *

Después del extracto del discurso, nos ha parecido oportuno publicar las reflexiones que él mismo sugirió al ilustre crítico Pedro Archinof. Las atinadas frases de este escritor ruso, expresan, con mayor claridad que lo haría yo mismo, nuestro pensamiento con respecto a esta importante cuestión:

“No es la primera vez que el partido comunista suscita la cuestión de la organización “económica” del trabajo dentro de las explotaciones.

”Recientemente aún, hace dos años, El Comité Central del partido comunista publicó una circular en

la que, comprobando la incompetencia de la administración colectiva en los cargos del Gobierno, prescribía la introducción del régimen de la administración individual dentro de las fábricas.

Los mecanismos de administración, así como las organizaciones técnicas, pertenecen a la administración "directriz"; respecto a los sindicatos, no tienen sino "consultar regularmente los informes de la administración, estudiar los materiales relativos a la producción e introducir sus proposiciones, sin por ello mezclarse inmediatamente en la dirección de las empresas". Así lo promulga la disposición del Comité Central del partido comunista del 7 de septiembre de 1929.

Por consiguiente, ese régimen de administración individual, no ha realizado los cometidos que el Gobierno soviético le había impuesto, y, dos años más tarde, el jefe del partido comunista se ve obligado a señalar de nuevo los pasos peligrosos en la producción.

Desde hace varios años los obreros huyen de los penosos trabajos mineros y siderúrgicos. La simplicidad de la cuestión parece completamente establecida; es preciso, en primer lugar, estudiar las causas de estas huídas, y a continuación, hacer por eliminarlas.

Es comprensible, hasta para un niño, que las masas rehuyen la cuenca del Donetz y las demás ramas

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

de la industria pesada, a causa de las penosas condiciones del trabajo y, que la energía y la vida se les gasta sin la compensación indispensable.

Ninguno consentirá consagrarse a la existencia de un paria, y cada cual buscará las condiciones de existencia de que es digno y a que se ha hecho acreedor por su trabajo. Es precisamente lo que hacen las masas obreras de las industrias mineras y siderúrgicas. Y, no sólo aquéllos, sino que todos los obreros que tienen las condiciones de existencia penosa y se ven engañados, robados por el orden de cosas existente.

Nadie tendrá a Trotzky por sospechoso de simpatía hacia el anarquismo, pero en el caso presente su crítica del discurso de Stalin en muchos puntos, confirma nuestras palabras.

Trotzky escribe: "No se huye de la felicidad para ir a buscar exactamente lo mismo. El aumento de la corriente significa que la masa obrera se siente a disgusto dentro de las condiciones que se han creado desde los tres años de existencia del plan quinquenal...

"La afluencia de la mano de obra del campo a las ciudades ha cesado, no porque los campesinos hayan adquirido una mejora ideal cualquiera, sino porque la situación de los obreros, y esto hay que decirlo honrada, clara y francamente, *ha empeorado particularmente desde hace algún tiempo.* (Subrayado por Trotzky.)

Y Trotzky pone sobre aviso a los dirigentes bolcheviques: "No hay que engañarse a sí mismo: las emigraciones físicas pueden servir de prelude a las emigraciones políticas." (Bulletin de l'Oposition, número 2.)

Tal es el estado de cosas. Tal es el hecho. Es ridículo ocultarse y cimentarlo. Parecería que es menester emplear todos los esfuerzos en elevar al máximo las condiciones de la vida de todos los obreros y en primer lugar las de los obreros pertenecientes a las ramas de la industria pesada.

Hay que asegurar la subsistencia completa de los obreros. Hay que facilitarles habitaciones en que puedan gozar del descanso normal después del trabajo extenuador. Hay que darles la posibilidad de satisfacer sus aspiraciones culturales. Por último, hay que devolver a las masas y a sus sindicatos el derecho a organizar ellas mismas la administración de la industria y de la economía del país.

Solamente así, y no por la división en categorías de privilegiados y no privilegiados, es como se puede edificar la economía socialista y establecer los lazos socialistas entre los trabajadores.

Mas no es de este modo como obran las eminencias dictatoriales del partido comunista... Desde el aislamiento de su despacho, estudian todo un sistema de medidas a tomar, las cuales a toda costa, y a pesar

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

de todo, deben sujetar los obreros a las empresas. ¿Qué significa todo eso?

Eso quiere decir que durante el período de lueg-os años de gobierno sin control, esas gentes han dejado de pensar como socialistas; han olvidado que es preciso abordar la causa socialista con métodos socialistas. Piensan administrativamente, burocráticamente. Esperan que con circulares y órdenes puede conducir la vida allá donde se quiera. Esta es la causa de us contradicciones trágicas con la vida de grandes masas de trabajadores.

Pero, ¿debe resolverse de ese modo el problema social? ¿Es que así cambiará un ápice la situación general de las masas que buscan sus derechos económicos y políticos en la U. R. S. S. y no los encuentran por ninguna parte? Es evidente que no. Hay que pensar que el cometido de la aristocracia obrera conducirá a que sirva de látigo de las grandes masas de los no calificados, ayudando a las administraciones a sujetarlos a las empresas en calidad de proletariado de la categoría inferior.

Stalin tranquiliza a esta categoría de proletarios con la promesa de que cada uno de ellos puede ascender en los escalafones de los calificados y por ende mejorar su situación material.

Este argumento se parece al de los economistas burgueses, quienes afirman que, dentro de la sociedad capitalista, cualquier obrero o campesino tiene dere-

cho al ascenso en los escalafones de los empresarios (hombres de negocios) y agentes del Estado. Para probarlo, los políticos burgueses citan ejemplos.

Tal es el argumento; la realidad es muy distinta.

Solamente las unidades obreras y campesinas pueden ascender dentro de esos escalafones. La clase obrera por entero continúa como clase, trabajando en beneficio de los empresarios de la sociedad capitalista. En el caso opuesto, debe desaparecer.

Hallamos idénticamente lo mismo en el discurso de Stalin. Es evidente que los obreros calificados ascenderán, pero, en todos los ramos de industria, el trabajo será ejecutado por los no calificados. Porque la preponderancia cuantitativa en materia de trabajo estará siempre del lado de los no calificados; por consiguiente, en las empresas habrá la mayor parte de obreros no calificados.

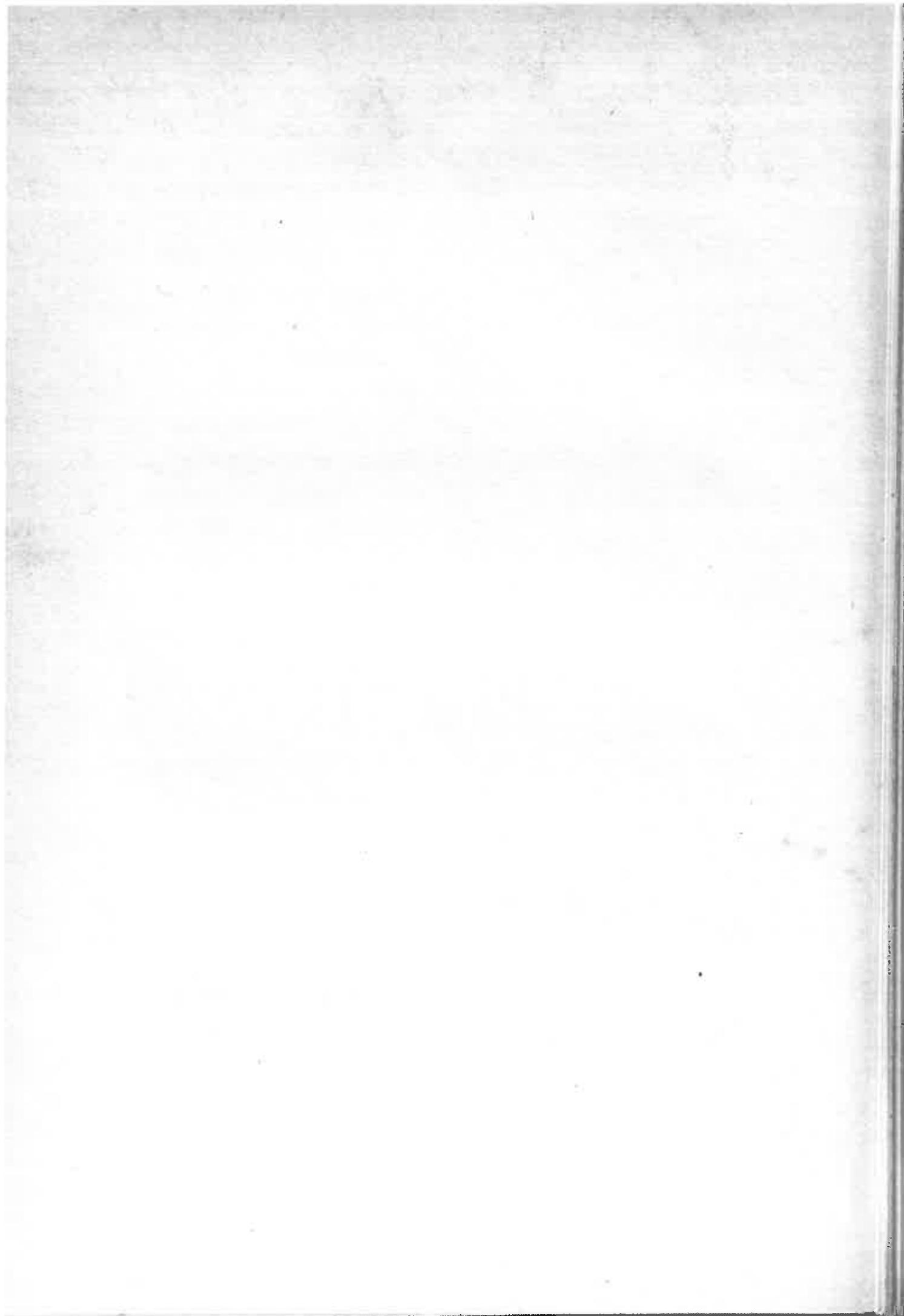
No se puede engañar a la vida, de igual manera que es imposible engañar al pueblo diciéndole que es el pueblo soberano, dueño de la nueva vida, no obstante tenerle bajo la dependencia de los ejecutores tácitos de la voluntad del partido burocrático. Teniendo la experiencia de 14 años de su propia dictadura, el partido comunista debiera haberse convencido de que el sistema de la dictadura del partido y de la burocracia no hace sino frenar la construcción socialista, no dejando a las masas la posibilidad de

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

fortalecerse y dar curso a su gigantesco genio constructivo.

Pero las masas viven y se mueven. Inspiradas por la gran idea de su emancipación, semejante a las olas indóciles, se mueven destruyendo uno tras otro todos los obstáculos que hallan en su camino de libertad, de independencia y de inteligencia.

Este tejido de contradicciones que el bolchevismo creó dentro de un medio obrero por la estrechez dictatorial de su partido, puede ser desenredado exclusivamente mediante la restitución integral a la clase obrera de sus derechos económicos y políticos, actualmente usurpados por una reducida casta de arrivistas. Únicamente por el camino de la pujanza creadora, de la diligencia de las masas y de sus organizaciones económicas, por la ruta de la vasta democracia obrera y del comunismo obrero, será posible la salida de la situación en que se encuentra actualmente el proletariado de la U. R. S. S.



CAPITULO IX

La colectivización

En 1929 el "Buró Político" del Partido Comunista ruso lanzó un decreto de colectivización de la tierra. Las masas campesinas, incultas e ignorantes, desconocedoras de las verdaderas intenciones gubernamentales, continuaron cultivando la tierra como los años anteriores... Pero, en un momento dado, y de improviso para aquellas pobres gentes, elementos del ejército rojo y de la G. P. U., movilizados por el Estado para aquel exclusivo objeto, presentáronse en los campos y se incautaron de toda la cosecha y el ganado de los campesinos, obligándoles, por la fuerza, a que ingresasen en las granjas colectivas agrícola-ganaderas.

Con este procedimiento tan expeditivo, con esta "suavidad" armada, que tiene como supremo argumento el porrazo, que usan todas las dictaduras, consiguieron los secuaces de Stalin arrastrar a tres millones de campesinos hacia las "Granjas Soviéticas". Pero las pésimas condiciones de vida que en ellas se disfrutaban y

los ínfimos salarios de hambre que se perciben, han creado un malestar tan profundo en los campos, han hecho tan odiosa la vida del agro, que los campesinos huyen a bandadas hacia las ciudades, abandonando la tierra que con tanto amor cultivaron y que, un tiempo, constituyó todo su afán.

Los campesinos rusos, molestos a pesar de todo, a fin de vengarse del inicuo y criminal proceder de los dictadores soviéticos, realizaron una sublevación colectiva contra los expropiadores. Los campesinos, heridos en lo más íntimo de su ser al verse despojados violentamente, sin explicaciones, de lo que tantos sudores les costó, opusieron resistencia armada y trabaron verdaderos combates con el ejército rojo, cuyo resultado fué un crecido número de muertos y heridos.

Estos hechos fueron silenciados siempre por la prensa rusa, porque la comisión de censura prohíbe la publicación de semejantes noticias. Con ello se pretende evitar que el descontento que existe actualmente entre los obreros industriales, llegue a conocimiento de los campesinos—o viceversa—y no pueda producirse un movimiento general revolucionario que pondría en evidente peligro—si no lo destruyera—todo el andamiaje despótico del Fascismo Rojo.

El acto realizado por los dirigentes bolcheviques no puede ser más inhumano. Todo el mundo estará acorde conmigo en afirmar que no es justo, ni equitativo, quitarle la tierra al campesino, sin haberle fa-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

cilitado antes otros medios de vida y de trabajo. Nadie, en nombre de ninguna idea, aun cuando ésta sea la más sublime, tiene derecho a lanzar al hambre y al pauperismo a otros seres. Y en Rusia se ha hecho esto y más con los campesinos.

Los tres tipos de economía socialista preconizada y dirigida por el trust de la tierra, que son: el "Koljosa", el "Soljosa" y la "Comuna", vienen a representar una especie de fábricas agrícolas en las que el campesino ruso está obligado a trabajar a destajo y ganando el misérrimo jornal de 1'40 rublos por día el hombre, 90 kopeks la mujer y 40 kopeks las criaturas, que también tienen que trabajar *si es que quieren vivir*.

Como se ve, los campesinos rusos viven hoy una situación que nunca conocieron. Después de verse tratados con tanta desconsideración, se les arruina paulatinamente por medio de impuestos que calificaremos de brutales, esperando de esta forma que, deshecha su vida, imposibilitado su desenvolvimiento, ingresarán en las "Granjas Colectivas". Pero el campesino ruso, tradicional pero intuitivo, no inteligente pero desconfiado, a causa de las expoliaciones de que ha sido objeto, ha dicho que antes que ir al "Koljosa" prefiere morir.

Pueden contarse por miles los campesinos que han sido trasladados a Siberia con sus familias, por el solo hecho de no haber pagado los impuestos al Es-

tado comunista o por haberse negado a ingresar en las granjas agrícolas del Estado.

Para que el lector no crea que escribimos las presentes líneas sin poseer una documentación verídica acerca del asunto, para que nadie imagine que combatimos por el exclusivo prurito de combatir, y a fin de que ninguno pueda sospechar en nosotros una fanática enemiga o una manía sistemática de criticar al gobierno ruso, debemos advertir—como ya se ha manifestado en distintas ocasiones, en este libro—que nuestra misión se concreta a exponer sencillamente los hechos que conocemos, y de cuya veracidad respondemos.

Con objeto de reunir datos reales y precisos acerca de esta cuestión, antes de marcharme de Rusia para regresar a España, un amigo mío me invitó para que pasase unos días en el campo, en casa de la familia de su compañera. Tuve allí ocasión de hablar largo y tendido con algunos campesinos. Un vejete, de luegas barbas blancas, explicóme entre sollozos y mientras sus ojos centelleaban de indignación, que dos días antes su hijo había sido conducido a Siberia, en compañía de algunos más de la misma localidad. Añadió que él mismo estaba amenazado de correr idéntica suerte, aun cuando creía que le respetaban por su avanzada edad. Entre otras muchas cosas, que no re-tuve en la memoria, me contó que tan sólo hacía dos meses que el Estado se había apoderado de sus

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

tierras y del ganado que poseía, consistente en dos vacas, un caballo y algún cordero, y les había dejado sin recurso alguno y con la obligación de trabajar por aquel insignificante salario de 1'40 rublo. Teniendo en cuenta su vejez, él no tenía ya fuerza para el trabajo, de modo que el único que podía aportar algo para el sostenimiento de los dos era el hijo. ¡Aquel hijo que le arrancaban de sus brazos, ahora, para matárselo en Siberia y para matarle a él de hambre!

“Yo, compañero—continuaba diciendo el viejo—, no explotaba a nadie. En casa sólo trabajaba mi hijo; yo le ayudaba en algunas cosas y así pasábamos la vida, relativamente dichosos. Nuestro único patrimonio era aquel pedazo de tierra y aquellos cuantos animales que nos quitaron. Ahora, despojados de todo, aún quieren obligarnos a pagar un impuesto sobre la cosecha. Nos negamos y se han llevado a mi hijo.

Vibrando de indignación ante tamaño proceder, pero dudando de que los bolcheviques obraran tan despótica e inhumanamente, le pregunté:

—¿Sois “kulak” acaso? (1).

—No soy “kulak”—me contestó—ni lo he sido nunca. En último caso podría ser que, actualmente, el solo hecho de poseer una vaca nos señalase como “kulak”. Pero, para que veáis cuál es nuestra vida, es preciso

(1) Se le llama “Kulak” al campesino rico que posee grandes terrenos y tiene asalariados para cultivarlos.—N. del A.

que sepáis, compañero, que las cooperativas no nos sirven ningún producto. Todos los días, tan pronto como oscurece, tenemos que irnos a la cama...

—¿Por qué?—le pregunté sorprendido.

—Porque aquí no hay electricidad, y la única luz de que disponemos es ésta—me dice, señalando con el dedo un quinqué—. Pero como no nos da petróleo, es imposible hacerlo arder.

—¿Cómo se explica que no os den petróleo—díjeme riendo—, si, según afirma la prensa, en la "Nafta" se ha terminado el plan quinquenal en dos años y medio?

—No sé a qué será debido. Suponemos que prefieren exportarlo antes que servirnoslo a nosotros... a los campesinos.

Hubo tal vibración en sus últimas palabras, puso en ellas el buen hombre tanta emoción, que me pareció el mayor de los reproches que podía lanzarse a la cara de un trabajador industrial. En efecto, ¿qué es para nosotros *un campesino*? ¿No ponemos en la palabra, al nombrarlo, todo el acento despectivo de que somos capaces? Y... sin embargo, ¿qué sería de nosotros sin *el campesino*?

Comprendí entonces, sólo entonces—tal fué la virtud mágica de las palabras de aquel anciano—cuál era la enorme tragedia de los obreros del campo: producir lo esencial, lo indispensable, y verse en pago despreciados.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Levanté la cabeza y contemplé la albura de aquella barba y las nobles facciones del anciano. Y fui presa de un deseo imperioso de arrodillarme a sus pies y pedirle perdón. Era como un afán de hacer perdonar, en mí, las culpas de todos los trabajadores industriales; era una necesidad de oír, por boca del venerable, las palabras de absolución que necesitamos de todos los campesinos.

No me arrodillé, sin embargo. Maquinalmente le ofrecí un cigarrillo, como único medio de mudo desagravio.

A la vista del tabaco, sus facciones se animaron. Lió el cigarrillo, y, saboreando a conciencia el pitillo, contóme—entre bocanadas lentas de humo—que el tabaco constituía para ellos un artículo de lujo, del que sólo podían gustar muy raramente.

—Majorca no nos dan—me explicó—. Si deseamos fumar, debemos entregar diez huevos por cada paquete de majorca. Calcule, camarada, cuál ha de ser nuestra privación, si tenemos en cuenta que apenas nos quedan gallinas, después de la requisa...

Vi asomar a sus ojos, indiscretas, dos lágrimas furtivas, que enjugó rápidamente, añadiendo:

—Vivimos separados del mundo. Parece que seamos peores que animales de carga. Estamos olvidados de todos. De nosotros sólo se acuerdan cuando necesitan trigo, patatas o ganado. Pero nunca vienen a

aliviar nuestra miseria ni a endulzar la amargura de nuestra situación...

Así hablaba aquel venerable anciano, figura representativa del dolor y la miseria de toda una clase social relegada, despreciada e incomprensida. Sus amargas quejas reflejan exactamente toda la realidad. No importa que todos los periódicos rusos llenen sus páginas de literatura ditirámica, afirmando que la situación del proletariado mejora diariamente y que los jornales se han elevado a un nivel muy superior del de antes de la guerra. Nada importa que se diga que a principios de este año los salarios han sido aumentados en un 12 por 100 y que los campesinos ingresan por millones en las granjas colectivas. Hay que tener en cuenta que quienes tales cosas afirman, lo hacen por un marcado interés de partido, porque la realidad ya hemos visto—y lo veremos aún mejor—es completamente distinta.

El afán que guía a estos articulistas falsarios, no es otro que el de poner en pugna el sentir de las clases laboriosas a fin de hacerles creer en lo que no existe. Afortunadamente, la mayoría de obreros se da perfecta cuenta de que la situación no ha cambiado un ápice en los tres años que llevamos de plan quinquenal. Otro de los designios que inducen a los órganos comunistas a insertar estas mentiras casi monstruosas, es el deseo natural de cazar incautos que

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

—crédulos o posesos de ingenuidad—caigan de lleno en la trampa que ellos les preparan.

Pero los que hemos vivido largos años en la U. R. S. S., sabemos con certeza, sin lugar a duda alguna, lo que sucede en las fábricas y talleres. Por esta causa, nuestra honradez, nuestro deseo de servir a la humanidad y el anhelo que nos domina de hacer prevalecer por encima de todo la Verdad, nos obliga a no callar nada de cuanto sabemos. Nuestro deber es no servir, en modo alguno, de plataforma a ningún partido—blanco, rojo o negro—, sino, llana y simplemente, ofrendar nuestra experiencia a la realización de la LIBERTAD.

Los bolcheviques, para disculpar su pésima política rural y a fin de justificar medidas draconianas, cargan la responsabilidad de cuanto sucede en los campos, sobre los "kulaks". Bien es cierto que estos últimos nunca miraron con buenos ojos al nuevo régimen; pero nosotros sabemos—y lo afirmamos rotundamente—que los únicos responsables directos del malestar campesino ruso son el "Politik Buró" con Stalin a la cabeza, y su malhadado sistema centralizador, que ahoga despiadadamente la voluntad y la iniciativa individuales.

La confirmación de cuanto decimos puede resumirse en la siguiente pregunta: ¿Qué influencia podría tener el "kulak" sobre los campesinos pobres, si estas mismas masas campesinas hubiesen podido comprobar

prácticamente que su situación material cultural mejoraba al ingresar en el "Koljosa" o en el "Soljosa"? La respuesta lógica y natural es ésta: ¡Ninguna!

Pero, como quiera que los primeros campesinos que ingresaron en las granjas colectivas se vieron precisados a abandonarlas por las pésimas condiciones de vida que en ellas se les creaba, ha resultado que, actualmente, en cada campesino se halla latente un enemigo de la colectivización. No son, pues, los "kulaks" responsables del odio a la "Koljosa"; es todo el sistema comunista, y en especial los directores y el cuerpo administrativo de estos organismos colectivos del agro, quienes en lugar de procurar por el mejoramiento de sus administrados se preocupan, única y exclusivamente, de redondear sus ingresos y de expropiar a los campesinos.

CAPITULO X

Las Cooperativas de consumo y la crisis de productos

Las cooperativas fueron creadas para reemplazar ventajosamente a los almacenes del comercio privado. Todas ellas están bajo el inmediato control y dirección del Estado, que es el que forma o nombra el cuerpo administrativo de las mismas.

Hasta el año 1930 el número de miembros afiliados a las cooperativas era de dos millones. A partir de entonces, buscando los medios de desarrollar el cooperativismo, el partido comunista acordó que no fueran expendidos productos a nadie que no fuese miembro de una cooperativa y que estuviese al corriente en su cotización.

Antes del año citado, las cuotas se pagaban con arreglo al salario que cada obrero percibía. Los que cobraban de 50 a 100 rublos al mes pagaban 15 rublos; de 100 a 150 rublos, pagaban 30; a partir de 150 rublos hasta el máximo que pueda ganarse, pagaban 45 rublos mensuales. Actualmente (1931), la

V. P E R E Z (C O M B I N A)

cuota ha aumentado en proporción desmesurada. Los que pagaban 15 rublos deben satisfacer ahora, 30; los que pagaban 30, ahora 50; y los de 45, ahora 75. Los que no trabajan, o sea, las esposas de los obreros, deben satisfacer una cuota, también proporcional a lo que gane el marido; ejemplo: de 50 a 100 rublos, 9'50; de 100 a 150 rublos, 16; y el resto 22 rublos.

Al ponerse en práctica el acuerdo de no vender productos a los que no fuesen socios de las cooperativas, los que se encontraban en esta situación se vieron obligados irremisiblemente a ingresar en ellas, aunque fuese contra su voluntad, pues si deseaban comer y vestirse no podían valerse de otro medio.

* * *

Algunos podrían creer que estas cooperativas están controladas por la clase obrera. Nada de eso. Los obreros (que son los socios) no se enteran nunca de nada y desconocen por completo cuáles son los beneficios que se obtienen. Tampoco son llamados nunca a ninguna reunión para elegir la junta o para darles cuenta de algo relacionado con la marcha de la cooperativa. El Estado cuida de todo, y hace o deshace según sus conveniencias; al obrero no se le tiene en cuenta.

En cualquier país capitalista, los socios de no im-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

porta qué cooperativas obrera se reúnen para enterarse de los beneficios habidos, de la marcha de la entidad y de la trayectoria a seguir en lo futuro, teniendo siempre a beneficiar a los adherentes. En Rusia, país proletario (?), las cooperativas no tienen carácter independiente ni autónomo, puesto que, como ya hemos dicho, el Estado es su tutor.

Los obreros de Moscú—como los de otras importantes ciudades, Leningrado, por ejemplo—, con el carnet cooperatista, pueden hacer las compras de sus productos en no importa qué radio de la ciudad. Sólo una paradójica anomalía es de notar en esta organización, y es que si bien todos los obreros pueden recorrer las diversas cooperativas, existe en todas las ciudades de Rusia una cooperativa en la que los obreros no pueden comprar y la que—cosa extraordinaria—es la única en donde no hay escasez de productos. Se trata, sencillamente, de la cooperativa de la G. P. U. (Policía Política para la Seguridad del Estado.)

A esta cooperativa se le ha querido dar un carácter de independencia y de aislamiento, por tratarse de una institución policíaca que no *debe* fraternizar con la clase obrera. Como era natural, semejante proceder ha causado funesta impresión en los medios obreros, pues, con tamaña diferencia se ha dado a comprender que, mediante el privilegio, se forma una nueva casta de enemigos del proletariado y de defensores a ultranza de la autoridad y de la dictadura.

Afirman los obreros rusos que, cuando el régimen zarista, la policía gozaba también siempre de grandes privilegios y tenían lugares que sólo eran frecuentados por los del cuerpo. Hoy sucede exactamente lo mismo. La G. P. U. tiene cooperativas propias, para el exclusivo uso policíaco, casas, restaurantes, etc. Muy pronto tendrá ferrocarriles y aeroplanos. ¿Podrían consentirse estos procedimientos en una sociedad realmente nueva, formada y regida por el propio proletariado? Creo que no. El ideal de una república proletaria no se concibe bajo la sombra de un aparato de coerción. La policía es incompatible con el proletariado, porque éste aspira a la glorificación del trabajo, aquélla a la exaltación de la vagancia, del privilegio, de la coacción, de la fuerza y del "orden".

Los panegiristas del comunismo estatal y los propios gobernantes de Rusia afirman que ellos propugnan una sociedad libre, de obreros libres. ¿Cómo pueden armonizarse estas declaraciones con la brutal realidad que nos muestra a los policías formando aparte del proletariado, bien cebados, y afilando siempre sus colmillos para arrojarse sobre quien les indique su amo: el Estado? Convengamos en que no puede justificarse de ninguna manera y constatemos una vez más que el andamiaje comunista está construído con una serie de contradicciones fundamentales.

Al iniciarse el plan quinquenal, el Gobierno ruso

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

quiso dar al mundo capitalista la sensación de que la Unión de Repúblicas Soviéticas era un país que nadaba en la abundancia. A tal efecto, para asombrar a sus contrincantes, estableció su política exterior de exportación de productos alimenticios y materias primas, política fundamentalmente equívoca y falsa por cuanto creaba una situación desesperada al proletariado a causa del desquiciamiento de la organización interior.

Si antes de la guerra, los cárteles, los trusts y los sindicatos industriales alemanes se lanzaron a la conquista de mercados extranjeros, tuvieron antes la prudente precaución de regularizar el mercado propio. En la U. R. S. S. se ha querido seguir esta política, pero imponiéndole al proletariado una cantidad tal de sacrificios y privaciones que si se prolongan por más tiempo darán como resultado una generación de seres enfermos y depauperados. La anemia se apoderará de los organismos humanos, porque la alimentación actual de los obreros rusos es en un 50 por 100 inferior a la normal de todo hombre que desgaste sus energías en un trabajo abrumador o agotador, que tal es el que se realiza—intensivo—en el país de los Soviets.

El plan quinquenal famoso, puede reducirse, para los obreros—y sólo para ellos, puesto que los burócratas y demás parásitos no hacen más que mejorar—en la siguiente frase: "Producir más y comer me-

nos." Pero no se tiene en cuenta que el organismo humano necesita, para producir, una consumición eficiente. No es, pues, de extrañar que el dictador Stalin se lamente de que el plan quinquenal no pueda realizarse en muchas industrias, y especialmente en la siderúrgica y en la minera, porque, ¿cómo es posible resistir la intensidad de la superproducción diaria en trabajos de tanto desgaste?

Según propia confesión del mismo Stalin, en las citadas industrias sólo ha sido posible realizar el 10 por 100 del plan, y en otras, como la textil y fabril, ni a esa cifra se ha podido llegar. Tenga paciencia el fogoso dictador y piense en que todos estos productores, de quienes solicita un mayor esfuerzo, comen menos y mucho peor que él.. Piense esto y, humanamente, obre en consecuencia...

Así, pues, tan pronto como se puso en práctica el plan quinquenal y se abrió la exportación, las cooperativas empezaron a carecer de productos alimenticios en cantidad y con repetición alarmantes. Muy pronto la crisis alcanzó a los productos más necesarios e imprescindibles para la vida, como son el pan, la carne, las patatas, las ropas interiores y de vestir, el calzado, etc.

Viendo que la crisis se agravaba día a día y observando que el descontento entre el pueblo crecía rápidamente, los economistas bolcheviques lanzaron la *genial* idea de racionar todos los productos. Aprobado

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

el plan, a fines de 1929 todos los productos fueron racionados de la siguiente forma: Se hizo una división en cuatro categorías, distribuidas así: pertenecen a la primera categoría los obreros que trabajan en alguna industria; a la segunda los obreros que trabajan en otros oficios no industriales; a la tercera, los empleados y las mujeres ocupadas en trabajos domésticos; a la cuarta o especial, los niños menores de diez años.

La diferencia entre la primera y segunda categoría no es muy notable, en relación con la que existe entre éstas y la tercera y cuarta. Para mejor exponer las cantidades que reciben en cada categoría, y a fin de que el lector pueda formar juicio exacto acerca de ellas, damos a continuación una tabla demostrativa que, por sí sola, habla con más elocuencia que todas las opiniones que pudiéramos transcribir.

Antes, queremos advertir que la distribución de los productos se realiza por medio de talones numerados.

He aquí la tabla:

Primera Categoría	Segunda Categoría	Tercera Categoría	Cuarta Categoría
<p>Azúcar, 1 1/2 kg. al mes Té, 50 gramos al mes Sardinas, 800 gr. al id. Macarrones, 800 gr. id. Aceite 500 gr. al mes Fideos, 400 gr. al mes Mantequilla, 200 g. id Kacho, 1 kg. al mes Jabón ordin. 1/2 kg. id. id. "toilette" 50 gr. id. Huevos 10 al mes Carne, 100 gr. por día Pan blanco 400 id. id Pan negro, 400 id. id. Conservas, 1 lata al mes Tabaco 18 paq. al mes</p>	<p>Azúcar 1 1/2 kg. al mes Té, 50 gramos al mes Sardinas, 600 gr al mes Macarrones 600 gr. id. Aceite, 400 gr. al mes Fideos, 400 gr. al mes Mantequilla 200 id. id. Kacho, 1 kg. al mes Jabón ordin. 1/2 kg id. id "toilettes" 50 gr. id. Huevos, 10 por mes Carne, 100 gr. por día Pan blanco, 400 g. día Pan negro, 400 id. id. Conservas 1 lata al mes Tabaco, 18 paq. al mes</p>	<p>Azúcar, 1 1/2 kg. al mes Té, 25 gramos al mes Sardinas 400 gr. al mes Macarrones 400 id. id. Aceite 250 gr. al mes Fideos 250 gr al mes Mantequilla, 100 id. id. Kacho, 1/2 kg. al mes Jabón ord. 250 gr. id id. "toilette" 25 id. id. Huevos ninguno Carne 50 gr. por día Pan blanco 200 gr día Pan negro, 200 id. id. Conservas, nada Tabaco 18 paq. al mes</p>	<p>Azúcar, 1 1/2 kg. al mes Té, 25 gramos al mes Sardinas 200 gr. id. Macarrones 400 id. id Aceite, 250 gr al mes Fideos, 250 id. id. Mantequilla 200 id. id. Kacho, 1/2 kg. al mes Jabón ord. 250 gr id. id. "toilettes" 25 gr id. Huevos, 15 por mes Carne 100 gr por día Pan blanco, 200 g. día Pan negro 200 id. id. Conservas, nada Frutas secas 500 g mes Arroz 500 gr al mes Galletas 100 id. id. Leche 1/2 litro diario</p>

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Esta tabla se refiere—naturalmente—a los obreros de las grandes ciudades, como Moscú y Leningrado; en las demás regiones de Rusia, los productos disminuyen en cantidad, según donde sea, el pan blanco, por ejemplo, no se come más que en las dos ciudades que hemos citado, en el resto del país se come pan negro. Dos veces al mes puede adquirirse, en lugar de carne, salchichón, y en lugar de pan, harina.

Los campesinos no tienen asignada ninguna cantidad, de manera que no reciben nada de las cooperativas, exceptuando los que están trabajando en las granjas agrícolas del Estado.

Los obreros que trabajan en Moscú y habitan en el campo, a causa de la escasez de viviendas, pueden comprar la misma cantidad que los otros, pero sus familias sólo tienen derecho a la mitad de lo que corresponde a la tercera categoría... ¡Sin comentarios!

Como no es posible que un obrero pueda vivir con semejante alimentación, habida cuenta de que la leche se obtiene en cantidad tan exigua que apenas basta para atender a las criaturas y enfermos, se han abierto nuevos almacenes y restaurantes cooperativos, en los cuales se pueden adquirir toda clase de productos, pero a condición de pagarlos a un precio superior, que alcanza y rebasa, a veces, al 200 por 100 del precio corriente en las otras cooperativas.

Al suplemento alimenticio que brindan estos carí-

simos almacenes—carísimos por lo elevado de los precios, no por lo gratos—sólo pueden recurrir los burócratas, los técnicos y los especialistas, quienes cobran un jornal de diez a doce rublos diarios.

Lo mismo sucede con las frutas. Para comerlas, es preciso hacer el pedido con antelación y pagar por adelantado, de lo contrario, no se prueban.

Los restaurantes obreros están desprovistos por completo de toda comodidad y hasta de higiene. Las comidas, suciamente presentadas y mal servidas. Los cubiertos sórdidos y reducidos a la mitad por el uso constante; en cambio, los restaurantes frecuentados por los burócratas, delegados, especialistas, técnicos, etc., es decir, los que se ven concurridos por la "aristocracia del proletariado", reúnen las mismas condiciones de comodidad y lujo que cualquier restaurante burgués de Europa.

No hay obrero alguno que pueda frecuentar los grandes restaurantes de la Rusia actual, como no podía frecuentarlos antiguamente. El "Metropol", "Central Hotel", "Hotel Europa", "Hotel Pasajes", "Hotel Lux", "Hotel Savoi" y otros muchos que no queremos mencionar, sirven comidas excelentes con los mismos requisitos que en cualquier parte del mundo, pero cada comida cuesta de cinco a seis rublos, mientras que en los restaurantes populares sólo importa de 70 a 90 kopeks. Naturalmente, por este precio, no se ve la carne en parte alguna. El cubierto consta de dos

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

platos, uno de sopa de pescado y otro de patatas guisadas con el pescado que sirvió para hacer la sopa. No dan postres, ni vino, ni cerveza. Si se quiere beber un vaso de cerveza, cuesta más caro que la comida, pues lo cobran a 90 kopeks. Por esta causa los rusos sólo beben té, no porque detesten las bebidas y los licores, sino porque los precios son demasiado elevados para el jornal efectivo del obrero.

Las comidas que se sirven en los restaurantes obreros se guisan en las "Cocinas fábricas" de los que algunos autores han habiado ya y a las que se ha querido conceder excesiva importancia. Es preciso aclarar que la alimentación que proporcionan estas cocinas es de pésima calidad, no sólo por los productos empleados, sino también por el hecho de que todo el mundo trabaja allí a gran velocidad. Esta circunstancia hace que, muchas veces, los obreros tengan que tirar la comida, por estar cruda o cocida en exceso.

Los pocos obreros que pueden comer algo regularmente son los que trabajan en fábricas que posean cocina propia, tales como la fábrica de automóviles "Amo" y la de motores "dínamos", y algunas—muy pocas más. Pero en verdad os digo, que los que tienen que recurrir a las "cocinas fábricas", aparte de la poca variación, se ven obligados a ingerir verdaderos raciones carcelarios.

V. P E R E Z (C O M B I N A)

Las ropas también se distribuyen por medio de talones numerados. Los obreros de cada fábrica deben formar una lista en la que se pida a los órganos superiores de cada cooperativa, las ropas que necesitan el número de obreros inscritos. Casi nunca se recibe la cantidad pedida, porque, dicen, no hay existencias...

En una fábrica de muebles de Moscú en la que trabajaban 1.400 operarios se confeccionó un pedido de 500 pares de zapatos, 250 trajes, 100 abrigos, 150 pantalones y varias prendas de ropa interior. Al cabo de tres meses se recibió, no la cantidad pedida, sino tan sólo la tercera parte. Estos mismos casos suceden, repetidamente, en todas las fábricas.

No obstante—aunque sea cosa vergonzosa para un régimen “comunista”—, los que tienen medios materiales no necesitan hacer pedidos ni esperar a que éstos se sirvan. Adquieren todos estos productos en los almacenes, que también son del Estado, y en los que—como ya hemos dicho—pagándolo todo un 200 por 100 más caro, se pueden adquirir todas aquellas cosas *cuyas existencias se han acabado para los más necesitados.*

Un par de zapatos vale de 10 a 15 rublos. Comprándolo en estos almacenes cuesta de 30 a 48 rublos. Los trajes, cuyo precio normal es de 60 a 80 rublos, valen de 160 a 200 rublos; exactamente sucede

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

con las camisas, los pantalones y toda clase de ropa (1).

Los obreros especialistas que van a Rusia contratados desde el extranjero, tienen almacenes y restaurantes aparte, como la G. P. U. Esto ha contribuido en gran modo a fomentar el malestar entre los obreros rusos que se consideran postergados.

En cierta ocasión hablé con unos mineros alemanes, ingleses y algunos españoles que trabajaban en las minas del Dombas, quienes me explicaron que estaban contratados para trabajar cinco años en dichas minas. Las condiciones de trabajo eran las mismas que los demás, es decir, trabajaban a destajo y a tan-

(1) Hemos creído conveniente añadir a estos datos los precios corrientes de los productos alimenticios, advirtiendo que la palabra "corriente" significa que el producto está racionado, de modo que sólo puede adquirirse la cantidad que marca la ración de la categoría correspondiente. Si se necesita mayor cantidad, entonces es preciso adquirirlos en los almacenes de que estamos hablando, que abrió al público el Estado, en 1930:

Azúcar, a 72 kopeks el kilo; té, a 60 kopeks los 50 gramos; pan negro, a 15 kopeks el kilo; pan blanco, a 30 kopeks el kilo; arroz, a 1'30 rublos el kilo; sardinas, a 1'50 rublos el kilo; leche, a 30 kopeks el litro; macarrones, a 1'20 rublos el kilo; jabón ordinario, a 1'20 rublos el kilo; aceite, a 1'30 rublos el litro; jabón toilette, a 50 kopeks pastilla; mantequilla, a 4'20 kilo; huevos, 2 rublos los 10; queso, 7 rublos kilo; salchichón, 4'30 rublos kilo; naranjas, 5'80 kilo; kacho, 80 kopeks kilo; patatas, 30 kopeks kilo; carne, 2,20 rublos kilo; cerveza, a 2 rublos el litro; vino, a 4 rublos la botella.

to la tonelada de carbón. Lo único que variaba eran las condiciones de la vida, las comodidades y la alimentación y también los precios del trabajo, pues mientras el minero ruso no prueba jamás la mantequilla, ni los huevos, ni el queso, ni otros productos alimenticios necesarios, los mineros extranjeros se hartan como patricios.

Así, ya pueden trabajar satisfechos. Buena alimentación, casas que reúnen excelentes condiciones para entregarse al descanso y todas las comodidades inherentes a una vida regularmente bien organizada. Tenemos la seguridad de que si el obrero ruso poseyere los mismos medios de bienestar relativo, tendría mucho más estímulo y amor al trabajo. Pero ahora, a la vista de la diferencia de trato que recibe, inferior al de sus semejantes extranjeros, siente su ánimo cohibido y ejecuta el trabajo maquinalmente, ¡sólo para no morir de hambre! Si el trato hubiese sido el mismo, el partido comunista se habría evitado tener que movilizar en 1930 1.500 obreros de las fábricas, pertenecientes todos a las juventudes comunistas, para hacerles trabajar en las minas, en sustitución de los mineros que se habían negado a producir más. Comprendemos cuánta razón les asistía a los mineros, pues no es lógico que en igualdad de condiciones de trabajo, cambien tan ostensiblemente las condiciones de vida. La igualdad hay que exigirla y practicarla en todos los órdenes cuando de ella se hace alarde.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Quizá el dictador Stalin, ha creído que el obrero ruso puede trabajar y producir mucho sin probar bocado. Tal vez quiera que, como los camaleones, se alimente exclusivamente de lo que puedan "cazar" con la lengua.

Quedamos, pues, en que los obreros a duras penas pueden probar las frutas selectas del Cáucaso y de Ucrania, como asimismo deben renunciar a saborear multitud de productos, naturales o artificiales, que otros, no más capacitados ni superiores a ellos, consumen en cantidad. Este estado de injusticia que sólo tiene parejo en los más despóticos países capitalistas, lo justifican los comunistas de ocasión con sofismas más o menos brillantes, pero carentes de virtualidad.

Muchos de ellos, llegan incluso a calumniar groseramente al proletariado ruso, diciendo que todo ello sucede a causa del atraso mental de las clases laboriosas. Ciertamente, convenimos en que el pueblo ruso ha estado dominado durante muchos siglos por el vicio y la religión, pero a esto argüimos nosotros preguntando: ¿Cuál es el país que no sufre el peso de estas enojosas cargas, que son productos naturales del régimen capitalista?

Frente a todos los detractores del pueblo, que quieren justificar los desaciertos gubernamentales, no ha surgido nadie que cantase las cualidades excelentes, de bondad y sacrificio, que posee la masa rusa, que se resigna a soportarlo todo, con un estoicismo y man-

sedumbre sólo comparables a las que proporciona la FE, con tal de alcanzar la meta de sus aspiraciones.

El espíritu místico del pueblo ruso permite que sea propicio a todas las pruebas y le da alientos para resistir las mayores privaciones, los más grandes reveses y realizar los más excelsos sacrificios...

Día llegará, sin embargo, en el que, cansados de soportar mansamente tantas ofensas, fatigados de tanto sacrificio estéril, los obreros rusos sacudirán el yugo de este régimen dictatorial. Día vendrá en que levantarán su cerviz y darán a la dictadura el mismo fin que dieron a Kerenski y al Zar.

CAPITULO XI

La cooperativa de construcción y el reparto de viviendas

Después de la Revolución, todas las casas, edificios y construcciones existentes en Rusia, pasaron a ser propiedad del Estado. Este, al despojar de sus fincas a los propietarios anteriores, nombró un cuerpo administrativo encargado de llevar a efecto la recaudación de los alquileres.

Por otra parte, dispuso la creación de la Cooperativa de Construcción, cuya misión es la de edificar constantemente viviendas para obreros. Al principio, todos los obreros que se encontraban sin domicilio, venían obligados a inscribirse en la citada Cooperativa, la cual se encargaba de la distribución de los pisos, entre los miembros de la misma, de forma que no fuese posible ver el desolador espectáculo de familias enteras durmiendo en pleno arroyo.

Pero, poco a poco, la Cooperativa de Construcción ha pasado a ser monopolio de la *aristocracia obrera*, puesto que se han fijado cuotas tan excesivamente ele-

vadas, que hacen del todo imposible que un obrero cualquiera pueda reunir lo suficiente para subvenirla. Y lo más gracioso es que las cuotas fueron aumentadas, sucesivamente, en las etapas más difíciles y angustiosas porque han atravesado el proletariado ruso, frente al problema del alojamiento.

Moscú, por ejemplo—por no citar más que un caso—contaba con un censo de habitantes, en 1913, de alrededor de un millón de almas. En 1931, la población de dicha capital había sufrido un aumento de un 200 por 100, o sea, que el número de habitantes ascendía a 3.400.000. Frente a esta multiplicación tan prodigiosa, la construcción de viviendas no ha alcanzado más que un 50 por 100 sobre el nivel anterior. Calcule, pues, el amable lector, si ha de ser problema, para los habitantes de Moscú, el de hallar dónde cobijarse.

El considerable aumento de población que se nota—no sólo en Moscú, sino también en las demás ciudades laboriosas de Rusia—, se debe, por una parte, al constante desarrollo de la industria, y, por otra, a las pésimas condiciones de vida a que están sometidos los campesinos y al malestar que reina entre ellos, en pleno año tercero del nunca bastante cacareado plan quinquenal.

Es que las masas campesinas desertan de la tierra que regaron con sus sudores y se marchan a la ciudad en busca de mayores posibilidades vitales y de

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

mejores medios de convivencia de los que hasta el momento conocieran. Tal afluencia campesina a la ciudad dió como resultado que se notara en gran manera una crisis de brazos en la agricultura, hasta tal punto, que, a fin de cultivar los campos que permanecían yermos, el Partido Comunista se vió obligado a movilizar, en 1930, 25.000 obreros de las fábricas para que fuesen a trabajar en las "Granjas agrícolas" del Estado.

La crisis de viviendas que más arriba hemos señalado—y cuya causa queda explicada en el párrafo precedente—, obliga a los obreros a vivir a 25 y 30 kilómetros de distancia de la ciudad, lo cual ocasiona serias molestias y no pequeños gastos a los que deben trasladarse diariamente al taller o fábrica, enclavada en el corazón del mismo Moscú.

La cuota que se satisface a la "Cooperativa de construcción" se basa en los salarios, pero la menor no baja de 250 rublos que deben abonarse lo antes posible, puesto que el reparto se efectúa con arreglo a la lista de los que han pagado. Por esta causa, la mayoría de las casas del centro o las mejor situadas, están habitadas por esos "señores" burócratas y técnicos, que ganan salarios elevados y pueden desprenderse de cantidades semejantes.

A los obreros, en cambio, les es muy difícil—sino imposible—satisfacer cantidad tal, ya que el reducido salario que perciben a penas les permite cubrir

V. P E R E Z (C O M B I N A)

sus más perentorias necesidades. Esto les dificulta ya la posibilidad de ser socios de las "Cooperativas de construcción", sin contar luego con la cuota elevadísima y desconsiderada, que, no sólo es un obstáculo para su ingreso, sino que les aleja definitivamente de un organismo que debería ser su mayor apoyo.

Además de la "Cooperativa de construcción" existe otro organismo estatal, que también cuida de la construcción y reparto de viviendas. Es el "Soviet local", quien reparte las habitaciones que construye entre los "Soviets de barriadas". Digamos, sin tardanza, que el número de viviendas que construye el "Soviet local" es muy reducido y no representa ni una solución ni tan sólo un paliativo.

Los obreros se inscriben en la lista del "Soviet de barriada" y deben aguardar a que les toque el turno, que, casi siempre, tarda meses y años en llegar. El "Soviet de barriada" se encarga, al mismo tiempo, de facilitar pisos en las casas antiguas de la capital, ya que en el instante mismo en que alguien desaloja un piso, éste queda a cargo del "Soviet", quien cuida de ponerlo a la disposición del obrero que lo necesite.

En 1930, sólo en una barriada de Moscú, estaban inscritos en la lista de reparto la friolera de MIL NOVECIENTOS obreros. De éstos, algunos estaban esperando turno desde CINCO años antes. Este ejemplo, el menos grave de los mil que podríamos citar,

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

da una pálida idea de cuán grande es la falta de viviendas en Moscú.

Según confesión del propio Gobierno Bolchevique, el problema de la vivienda no quedará resuelto hasta dentro de DIEZ años, en que la escasez habrá desaparecido, ahuyentada por la construcción constante y tenaz de nuevas casas. Esta afirmación, un tanto ingenua y apriorística, no es suficiente para abrir una perspectiva halagüeña para los obreros que se hallan faltos de habitación, puesto que a nadie convence de la bondad de un régimen, la posibilidad de quedarse DIEZ años a la intemperie o a la merced de amigos piadosos o compasivos.

Tengamos en cuenta, además, que aun cuando se intensifique la construcción, dentro del plazo fijado por el gobierno, la población habrá crecido de nuevo, puesto que, como señala con gran acierto Panait Istrati (1), la natalidad aumenta diariamente en todas las ciudades de la U. R. S. S. De modo que, ante el aumento constante de la natalidad y la posible—segura—formación de nuevas familias, y frente a la lenta edificación, el problema de la vivienda seguirá siéndolo dentro de DIEZ años, como AHORA, si se persisten en los mismos procedimientos absurdos actuales. La única solución consistiría en que la "Cooperativa de construcción" dejase de ser un mono-

(1) Panait Istrati, Rusia al desnudo. 1930.

polio de los sueldos elevados y se abriesen las puertas de la misma a los obreros de reducido jornal. Estos darían un poderoso empuje a la nave y la edificación adquiriría una actividad inusitada.

* * *

Expuesto a grandes rasgos el sistema empleado para el reparto o distribución de las viviendas, ya sea en el "Soviet" o en la "Cooperativa", pasaremos a ocuparnos de los alquileres. Preciso será decir, ante todo que, percatándose el gobierno ruso de la ausencia de la clase obrera de la "Cooperativa de construcción", dió nuevas normas a estos organismos, creyendo que el descontento menguaría. La realidad ha demostrado que el gobierno andaba equivocado, puesto que el malestar ha ido en aumento.

Actualmente, la cooperativa entrega un tanto por ciento de habitaciones al "Soviet", para que éste las distribuya entre los alistados. Pero los obreros que, por fortuna, reciben una de estas habitaciones construídas por la "Cooperativa" pero repartidas por los "Soviets", *no se libran en manera alguna de pagar la cuota que la "Cooperativa" tiene establecida. Deben pagarla igualmente, sólo que tienen un año de plazo para satisfacer la cantidad estipulada, aparte del alquiler.*

Podemos citar el caso de un emigrado español a quien le correspondió una habitación por parte del

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

“Mopra” (Socorro Rojo Internacional), el cual, después de habitar en la misma y hacer efectivo el alquiler correspondiente, tuvo que pagar la suma de 250 rublos, aun cuando le concedieron un año para hacerla efectiva.

Los alquileres en U. R. S. S. no se pagan en relación al jornal que se percibe, sino por la extensión del piso ocupado, y se paga a tanto el metro cuadrado. Los precios varían, además, cuando se trata de casas nuevas o viejas. Tenemos que hacer notar también, que la construcción moderna de casas, en Rusia, es absolutamente distinta de la de Europa, como también lo era la de los tiempos de los zares. Sólo que antiguamente las casas eran bajas—las mayores alcanzaban a dos pisos de altura—y en su mayoría estaban construídas con madera. Esta característica es la que hace que Moscú tenga todo el aspecto de una gran aldea. Actualmente los edificios adquieren un aspecto exterior modernísimo y una altura que, para los habitantes de aquellas tierras, acostumbrados a la vida a ras de suelo, es considerable. En este aspecto—puramente externo, lo repetimos—no puede negarse que los Bolcheviques están haciendo una labor notable, que dará como resultado una transformación completa de la fisonomía de esta vieja ciudad, que es Moscú, de hecho capital de la U. R. S. S.

Las casas se construyen ahora de cemento armado

y ladrillos, aun cuando las condiciones higiénicas y de bienestar no sean tan acentuadas como en las otras. Casi todas las casas nuevas constan de cinco o seis pisos de altura, y aun cuando éstos son grandes, su interior no es un modelo de belleza, puesto que, además de su construcción simplísima (standard) sólo constan de una habitación por familia. La cocina, el lavabo, el water, el lavadero *son comunes*. Cada piso contiene tres habitaciones con entrada independiente, que da acceso a un pasillo que conduce a la escalera, con una sola puerta para las tres habitaciones, de modo que también el acceso a la escalera es común, porque, aun cuando las habitaciones tienen su puerta *particular*, todos tienen que pasar por el mismo pasillo para entrar o salir.

¿Qué comodidades, qué independencia y qué calor de hogar pueden tener estas habitaciones *comunes*, repelentes para todo individuo amante de la soledad? ¿Habrá alguien que crea que este sistema sea digno de que se le dediquen tantas alabanzas? Después de haber visto estas casas y, sobre todo, después de haber vivido en ellas, no se puede hablar sin menosprecio de la tan cacareada nueva construcción soviética. Nos hacemos cargo de que los que han visitado Rusia, no han podido ver más que las fachadas de estas construcciones modernas, y, como aquellas tienen cierto aire de belleza y sobriedad en la línea, es natural que algunos se hayan entusiasmado. Muy

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

distinta sería, empero, su impresión, si hubiesen habitado en uno de estos pisos por espacio de varios meses.

Las modernas casas rusas son como los hoteles, con la única diferencia de que éstos tienen los comedores (restaurant) aparte y aquéllas lo tienen en la misma habitación. Para nada se han tenido en cuenta las necesidades de la familia, ni las más elementales normas de higiene, puesto que, por numerosa que sea la prole, no existe más que una sola habitación que sirve lo mismo para comer que para dormir.

El precio de los alquileres oscila, en las casas antiguas, de 8 a 15 rublos por mes. En las modernas el alquiler mínimo es de 10 rublos, y el máximo de 35 rublos. Teniendo en cuenta—tal como se ha demostrado en un capítulo anterior—que los obreros perciben un sueldo de 70 a 120 rublos, preguntamos: ¿Es posible que un obrero manual cualquiera pueda pagar alquileres tan elevados después de subvenir a otras necesidades con tan exiguo salario? No es posible. Esta es la causa de que sean numerosísimos los cambios de domicilio que diariamente se llevan a cabo, ya que, no siéndoles posible a los obreros pagar el alquiler y satisfacer la cuota de la cooperativa, deben cambiar cuanto antes de domicilio. Estos cambios están autorizados por el gobierno soviético y la prensa pública diariamente todos los que se desean realizar durante la jornada anterior.

V. P E R E Z (C O M B I N A)

En las ciudades el pago de los alquileres debe hacerse mensualmente, ya en las "Cooperativas", ya en las centrales de teléfonos, según la conveniencia del locatario. Los que se retrasan en el pago son castigados con un recargo de un dos por ciento, recargo que puede ser aumentado si el retraso se prolonga demasiado.

También puede realizarse el pago del alquiler por medio de la fábrica en la que trabaja el interesado, pero este sistema, casi siempre, sólo se realiza en "vías de apremio". Por ejemplo, si un obrero se retrasa excesivamente en el pago del alquiler de su habitación, la "Cooperativa" no le sigue juicio de desahucio, porque tal sistema no existe, pero, en cambio, manda un comunicado a la fábrica y la administración de la misma se encarga de efectuar el cobro mediante un descuento proporcional en los haberes del obrero afectado por la reclamación. La explicación de este medio tan expeditivo de cobrar los atrasos está en el hecho de que, en Rusia, todo depende directamente del Estado, el cual lleva perfectamente controlado todo cuanto atañe a inmuebles y trabajo y hasta las actividades individuales de los habitantes de aquel país, de modo que es de todo punto imposible que ninguno deje de pagar.

Tanto la cuota de la "Cooperativa" como los alquileres pueden ser aumentados; pero no por acuerdo de las asambleas generales de los miembros de la

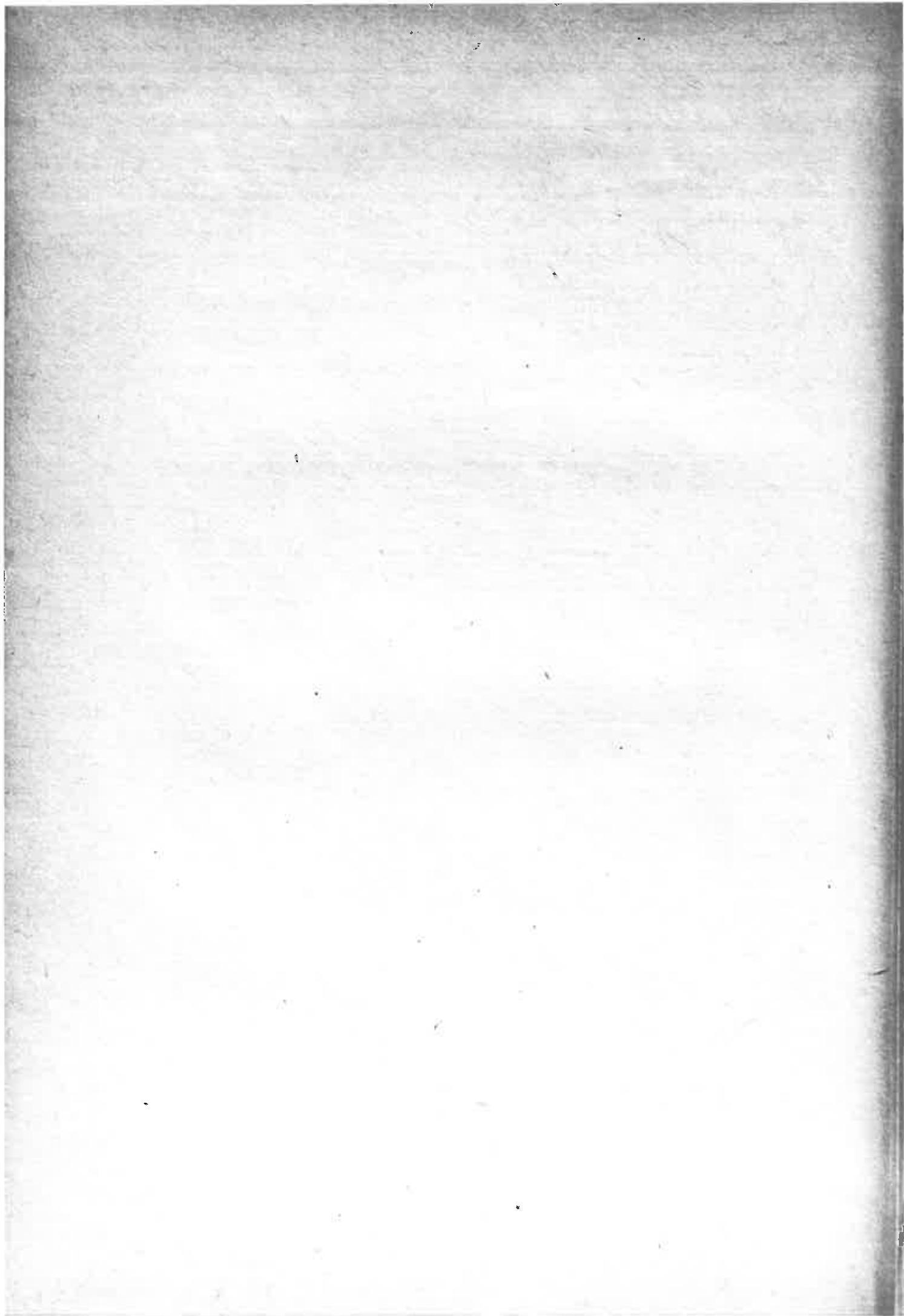
UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

“Cooperativa” o por tácito acuerdo entre ésta y los inquilinos, sino por voluntad del Estado y siempre que éste lo crea oportuno o necesario.

Otra vez, irremisiblemente, hemos tenido que señalar—como tantas otras en el transcurso de este libro—la existencia de este estúpido e inicuo centralismo soviético, que absorbe toda la vitalidad rusa, que lo dirige, lo controla y lo resuelve todo, sin tener para nada en cuenta a las masas trabajadoras, sin hacer caso de sus voces ni de sus iniciativas.

¿Cuándo llegará el día en que la clase trabajadora de Rusia se decidirá a prescindir definitivamente del Estado—casero, burgués, explotador y comerciante, todo en una pieza—para dirigirse y organizarse por propia cuenta, plasmando, en una cristalización esplendorosa de toda su alma excelsa, su voluntad de ser libre por encima de polizontes, burócratas y ejércitos permanentes?

Preciso será, para lograrlo, llevar a cabo una nueva revolución que, al destruir la mole estatal—arrastrando en la vorágine todas las instituciones que la sostienen—, construya el nuevo edificio de la Libertad, en donde el desenvolvimiento individual y colectivo, sea un hecho, mediante la práctica de la verdadera Fraternidad.



CAPITULO XII

Los empréstitos del Estado

Además de todas las cargas que pesan sobre el obrero ruso—ya enumeradas en los precedentes capítulos—agravadas por la insuficiencia de los salarios; existe, para éstos, la obligación de inscribirse anualmente a los empréstitos del Estado.

Hasta el presente son cuatro los empréstitos emitidos por el Gobierno ruso. Primeramente aparecieron el primero, segundo y tercer empréstito de industrialización, que en su totalidad fueron suscritos por los obreros del país.

Los empréstitos, empero, no son voluntarios, sino que cada obrero que se halla trabajando, tiene la obligación de invertir una suma determinada que, previamente, señalan los organismos oficiales. Sin embargo, hay cierta tolerancia y la cantidad invertida puede ser inferior o superior, según las posibilidades de cada uno.

La suma destinada a cubrir estos empréstitos se

V. P E R E Z (C O M B I N A)

descuenta del salario de cada obrero en un plazo de diez meses.

Al lanzarse los dos primeros empréstitos, todos los rusos, salvo muy raras excepciones, acudieron a inscribirse, puesto que algunos vieron en ello la única forma de economizar algún dinero. Otros acudieron acuciados por el afán de aumentar sus ahorros ante la perspectiva de poder obtener premio, ya que entre los poseedores de papel del empréstito se efectúan sorteos parecidos a los de la Lotería.

De entre los obreros manuales, muchos, después de haber pagado la cantidad inscrita, y una vez en posesión de los documentos del empréstito, procedieron a su venta a fin de resarcirse de la cantidad desembolsada. Otros, los depositaban en el banco, cobrando anticipo.

Con lo cual resultaba que la mayoría de los obreros tenían al empréstito como recurso en caso de necesidad, pues, además, existía la ventaja de que el papel empréstito era admitido en el banco en cualquier momento.

Pero en 1930, al surgir el cuarto empréstito de industrialización, halló a su alrededor una muralla de frialdad e indiferencia desconcertante. Y es que los obreros, enterados del decreto publicado por el comisario de Hacienda, advirtiéndoles que los empréstitos no serían cotizados hasta pasados diez años, no sentían inclinación alguna a suscribir cantidades a un

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

papel del Estado que no podía reportarles un beneficio inmediato. Sin contar con que, debido a las nuevas disposiciones, el papel del primero y segundo empréstitos, tampoco sería admitido ya, desde aquel día, en ningún banco de la Unión.

Ante la protesta unánime del proletariado y en vista de lo remisos que andaban los obreros para suscribirse, el comisario de Hacienda, de acuerdo con el Partido, dispuso que el decreto quedara modificado en el sentido de que cada fábrica nombrase una comisión encargada de llevar a efecto un estudio minucioso en las demandas que hicieran los obreros que quisieran solicitar autorización de venta del papel empréstito, en el bien entendido de que, en caso de ser aceptada su solicitud, sólo les sería reembolsado el 60 por ciento del capital invertido.

Esta comisión está integrada por el secretario del Comité de fábrica, por el secretario de la célula del Partido y por el tenedor de libros, secundados por unos cuantos incondicionales del partido. Es así como, en el seno de este conciliábulo, se resuelven de la manera más improcedente, las solicitudes presentadas, de las que salen, rechazadas, el 98 por 100, sin que sean suficientes, para provocar una revisión, las protestas, cada día más vehementes y reiteradas, del proletariado.

El cuarto empréstito de industrialización, lanzado en 1931, es el mayor de todos los efectuados hasta

aquella fecha, puesto que asciende a 1.600 millones de rublos, y fué cubierto *en dos meses*.

¿Cuáles fueron los medios de que se valió el Gobierno para reunir dicha suma en tan breve plazo? Muy sencillo. Empezó el Estado movilizando todos los elementos de los sindicatos, los cuales, unidos a los del partido, comenzaron una persistente campaña de propaganda a través del campo, de las fábricas y los talleres. Simultánea a esta propaganda oral, surgió la gráfica, consistente en una grandísima cantidad de carteles, manifiestos, folletos, etc., y aún estos recursos no habrían dado el fruto deseado si no se hubiese apelado a la violencia, haciendo objeto de represalias y coacciones a los que no querían inscribirse.

En los sindicatos y en todas las dependencias del Estado aparecieron grandes carteles en los que se leía lo siguiente: "Ni un solo miembro de los sindicatos, ningún obrero, puede dejar de suscribirse, con tres semanas de salario, al empréstito del Estado". Los obreros que no destinaban las tres semanas de sueldo al empréstito, eran calificados como enemigos del régimen soviético, y se publicaban artículos en el "Periódico Mural", aludiéndoles, presionándoles y coaccionándoles. Si con todo este aparato coercitivo el remiso no suscribía las tres semanas, éstas le eran retenidas igualmente, para el empréstito, por *orden superior*.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Muchos obreros, en las respectivas asambleas de fábrica, pusieron de relieve que, si no habían hecho la suscripción por valor de tres semanas, era debido a que el salario que percibían era muy exiguo y apenas les bastaba para cubrir sus necesidades más urgentes, pero que en manera alguna debía achacarse a mala voluntad o a enemiga hacia el nuevo régimen. De nada sirvieron, sin embargo, las explicaciones y los lamentos. En un régimen dictatorial y arbitrario no hay oído para escuchar la voz de la razón. Y a las verídicas y claras exposiciones de los apelantes, oponía el Estado, frío, hermético, la razón de su permanencia y la aplastante "mentira vital" de que por encima de las necesidades del individuo y de la familia, están las necesidades del Estado.

Ante estos hechos—consecutivos, reiterados y acumulados—la clase obrera, privada de libertad, carente de opinión e imposibilitada de realizar la crítica de un sistema, sin contar, además, con medios para organizarse y manifestar sus opiniones, ya por medio de la prensa, ya por otros conductos, ha iniciado una deserción paulatina del partido, como único medio de muda protesta.

Obligados los proletarios a soportar los mandatos despóticos de un grupo de individuos que constituyen el llamado "Buró político", al frente del cual se halla Stalin, deben callar sus sentimientos y vivir a merced de los usurpadores del trofeo de una revolución

V. P E R E Z (C O M B I N A)

que, algún día, fué un horizonte y una meta para el proletariado mundial.

Por todas estas causas, cuando después de catorce años de período constructivo, un Estado no ha sabido dar satisfacción política ni económica a los anhelos de las clases productoras, dedicándose al contrario, a mantener más jerarquías y la misma desigualdad que en el régimen capitalista, es absolutamente comprensible y lógico que aumente, de día en día, el número de enemigos con que cuenta Rusia.

Téngase presente que los procedimientos que en 1917 eran justificados o justificables, no pueden hallar razón que los abone hoy, y mucho menos encontrarán justificación mañana.

CAPITULO XIII

Las cárceles de Rusia

Pero lo más lamentable en todo ese escamoteo de la Libertad, es la existencia, en la U. R. S. S., de esos centros de anulación individual, de estos antros de degeneración moral y física del hombre, llamados cárceles.

Para poder hablar con propiedad de las cárceles y del régimen que en ellas se sigue para con los detenidos, es preciso haber estado allí como preso, o bien haberlas visitado, de un extremo a otro, recogiendo impresiones personales, sin dejarse arrebatar el ánimo por las explicaciones del director o de los empleados. Es preciso hablar con los reclusos, en toda confianza, en intimidad, y, cotejando unas declaraciones con otras y con la propia experiencia, deducir, límpidamente, la verdad.

Mas, he aquí que, también en este caso, nos vemos obligados a deshacer una a una todas las afirmaciones, arbitrarias y escritas al dictado, hechas por cuantos han afirmado que el régimen penitenciario soviético es inmejorable.

Máximo Gorki, el poeta de las multitudes, el hombre que, hasta ayer, conservó, con el más prístino fulgor, la pureza de su dignidad profesional, negándose a vender su pluma a ningún partido, empresa o gobierno, ha visto palidecer su refulgente estrella al contacto del virus bolchevique que, envenenando y anulando su entereza, logró doblar la cerviz de quien tan alto y tan firme supo poner su nombre.

Actualmente, Máximo Gorki, no es ya el mismo de antaño. El falso canto de alabanza dedicado a las prisiones de la Unión Soviética, ha empañado su prestigio y la brillantez de su carrera, porque, doloroso nos es decirlo, falta reiteradamente a la verdad. Nunca, entiéndanlo bien rusófilos y rusófobos, nunca las cárceles soviéticas fueron casas de regeneración del hombre.

Quisiéramos saber qué cárceles ha visitado Gorki; en cuáles ha podido extraer esta impresión, y hasta qué punto es sincero este hombre que tan magistralmente anatematizó las cárceles antes de la venida del bolchevismo... Pero, sin ánimo de injuriar a Gorki, por quien sentimos un respeto profundo, una admiración literaria arraigada y un cariño casi filial, nos atrevemos a afirmar que no ha visitado—por lo menos con detenimiento—ninguna cárcel soviética; y que es muy probable que el libro en que tal cosa afirma, haya sido escrito con miras a la conveniencia del partido comunista y a la propaganda.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Porque, es lo cierto, que el partido comunista ruso, sabiendo que Gorki era el escritor más leído por el obrero y el mujik, le ofreció gloria y dinero, protección y hasta colaboración. Por esto, el busto de Gorki aparece hoy, por todas partes, al lado del de Stalin y de otros personajes del "Politik Buró", como Kalinin y Vorochilow. Y el día en que Gorki fallezca, el gobierno bolchevique erigirá un monumento, en todas las grandes ciudades, a la memoria de este gran poeta, que tan excelentes servicios prestó—está prestando—al gobierno soviético.

Gorki, que era, no ha mucho, un ídolo de millares de lectores, ha muerto moralmente para la clase trabajadora. El Puchkin moderno no supo defender su individualidad, ni se atrevió a hacer la defensa de su pueblo, contra el despotismo de un gobierno que suprimió todas las libertades, por las que con tanto tesón luchara este mismo pueblo.

Las cárceles soviéticas no se diferencian en nada de las de los países capitalistas; es decir, hay una diferencia, y ésta consiste en que el tratamiento es, quizá, peor. Después de la revolución no se ha construido ninguna cárcel nueva, de modo que las actuales son las mismas que empleaba el zarismo. Digamos, además, que tampoco han sido transformadas ni mejoradas.

A fin de exponer, con algunos detalles sabrosos, cómo viven los reclusos en las cárceles de Rusia, con-

taré el resultado de una visita realizada a uno de estos establecimientos.

En 1928, al poco tiempo de mi llegada a Moscú, fuí, con otros emigrados políticos, a visitar la cárcel "Tagankia", cuya capacidad era de 1.200 reclusos, pero que en aquella fecha encerraba a 1.600. Después que el director nos hubo enseñado toda la parte alta del edificio, nos dimos cuenta de que unos presos nos hacían señas indicándonos que deseaban fuésemos a verles. Terminada la visita de cuanto el director creyó conveniente enseñarnos, le pedimos permiso para trasladarnos al lugar donde estaban los reclusos citados. Una vez allí, nos convencimos de que todo cuanto han dicho Gorki y otros, hablando de las cárceles soviéticas, era falso.

Ante nosotros—una celda común—teníamos un deprimente espectáculo de dolor y de miseria. Los presos dormían encima del pavimento, pues carecían de jergones y hasta de mantas para abrigarse. Para estar algo más resguardados del frío, tenían que dormir vestidos y en confuso montón para darse mutuo calor. El rancho que se les servía era pésimo y debían comer cinco en el mismo plato. La celda común que teníamos a la vista era capaz para veinticinco personas, pero entonces cobijaba a sesenta.

El director nos explicó que aquéllos eran detenidos preventivos, los cuales no tenían destinado sitio alguno en la cárcel y se les recluía allí, teniendo en

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

cuenta que sólo permanecían encerrados tres o cuatro días, pasados los cuales los trasladaban a otras cárceles.

Entonces, uno de los de nuestro grupo, que hablaba perfectamente el ruso, preguntó a los reclusos cuánto tiempo llevaban en tan pésimas condiciones, y nos informaron de que el más reciente hacía un mes que había ingresado, otros hacía ya dos o tres meses que estaban allí.

Visitamos después las celdas de los sometidos a proceso o condenados, y pudimos comprobar que también viven pésimamente. Los camastros, que son de hierro, tienen un jergón con sólo dos mantas para cubrirse. Todos los presos con quienes pudimos hablar, se quejaban del frío y de la alimentación, pero especialmente del frío que padecían, puesto que en Moscú, la temperatura oscila, en invierno, entre los 26 y 35 grados bajo cero.

En Rusia casi todos los reclusos trabajan, excepto, claro está, los castigados. No pudimos saber, a ciencia cierta, qué es lo que ganan con su trabajo, puesto que el director de la cárcel nos informó en un sentido y los presos en otro; pero, según versiones que nos merecen entero crédito, podemos afirmar que los reclusos trabajan ocho horas y perciben solamente el 25 por ciento de lo que ganan.

Debemos advertir, para evitar cualquier confusión o errónea interpretación, que todos los detenidos de

la cárcel Tagankia, están condenados por delitos comunes.

Sólo una vez por mes les está permitido tener comunicación con el exterior y ver a sus familiares o amigos. Para solaz del preso, una vez por semana hay sesión de cine en la cárcel, pero la entrada no es gratuita—¿pues, qué se habían creído ustedes?—sino que hay que pagarla como si se tratase de cualquier salón en plena avenida. Así, los que no tienen dinero se ven imposibilitados de presenciar el espectáculo y nace en ellos el odio a los felices que pueden divertirse. ¡Es así cómo se regenera al delincuente! Y aun ésta es una de las cárceles privilegiadas, donde el trato es más benigno, y la que, por lo tanto, se enseña a todos los delegados y a cuantos muestran deseos de conocer las cárceles rusas.

En 1931 tuve ocasión de visitar, en Moscú, otra cárcel, mucho peor que la que acabamos de mencionar, pues en ella no hay cine. El director nos dijo que la máquina se había estropeado y era preciso comprar una nueva, pero que, para lograrlo, era preciso que los reclusos destinaran una cantidad a este fin, ya que el Estado tiene asignado un presupuesto para penales y cárceles y no puede aumentarlo, de modo que no le es factible destinar más dinero para compra de material cinematográfico.

En la cárcel que nos ocupa había talleres para tejer ropa en los que debían trabajar los presos obliga-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

toriamente. Los reclusos se nos quejaban de que eran muy mal considerados y de que se les trataba con bastante crueldad. El rancho era detestable y los dormitorios duros y carentes de abrigo.

Todas las facilidades que se encuentran para visitar la cárcel Tagankia, se truecan en dificultades invencibles cuando se trata de ver el interior de la cárcel Butirka. Así, todos los delegados que asistieron a las fiestas de 1.º de mayo de 1931, tuvieron que marcharse de Rusia sin haber conseguido ver esta cárcel, a pesar de haberlo solicitado reiteradamente y a pesar de haber realizado gestiones influyentes para tal fin. Lo mismo le sucedió a otra delegación anterior, francesa, que estuvo algún tiempo en Moscú y la que tampoco consiguió, de ningún modo, poderse introducir en la citada cárcel.

Se explica esta negativa sistemática, cuando se sabe que la cárcel Butirka es la que encierra, entre sus vetustos y sórdidos muros, a todos los detenidos por delitos políticos, que esperan ser trasladados hacia otros penales—Siberia o Solowski—donde van a parar, en definitiva, todos los anarquistas y socialistas. Sólo quedan en Moscú, Ramsin, Fedotov y todos los jefes del llamado partido Industrial, que no fueron trasladados, por expreso mandato del G. P. U. central.

Pero, si es que TODAS las cárceles rusas son escuelas donde se educa al preso, ¿qué misterio ence-

V. P E R E Z (C O M B I N A)

rrará la cárcel Butirka para que esté terminantemente prohibido visitarla? ¿Podrían, los comunistas y Gorki, descorrer el velo que nos oculta la realidad carcelaria de Butirka?

Nadie podrá negar que las peticiones para visitar dicha cárcel fueron hechas reglamentaria e insistentemente. Lo puedo afirmar, porque yo mismo presencié cómo los miembros de la delegación francesa *hacían personalmente* la solicitud, en el Hotel Europa, al ayudante del Procurador de la República.

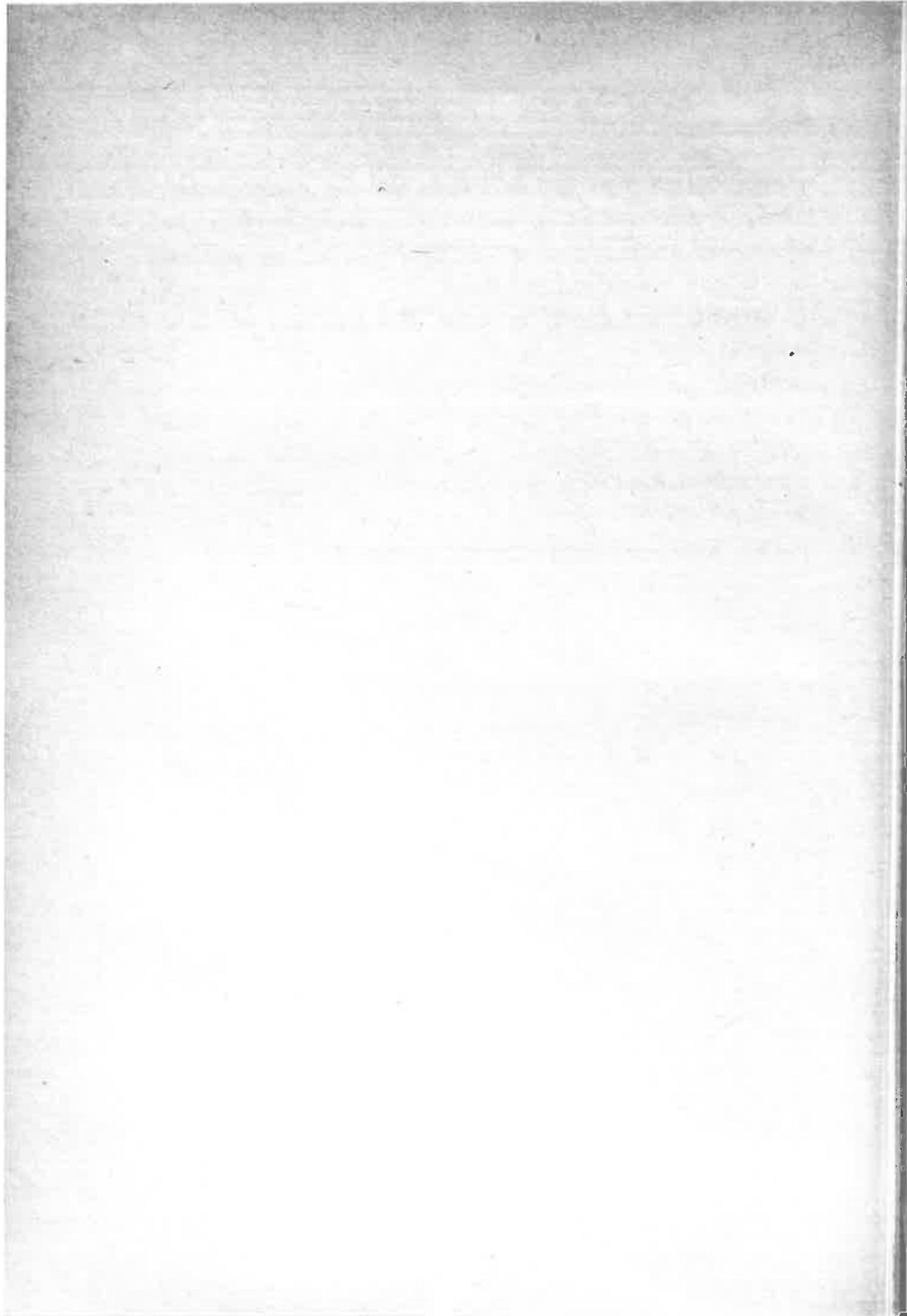
Lo cierto es que las condiciones de vida creadas a los detenidos políticos, son mucho peores que las de los delincuentes vulgares; que la higiene en la cárcel Butirka brilla por su ausencia; que los detenidos comen poco y mal; que no tienen camastro ni mantas suficientes para resguardarse del frío glacial y de la humedad constante que rezuman las paredes de la vieja cárcel. ¡Estas son las excelentes condiciones de las prisiones rusas, y el trato desconsiderado que reciben los presos políticos!

No es cierto que los presos puedan salir de la cárcel siempre que quieran para ir a visitar a sus familiares. Tampoco lo es que a los campesinos se les permita salir para hacer la recolección de sus campos. No hay preso alguno a quien se le permita la salida de la prisión antes de terminar la condena, si es por delito vulgar. Por lo que atañe a los detenidos políticos, afirmamos que, no sólo no pueden gozar de

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

ciertas tolerancias que se tienen con los delincuentes, sino que permanecen incomunicados meses enteros; se viola descaradamente su correspondencia, se secuestra la que consideran no debe traslucir al exterior y finalmente se les somete a las más variadas torturas morales.

Tales son, realmente, las cárceles "escuelas" de que nos hablara Máximo Gorki. Esta es la pura verdad en relación con las prisiones soviéticas, que en caso de ser escuelas, lo serán únicamente del crimen y de la degeneración para los rateros, y de rebeldía y muerte lenta para los condenados políticos.



CAPITULO XIV

Los presidios

Incidentalmente, en el capítulo anterior, hemos mencionado el presidio de las islas Solovski, que constituye, para Rusia, el *presidio tipo*. Al hablar de las cárceles y del régimen penitenciario, no podemos sustraernos, en modo alguno, a dedicar un capítulo a este llamado "campo especial de Solovski", en donde purgan el delito de pensar por cuenta propia numerosos hombres que tuvieron a gran gala y honra manifestar sus discrepancias con el régimen comunista.

El "campo especial de Solovski", tiene una extensión enorme. Comprende, no solamente las islas Solovski propiamente dichas, sino también todo el litoral de Murmansk. La isla principal, en la que está enclavado el famoso monasterio, actualmente convertido en presidio, ha sido bautizado por los detenidos con el significativo nombre de "Isla de las torturas".

Las islas Solovski (o islas Solovetzki) encierran actualmente, en conjunto, alrededor de 30.000 reclusos de ambos sexos. La isla principal posee: una fábrica mecánica que ocupa a 150 hombres; una estación

V. P E R E Z (C O M B I N A)

eléctrica, que da trabajo a unos cien obreros; una curtiduría de pieles a cargo de treinta hombres; un horno para fabricar ladrillos, que cuenta con 100 obreros, y una explotación de turba que ocupa, actualmente, a más de doscientos obreros. Además, hay un taller de zapatería y otro de sastrería, en los que se emplean unas 300 personas. Los demás reclusos, sin excepción, trabajan en las explotaciones forestales durante el invierno. En verano abren nuevas carreteras entre los pueblos y ciudades del litoral de Murmansk.

Aparte de estas dos clases de trabajo, todas las demás ocupaciones mencionadas se consideran como privilegiadas. Únicamente pueden aspirar a ellas los obreros muy calificados, o los que cuentan con influencias, ya sea por medio de dinero o por relaciones particulares.

Habitualmente, todos los recién llegados, pasan a trabajar en ocupaciones comunes, excepción hecha de los que hayan servido, anteriormente, en instituciones soviéticas penitenciarias (la milicia, la G. P. U., etcétera), quienes reciben trato de favor. De esta forma, la administración del "campo" (cuyos miembros son, todos, antiguos chequistas condenados por robo), premia y ayuda a los suyos.

Cuando llega al "campo" un nuevo convoy de detenidos, a fin de que nadie pueda darse cuenta de qué se trata, y a fin de evitar mescolanzas y aglomeracio-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

nes que facilitarían cualquier intento, inmediatamente después de descender del tren, un breve mando militar ordena que arrojen los equipajes a un montón y formen filas. En seguida se oye una voz que ordena: "De derecha a izquierda... contad." Generalmente el recuento no sale exacto, porque entre los recién llegados hay muchos que no comprenden el ruso y otros que no han podido oír de qué se trataba... Entonces empiezan las "maniobras" de la forma siguiente: "¡Ah, canallas, yo os enseñaré a contar. Vamos a ver... paso ligero... ap!" Y les hacen correr así, durante horas, hasta que algunos—muchos—caen extenuados por la fatiga.

Se oye nuevamente la voz de mando: "Formen filas." Y otra vez: "De derecha a izquierda... cuenten." Por fin la cuenta sale bien y entran en el "campo". A la entrada se les da la "bienvenida". Los veteranos del "campo", dicen: "Salud, compañía", y los *reclutas* deben contestar: "Salud". Naturalmente, también esta comedia resulta mal y vuelve nuevamente la orden de "paso ligero", empezando, otra vez, una carrera agotadora hasta que las autoridades, simulando una compasión que están lejos de sentir, ordenan el cese del castigo. Nueva orden de formar filas, y vuelta a empezar toda la comedia hasta que sale a la perfección.

Durante todo el tiempo que duran las "maniobras", no se oyen más que recomendaciones como

éstas: "Olvida que eres hombre." "Recuerda que esto no es una cárcel, sino el campo especial de la G. P. U." "Nada de lo que hay aquí os pertenece." "Haced el muerto." "Silencio absoluto." "Haced lo que os ordenen, sin replicar", etc., etc.

Inmediatamente, sin conceder un momento de reposo a los recién llegados—después de un viaje que, las más de las veces, ha durado ocho o nueve días, en un vagón de transportar ganado, en los que se mete a los hombres como arenques, en cantidad de cien hombres por vagón—, les envían a trabajar durante doce horas seguidas. Recién llegados de un trabajo que ha durado un día y una noche, y después de haber ingerido un poco de agua caliente, ligeramente coloreada, que recibe la denominación de té, óyese otra vez la voz de mando que ordena: "En pie, todos". Y empieza el reparto de trabajo para una nueva jornada. Esta es la regla, en Solovski. Enviar a los recién llegados dos días seguidos al trabajo, sin dejarles dormir sin descansar, y castigándoles a la menor queja.

El trabajo que se realiza es muy sucio y superior a las fuerzas físicas de muchos. Se trata de acarrear y cargar hulla en el puerto, descargar sacos de harina, etc.. Para tan *plucros quehaceres* no se reparten "monos" ni ropas de trabajo, de modo que todos se ven obligados a trabajar con los vestidos que lle-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

vaban a su llegada, con lo cual, los mejores trajes se convierten, al poco tiempo, en harapos.

Las habitaciones o refugios son barracas de madera, bastante grandes, en las que deben cobijarse de setecientos a ochocientos presos. A lo largo de los muros hay dos pisos de tablas machihembradas, que sirven de cama y en las que, cada preso, puede disponer de medio metro de anchura, de modo que sólo pueden acostarse de lado.

Las chinches corren a millares, y no digamos nada de las pulgas y los piojos, que hacen su agosto... El aire que allí se respira es de lo más enrarecido a causa de la aglomeración, hasta el punto de que algunos han muerto asfixiados. No hay agua potable ni de ninguna clase. Los que quieren lavarse—muchas veces no queda tiempo para hacerlo—deben efectuar su limpieza con nieve, y, si quieren beber u obtener agua, se ven precisados a hacer fundir la nieve en sus gamellas. Solamente cada dos o tres días se efectúa una distribución de agua caliente, porque, en toda la isla, no hay un manantial de agua dulce. Para atender a las necesidades hidrófilas se trae el agua de Kema, villa situada a unos 12 kilómetros de las islas.

Y ya que hablamos de Kema, será necesario decir que se trata sencillamente del campo de concentración, o sea, del lugar de llegada de todos los reclusos. Es el centro del presidio soviético. En esta con-

centración reside la dirección del "campo de Solovki", la cual es, al mismo tiempo, la contratista de los trabajos forestales y de carreteras. Desde allí, la masa principal de los reclusos se envía a los distintos puntos de la región de Murmansk, para la realización de toda clase de trabajos. La isla propiamente dicha de Solovki, que da nombre a las demás del grupo, no contiene más de cuatro mil reclusos.

El sistema de "instrucción" que hemos descrito a grandes rasgos, así como el control y los mandos sistema militar, son obligatorios para todos los reclusos. Por la mañana y por la noche se forman las filas, se pasa el "autorrecuento", se hacen los saludos, etc.

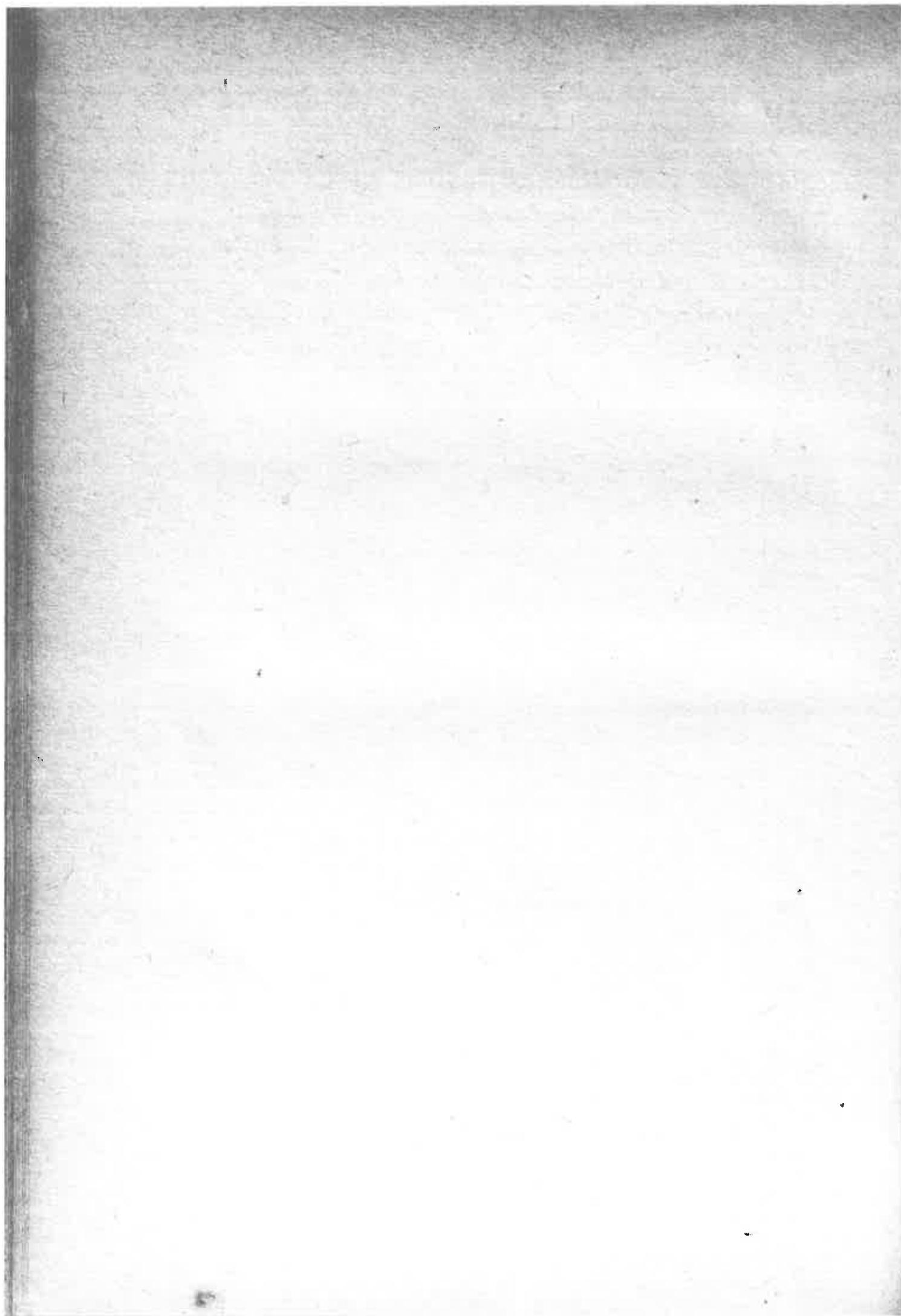
Como puede verse por lo que queda detallado, la vida de los reclusos en los presidios soviéticos es espantosa. Digamos de paso que sólo pueden escribir una vez por semana a la familia y una vez al mes a los amigos. Las cartas son revisadas antes de salir del "campo" y se castiga severamente al que comete la audacia de decir la verdad de su situación.

Tal es el trato *paternal* que los detenidos políticos reciben. El látigo y la brutalidad están a la orden del día. Esas son, en definitiva, las *escuelas* de regeneración de que tanto nos han hablado los escritores a sueldo.

No es pues de extrañar que no salga de estos presidios ningún partidario del régimen bolchevique. La

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

iniquidad y el despotismo no son medios apropiados para atraerse la simpatía de los disconformes. Ignorar — voluntaria o involuntariamente — estas cosas, y recurrir a métodos contrarios, son los dos grandes equivocaciones de la G. P. U. que contribuyen poderosamente a socavar los cimientos de la Rusia actual.



CAPITULO XV

El cuartel y el servicio militar obligatorio

En la U. R. S. S., el servicio militar es obligatorio y dura dos años cuando se efectúa como fuerzas terrestres. Para la marina la duración del servicio es de cuatro años.

El ejército ruso se distingue del de los demás países, pero esta diferencia no está ni en la disminución de la jerarquía militar ni tampoco en una falta de disciplina, ya que ésta es férrea, sino únicamente en el hecho de que los soldados, fuera del cuartel, no tienen obligación de saludar a sus superiores y en que éstos no lucen tantos galones ni estrellas como en los países capitalistas. Por lo demás, el militarismo es igual allí que acá.

La disciplina dentro del cuartel no puede ser alterada de ninguna manera. En el caso de que un soldado no obedezca las órdenes de un oficial, se constituye inmediatamente, dentro del cuartel mismo, un consejo de guerra, integrado por soldados y oficiales. Un oficial con quien tuvimos ocasión de hablar, nos afirmaba, cierto día, que la primera falta, rara

vez se castiga, pero, posteriormente, tratamos de averiguar la verdad del aserto y nos enteramos, por conducto de algunos soldados, de que hacía pocos días habían sido condenados a tres meses de arresto cinco soldados por haber cometido la falta grave de "protestar por las malas condiciones del rancho".

Y es que, forzosamente, los ejércitos de todas partes están integrados de la misma forma. A un lado, orgullosos y creyentes en su superioridad, los profesionales, al otro los forzados, los que van allí a la fuerza o movidos por la ignorancia o el fanatismo. Los jefes son los poseedores del encargo de defender a la sociedad y al Estado con todos sus defectos y vicios, puesto que del mismo forman parte, con la policía y la magistratura .

Estos ejércitos, permanentes, salvaguardia de los intereses estatales o gubernamentales—que en este caso es lo mismo—, compuestos por hombres cuya individualidad no está desarrollada o se halla atrofiada, no tienen otra misión más que disparar hacia el lugar que indiquen los oficiales, sin saber por qué razones ni por qué causas, aunque se les mande disparar contra sus propios hermanos.

Más de una vez, el ejército rojo, ha vomitado balas fratricidas contra el proletariado ruso. Este mismo ejército fué el que asesinó a los marinos de "Krostandt", y el que, en 1931, descargó nubes de

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

metralla contra las masas campesinas que, hambrientas, se sublevaron contra el Estado bolchevique.

Los oficiales, comandantes y todo el Estado Mayor, perciben sueldos que varían entre 150 y 300 rublos mensuales. Tienen pabellones aparte, con todo el confort y las comodidades apetecibles, y no fraternizan con los soldados. Para los primeros todas las manifestaciones de la vida tienen un aspecto distinto que para los segundos, porque, éstos, no cobran más que un rublo por mes, para comprar tabaco y demás gastos accesorios. En los tranvías, exceptuando las comisiones de servicio, deben pagar. También para los soldados rige la semana ininterrumpida, o sea que permanecen cuatro días de servicio en el cuartel y tienen libre el quinto.

Las escuelas de guerra sólo son frecuentadas por los elegidos del partido comunista. Exactamente sucede con las escuelas de la G. P. U. Los oficiales de estos cuerpos—ejército y policía—no salen de las fábricas, de los talleres, de las minas o del campo, nombrados por los mismos obreros, sus compañeros, sino que es el partido comunista quien los nombra y quien envía a hacer los estudios al que, a su parecer, ha de serle más adicto y, por consiguiente, llenará mejor el cometido de mando y disciplina, a la par que de fidelidad al régimen.

Creemos que, si se opina necesaria la permanencia de un ejército, lo mejor y más democrático sería que

V. P E R E Z (C O M B I N A)

los puestos vacantes fuesen anunciados en las asambleas obreras y, éstas, conecedoras de la capacidad y vocación de cada uno de sus componentes, nombrarían, también, democráticamente, a los compañeros de trabajo que deberían ingresar en las escuelas para cursar los estudios militares. De esta forma les cabría a los obreros el consuelo de saber, positivamente, que los componentes de la G. P. U. y del ejército rojo eran trabajadores como ellos, puestos allí por su iniciativa y beneplácito.

Y no sucedería lo de ahora. No habría este odio sordo entre el trabajador y las dos instituciones sostenidas del Estado bolchevique. Sobre todo, se conocerían mutuamente, cosa que en la actualidad no acontece.

CAPITULO XVI

El casamiento, la familia, el divorcio, seguros sociales, escuela y prostitución

Antes de la Revolución, el casamiento era, en Rusia, una ceremonia que debía verificarse en la Iglesia, primero, y en el juzgado, después, con la particularidad de que el segundo no era válido si no iba precedido del primero, y éste lo era sin el otro.

El lazo era indisoluble, y tanto el hombre como la mujer, una vez casados, tenían la obligación de vivir unidos hasta la muerte, puesto que el divorcio no sólo no regía, sino que era condenado por la ley y la costumbre, salvo en muy raras excepciones, en que era concedido basándose en motivos de gran peso.

Lo mismo ocurría hasta hace muy poco tiempo en nuestro país, donde la separación de dos seres que no encontraron afinidad moral o física, era cosa casi imposible si querían atenerse al dictado de la Ley. Y, como quiera que nuestros actos, en múltiples ocasiones, no responden a nuestras propias necesidades, sino a lo que establece la Ley en códigos absurdos, nos veíamos obligados a continuar nuestro calvario

o asaltar por encima de tales leyes, que no son más que cadenas que atan fuertemente a los seres.

En este dominio, la revolución rusa realizó una labor verdaderamente notable, puesto que suprimió de raíz todos estos absurdos, dando satisfacción y plena libertad al hombre y a la mujer, sin distinción ni restricciones de ninguna especie. Basta que uno de ellos manifieste el deseo en un sentido u otro, para que la unión o la separación se realice sin más trámites. Se comprende que, en la unión, el consentimiento debe ser mutuo.

La paternidad, en la U. R. S. S., no da ninguna potestad ni ningún derecho de propiedad sobre los hijos. Los padres no son más que tutores o protectores de su prole, cuya mayoría de edad empieza a los dieciocho años. A partir de esta edad, ni los padres ni nadie pueden oponerse a la voluntad de los jóvenes —hombre o mujer—, de manera que pueden casarse libremente, si tal es su deseo, sin que los padres puedan impedirlo.

Los casamientos, tanto si se han realizado en el "Registro" de las instituciones soviéticas, como si han sido llevados a cabo sin registro ni notificación alguna, son válidos desde el momento mismo en que se efectúen ante un testigo y el Estado los reconoce como legales. La formalidad del testigo se estableció para el caso de que hubiere descendencia, porque,

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

cada padre es responsable de los hijos que lleva al mundo.

Esto nos lleva de la mano a aclarar que la educación y sostén de la infancia no corre a cuenta del Estado, sino que lo es al de cada progenitor.

El casamiento se lleva a efecto de la manera más sencilla, sin ceremonia y sin necesidad de pagar un solo céntimo. En cada Soviet de distrito o departamento hay una secretaría denominada "Saks". Los novios deben presentarse en ella y exhibir su documentación. El empleado toma nota de los nombres, edad y situación de cada uno. Los contrayentes no tienen que pronunciar ninguna palabra ni hacer promesa alguna. Sólo, al entrar, tienen que advertir: "Venimos a registrarnos".

Para realizar esta inscripción en el registro, no se necesita la presencia de los padres ni de ningún testigo. Basta la declaración explícita de ambos novios: "Venimos a registrarnos". Tal es la forma en que se realiza el casamiento en la U. R. S. S.

El divorcio es aún más sencillo, si cabe, que el matrimonio. En caso de que un marido no desee continuar viviendo con su mujer, o viceversa, no necesita hacer ninguna demanda de divorcio por escrito ni por mediación de ningún intermediario. Tampoco es necesario que estén de acuerdo ambos cónyuges. Basta que uno de ellos—el marido o la mujer—crea en

la necesidad de separarse, para que se efectúe. En este orden no hay diferencia entre un sexo u otro.

El que solicita el divorcio debe acudir al mismo sitio donde fueron inscritos en el registro, y pedir que le borren del mismo, puesto que no quiere continuar viviendo con su mujer—o su marido—. Una vez satisfecho el deseo del demandante, sin que, en ningún caso se le pregunten las causas de su resolución, se envía un comunicado por escrito a la mujer, notificándole que está divorciada por haber hecho la demanda el marido. El aviso es pura fórmula y se le envía únicamente por si tuviere algo que reclamar, no contra el divorcio, sino con respecto a descendencia o a alguna mala acción del marido.

Como hemos insinuado antes, los pequeñuelos no corren a cargo del Estado, sino que cada familia debe cuidar de los suyos. El Estado sólo se encarga de los golfos y pilletes, de estos niños vagabundos o abandonados que no conocen el cariño materno, o que lo perdieron a causa de la muerte de sus padres. El Estado los recoge y los recluye en una especie de asilos llamados colonias, donde trabajan, reciben enseñanza y aprenden el oficio que mejor cuadra a sus aptitudes. Luego les envían a las fábricas para que ocupen el lugar que les corresponde en la tarea constructiva de la nación.

Los hijos, según prescripción de la ley soviética, pertenecen a la mujer, pero si un matrimonio tiene

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

dos hijos, pueden quedarse con uno cada cónyuge, al separarse. El hombre, por su parte, tiene la obligación de asegurar la alimentación del o de los hijos hasta la edad de 17 años. La cantidad que debe satisfacer la estipula el tribuanl el día en que se ve el juicio, y el padre renegado debe hacerla efectiva de acuerdo con las posibilidades de su jornal.

Este último extremo nos parece un tanto arbitrario e ilógico, puesto que con un sistema tal, el niño desde su más tierna infancia, debe tocar las consecuencias de una desigualdad censurable en cualquier parte, y más en el régimen bolchevique, ya que—como sabe el lector—, los salarios varían según la capacidad y las actividades de cada uno. Estas variantes repercuten infaliblemente sobre el niño, causando verdaderas calamidades.

Para la mejor comprensión de este estado de cosas, pongamos un ejemplo. Supongamos que un ingeniero casado se separa de su mujer y deja un niño. Al mismo tiempo, un peón, también casado, e igualmente padre de una criatura, solicita el divorcio. El ingeniero gana, por término medio, 400 rublos mensuales y el peón sólo 80. La mujer del primero podrá recibir, para la alimentación del hijo, de 50 a 60 rublos mensuales, mientras que la del peón sólo percibirá de 10 a 15 rublos.

El hijo del primero podrá, pues, alimentarse y vestir bien, exactamente como cualquier hijo de "casa

buena" de por aquí, mientras que el segundo sólo conocerá la escasez, las privaciones y la miseria que parecen ser la herencia de los parias.

Mucho más lógico nos parecería formar un fondo común, del que se destinara una cantidad igual para la alimentación de ambos niños. Advertimos que si creyéramos que la creación de semejante fondo común no fuese posible, nos abstendríamos de sugerirlo; pero creemos que, no sólo es realizable, sino que, en un régimen comunista, es la única forma de establecer una igualdad relativa.

Parece que ya va siendo hora de que se intente una desmaterialización de las conciencias. Si queremos que las nuevas generaciones impulsen el mundo hacia adelante, es preciso limpiar el fondo de los corazones empedernidos por el metal. De no hacerlo así, podremos afirmar que los bolcheviques no sólo han traicionado en la actualidad al comunismo, sino que no se preocupan de su advenimiento en épocas venideras.

Las casas para niños

Sería insensato y palmaria muestra de mala fe, negar que la creación de las casas para niños (guarderías) ha sido obra de la revolución de octubre.

Todas estas facilidades que se pretenden dar para que la educación de la infancia sea más factible, no

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

se conocían antes en Rusia, aun cuando estuviesen ya en vigor en otros países, como Alemania y Francia, por ejemplo, aunque, quizá, no con el mismo perfeccionamiento y con las comodidades con que cuentan las de Rusia.

Debemos reconocer que las casas para niños tienen una eficacia vastísima desde el punto de vista comunista, por cuanto los niños educados en sus hogares adquieren un espíritu e inclinaciones individualistas y egoístas que les hacen refractarios, cuando mayores, a toda convivencia o cooperación en las colectividades, mientras que en éstas su espíritu se abre al colaboracionismo, a la solidaridad y al desinterés.

El Estado no subvenciona totalmente las casas para niños, de manera que el cuidado de los mismos no es gratuito para los padres, al contrario. Cada familia paga, con arreglo a sus ingresos, una cantidad que puede ser de 15 a 25 rublos. Durante el día, se les da alimento por tres veces. El desayuno a las nueve de la mañana, la comida a las doce. Después de comer les hacen acostar dos horas, costumbre que constituye una regla en todas las dependencias similares del Estado: sanatorios, casas de descanso, etc. Al levantarse, toman té con pastas y salen a jugar todos juntos—niños y niñas—en verano, a la calle, y en invierno, a los salones especiales. En su mayoría, los juguetes son de la casa.

Existen dos clases de guarderías. Una para los ni-

ños desde nueve meses hasta los tres años, las que reciben la denominación de "Casa Cuna". Otra para los niños de tres a siete años, edad esta última en que ingresan en la escuela llamada "Jardín de niños".

Todas las mañanas, a la hora de ir al trabajo, las madres llevan a sus hijos a la casa para niños y los pasan a recoger una vez terminada la labor. Para que los niños sean admitidos es necesario presentar un certificado de trabajo, con lo cual se crea una nueva desigualdad, porque no todos los que quieren pueden llevar sus hijos a la "Casa Cuna" o al "Jardín de los niños", sino solamente los que trabajan.

Y es que estas casas para niños fueron creadas para que la mujer que trabaja y es madre, no se encontrase como antes de la Revolución, o como en los países capitalistas, donde debe abandonar la labor del taller, de la fábrica o de la oficina para quedar al cuidado del recién nacido. Las casas para niños realizan estos cuidados. Con ellas desaparece la esposa-sirviente o la esposa-incubadora, para dejar paso a la mujer libre que puede continuar sus labores.

Aun reconociendo la gran obra social y educativa que realizan las casas para niños, hay que decir que éstos no están suficientemente bien cuidados, pues en cada casa sólo hay una mujer para atender a treinta niños. Aparte de esto, que sería secundario, hay el inconveniente de la suma que debe satisfacerse, inconveniente que obliga a muchas obreras que ganan suel-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

dos reducidos—de las que ganan salarios elevados, no hablamos—a tener que abandonar el trabajo, una vez madres, por no poder llevar sus hijos a la “Casa Cuna”.

Se da el caso de otras que deben continuar trabajando, por necesidad, y que, por esta misma causa—necesidad, que es carencia de lo indispensable, tampoco pueden beneficiarse de las ventajas de las casas para niños. Sin contar con la razón moral de que no hay cuidados como el de una madre, que aparta también a muchas de estas instituciones.

No es, pues, extraño que cuantos han ido a Rusia vengan cantando las excelencias de las “Casas para niños”, porque su instauración y cometido son bastante apreciables. Pero todos olvidan explicarnos detalladamente el funcionamiento interno de las mismas, cosa fundamental para el exacto conocimiento de una cuestión. Pasa con esto igual que con la afirmación que han lanzado algunos de que el Estado se encarga de los niños. Nada de eso. Hay que destruir este falso tópico. En Rusia, como en cualquier otro país, la infancia—su educación y cuidados—pertenece a la familia.

El Estado—lo repetimos—sólo toma a su cargo a los niños abandonados, a los huérfanos o a los de padres desconocidos. Para ellos se han creado las casas de educación, en donde se les enseña a trabajar y se

les pone en condiciones de valerse a sí mismos y ser útiles al Estado.

Los reincidentes son mandados a las colonias disciplinarias, en donde quedan internados hasta extinción de la pena que les haya sido impuesta.

En otro capítulo explicaremos la posición de la mujer frente al matrimonio. El lector verá en él cómo se resuelve el problema de la maternidad en la U. R. S. S.

*Los seguros sociales
en la U. R. S. S.*

Aun cuando la estructuración definitiva de los seguros sociales data de la Revolución de octubre, sus raíces estaban echadas desde las sombrías épocas del zarismo, durante las cuales la clase trabajadora sostuvo una violenta y constante lucha contra la burguesía, a fin de poner remedio a la miseria espantosa de que era víctima. Por esta causa, en 1911, a raíz de la huelga metalúrgica de San Petersburgo (hoy Leningrado), los obreros adoptaron una actitud resuelta y decidida, enérgica y continuada, que dió como resultado llegar a la conquista de algunas mejoras de orden económico que les ponían al abrigo del hambre en los penosos días de holganza forzosa porque ha de pasar irremisiblemente la clase obrera.

Sin embargo, todo lo conseguido a través de tan-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

tas y tan cruentas luchas, era una insignificancia al lado de lo que debía conquistarse y de las necesidades perentorias de los humildes. Pero llegó la Revolución de octubre y, con ella, el triunfo de los ideales proletarios. El Estado bolchevique, percatado de las exigencias inexcusables de los obreros y no ignorando la eficacia de las medidas preventivas, dió plena satisfacción a las aspiraciones diversas veces manifestadas, e instituyó, amplia y eficazmente, el régimen de seguros sociales.

La reglamentación del seguro social en Rusia abarca los dos puntos siguientes° 1.º Accidentes del trabajo y enfermedades de medicina y cirugía en todos los grados. 2.º Incapacidad provisional o temporal e invalidez.

Repetiremos una vez más, aun a trueque de pecar de pesados, que nos situamos en un plano de perfecta imparcialidad. No anima nuestra pluma ningún afán combativo ni un marcado interés de escuela. Por esta causa, cuando se trata de situar las cosas en su punto, debemos declarar que, realmente, la cuestión de los seguros sociales es una de las conquistas más completas y eficaces realizadas por el proletariado ruso. pero ello no será un obstáculo para que, en el transcurso de nuestra explicación y del detalle del funcionamiento de estos seguros, comentemos, según nuestro particular punto de vista, la nueva ley votada en 1930.

Con esta exposición, escueta y en un todo ajustada a la realidad, no haremos otra cosa que demostrar claramente que las conquistas más amplias van perdiendo terreno y disminuyen de valor y alcance a medida que transcurre el tiempo, cuando en ellas no ejerce un control riguroso la clase que realizó la conquista, que, en este caso, es la clase obrera.

En el reglamento de seguros sociales que estuvo en vigor hasta 1930, se estipulaba que todos los obreros, desde el primer día de enfermedad, cobrarían el jornal íntegro y tendrían los medicamentos gratuitos. Debió parecerles concesión excesiva ésta a los nuevos dictadores, por cuanto en 1930 votaron una nueva ley que estipula que solamente se pagará el jornal íntegro a los obreros que lleven más de tres años y medio trabajando y el mismo tiempo de socios en cualquier sindicato. Para los que no se hallen en estas condiciones, se establece que los 5 primeros días de enfermedad cobrarán solamente el 75 por 100 del jornal, y de los cinco en adelante el sueldo íntegro.

Como se ve, sin que el descuento sea muy notable, el Gobierno bolchevique ha ido a buscar, con semejante medida, el ahorro de varios millones de rublos al año, pues son muchísimos los accidentes de trabajo leves que sólo impiden trabajar de dos a cuatro días. Además, se nota la tendencia a obligar, por la fuerza de la necesidad, a que todos los obreros estén inscritos en los sindicatos desde el primer día de tra-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

bajo, puesto que de lo contrario no pueden tener opción a los mismos beneficios que los demás.

No queremos, en modo alguno, hacer una crítica acerba de semejante sistema; preferimos que el lector medite acerca de ello y se haga su composición de lugar. Unicamente cabe señalar que el descenso está iniciado. Hoy, la rebaja es sólo de un 25 por 100; mañana, aprovechando la sumisión proletaria, puede ascender a un 50, y así sucesivamente, hasta reducirse a un tipo mínimo de un 25 por 100 para los que no lleven un número determinado de años sindicados.

La lógica, la razón y el humanismo nos dicen que tal proceder no concuerda en modo alguno con los postulados que los bolcheviques dicen sustentar, y, sobre todo, están en absoluto reñidos con la ética ideológica y con la justicia.

Las casas de descanso.

Una institución que merece todos nuestros parabienes y que debiera intensificarse aun más es ésta de las casas de descanso. Trátase de edificios bastante espaciosos, higiénicos y aireados, situados en los bosques o a orillas de los ríos, destinados exclusivamente a servir de lugar de reposo a los obreros.

Todo trabajador que lleva un año prestando sus servicios en una industria cualquiera, tiene derecho a pasar quince días de vacaciones cobrando su suel-

V. P E R E Z (C O M B I N A)

do íntegro. Los que desean pasar estos quince días en las casas de reposo, deben dirigir una solicitud anticipada y por escrito al comité de fábrica. En el caso de que haya algún sitio vacante se le comunica al autor de la solicitud, que puede realizar su deseo.

Los obreros que pasan sus vacaciones en las casas de descanso sólo tienen que pagarse los viajes, puesto que las comidas y estancia son gratuitas con cargo al fondo de seguros sociales.

Los que trabajan en oficios insalubres o peligrosos tienen de tres semanas a un mes de vacaciones, según sean las condiciones del oficio. Los directores de fábrica, los encargados, médicos, practicantes y demás empleos, así como todos los componentes de la burocracia, gozan de un mes de vacaciones, con los mismos derechos que los obreros.

Los sanatorios

Cuando triunfó la Revolución, el Gobierno se incautó de todos los sanatorios y establecimientos balnearios existentes en Rusia, y los puso a la disposición de la clase trabajadora.

Todos estos edificios, que otrora sirvieron de lugares de cura, reposo o diversión de la nobleza y burguesía rusa, están situados en los más pintorescos lugares de las ciudades provincianas, en medio de frondosos bosques y provistos de todos los elementos ne-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

cesarios para atender debidamente a los enfermos o delicados.

Uno de los sitios más concurridos y recomendados por sus condiciones climatológicas, es la ciudad de Kislavosk, donde están los manantiales de las famosas aguas minerales de "Narsan", en la cual existen más de 60 sanatorios para toda clase de enfermedades: Reumatismo, sistema nervioso, tuberculosis, corazón, etc., etc.

Todos los obreros enfermos deben pasar una consulta con una comisión de médicos, los cuales establecen la enfermedad, el tratamiento adecuado y la clase de sanatorio que le corresponde. Se les inscribe en un libro y cuando les toca el turno se les avisa para que se trasladen al lugar destinado.

Como el número de enfermos es tan crecido, no es raro que algunos estén aguardando turno tres y cuatro años sin conseguir un lugar en un sanatorio cualquiera.

La nueva ley de 1930 establece que en los sanatorios deben reservarse un crecido número de camas y habitaciones "especiales", las cuales sólo pueden ser ocupadas mediante el pago de 180 a 250 rublos por mes. De la arbitrariedad e injusticia que tal disposición representa, se dará cuenta el lector recordando lo que hemos dicho en el párrafo anterior y teniendo en cuenta que la ley antigua disponía que todas las

camas podían ser ocupadas por todos los obreros gratuitamente.

De manera, pues, que si antes, cuando la admisión era libre, no había suficiente sitio para todos los enfermos, ¿cuál no será ahora el problema, con la obligación de reservar camas de pago?

Además, esta disposición anula toda la belleza que aureolaba la gesta creadora de estos sanatorios, puesto que constituye un atentado alevoso a la justicia social. Téngase en cuenta que con lo que ganan los obreros es absolutamente imposible que ninguno de ellos pueda obtener una cama de pago. La disposición nueva, pues, beneficia y protege exclusivamente a la burocracia, a los que perciben sueldos fabulosos.

Presumimos que con semejante medida no se ha pretendido otra cosa que imitar a la nobleza y a la burguesía de la antigua Rusia, pues, como entonces aquéllos, vemos ahora a los altos empleados trasladarse anualmente, durante las vacaciones, a estos sanatorios, con el fin de ostentar su potencialidad dispendiosa, que constituye un afrentoso ultraje a los obreros.

Mientras tanto, los enfermos pobres, los que no tienen para pagarse un lugar en los sanatorios, deben agonizar y morir en la espera. Para hacer menos notoria la injusticia, a los que se hallan en este último caso se les extiende un certificado de inutilidad tem-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

poral, que, la mayoría de las veces, es una partida de defunción.

Los sanatorios, al igual que las casas de descanso, tienen bibliotecas nutridas, teatros y cines en los que semanalmente se dan representaciones que se ven bastante concurridas. Lo esencial es hacer agradable la estancia de los enfermos.

Ya que hemos hablado de los inválidos o inútiles, será necesario explicarle al lector que existen tres clases de invalidez, a saber: Pertenecen a la primera clase los que han sido declarados inválidos totales y que, por lo tanto, no pueden trabajar más. Estos cobran el 75 por 100 de su salario. A la segunda clase pertenecen los inválidos temporales que perciben solamente el 40 por 100 de su sueldo y se incluyen en la tercera clase los obreros viejos, los que han perdido su capacidad productiva y aquellos que, aquejados de una enfermedad leve, no pueden producir el mismo rendimiento que los demás, trabajando a destajo. Para éstos se ha creado un nuevo tipo de salario que les permite ganar aproximadamente lo mismo produciendo menos, por ejemplo: un obrero producía, antes, cuatro armarios; después de su enfermedad sólo puede producir tres. Entonces se le abona un 50 por 100 sobre el precio estipulado y así no se le rebaja el salario.

He aquí, escueta, neta y esquemática la exposición rápida y verdadera de lo que son los seguros socia-

les en la U. R. S. S. El lector apreciará por sí mismo las ventajas que al principio se conquistaron y el retroceso sufrido, y meditará, seguramente, acerca de ello.

El seguro de maternidad

La ley soviética establece que todas las obreras ocupadas en la U. R. S. S. tienen derecho, dos meses antes y dos después del parto a tomarse vacaciones a fin de prepararse debidamente para la llegada del futuro ser. Estas fechas, sin embargo, deben establecerlas los médicos que forman la comisión encargada de este asunto. Por esta causa se dan casos en los que la futura madre no se toma ni dos semanas de vacaciones, pues los médicos no pueden establecer, a ciencia cierta, el día exacto en que ocurrirá el parto.

Digamos en seguida, en honor a la verdad, que durante todo el tiempo que duran estas vacaciones, la mujer cobra íntegramente su jornal.

Además, todas las que van a ser madres reciben gratuitamente ropas para el recién nacido y un aumento de nueve rublos mensuales durante los nueve meses de embarazo, a fin de que puedan mejorar su alimentación de una manera conveniente.

Según estadísticas oficiales, que no pondremos en tela de juicio, los Soviets han gastado, solamente en atender los seguros sociales, la cantidad de dos mil

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

millones, de los cuales, cuatrocientos cuarenta millones han sido destinados a la construcción de viviendas.

Antes de terminar este capítulo queremos recoger una afirmación propalada por los comunistas a ultranza, quienes dicen que el salario del obrero es más crecido de lo que se dice, puesto que hay que agregarle el importe de estas mejoras que no existen en los países capitalistas, y que vienen a ser uno como complemento a los salarios: Escuelas gratuitas y seguros sociales.

A esto argüiremos nosotros, de una manera sencilla y lógica, para demostrar que no es así, que del salario estipulado para los obreros se descuenta un 2 por 100 de impuesto sobre el salario que va directamente al Estado; otro 2 por 100 como cuota para el sindicato; otro 2 por 100 para la cooperativa de consumo y, finalmente, la obligación inexcusable de suscribirse a los empréstitos que anualmente lanza el Estado. Si tenemos en cuenta que a los citados empréstitos hay que contribuir, por lo menos, con una semanada y sumamos el importe de los impuestos o descuentos en el salario, llegaremos, llanamente, lógicamente, a la conclusión de que las escuelas y los seguros están sostenidos exclusivamente con los mismos salarios de los propios obreros.

Las escuelas

Como en Francia y Alemania, donde la enseñanza es obligatoria hasta los catorce años, los niños rusos deben ir a la escuela a partir de los ocho años, por lo menos, y reciben la enseñanza gratuita.

En las escuelas elementales no se proporciona al niño una educación racional, basada en el desarrollo armónico de las facultades del niño, a fin de crearle una individualidad y de que evite con igual tacto y discreción caer en las garras del materialismo grosero y en las del autoritarismo.

Así como en los países llamados burgueses se enseña a la infancia en un modo o sistema más o menos católico, y se inculca en los juveniles cerebros los dogmas anulantes de las religiones en boga, cuya principal finalidad consiste en cultivar la tendencia a entregarse a las cosas abstractas, con la remota esperanza de conseguir lo que no hay en el cielo, olvidando lo que existe en la tierra, igualmente, pero con tendencia distinta, se hace en la U. R. S. S.

No se enseña en las escuelas la religión católica, pero en cambio se propaga, sostiene y divulga otra no menos peligrosa ni arbitraria: la marxista.

Los libros de texto, obligatorios en todas las escuelas rusas, deben pagarlos los padres de los alumnos o sus familiares. Todos ellos contienen temas y escritos referentes o debidos a los ídolos bolcheviques.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

desde Lenin hasta Kalinin; de modo que la educación resulta el compendio de las teorías marxistas interpretadas por estas figuras.

De esta forma, las nuevas generaciones crecen y se desarrollan convencidas de las bondades insuperables del régimen que les educó, y éste, a su vez, sabe puede contar, en absoluto, con la adhesión de estas juventudes, cuya capacidad craneana ha sido modelada a gusto del criterio estatal.

El sistema—como no podía suceder de otro modo—es idéntico al empleado por todos los gobiernos. Las escuelas laicas—de las religiosas no hablemos—creadas por todos los gobiernos republicanos no persiguen otro fin que modelar cerebros a imagen y semejanza de la mentalidad necesaria al sostenimiento de la República.

Y en el caso concreto de Rusia, ¿cómo es posible que desaparezca de aquel país la autoridad y la dictadura si se introducen estos conceptos en la medula del niño, y en cambio no se le pone en el camino de que vislumbre la posibilidad de que todas estas trabas desaparezcan?

La creación de un mundo nuevo, libre, humano y fraternal, no puede ser un hecho tangible mientras se eduque a la juventud en el santo temor a la autoridad y en el sentimiento profundo de que es necesaria la coerción para llevar a los hombres por el “buen camino”. Sólo la libertad puede engendrar la

V. P E R E Z (C O M B I N A)

felicidad. Cuando los educadores se emancipen de toda tutela y comprendan cual es su verdadero papel, la humanidad habrá dado un paso decisivo en su ascensión. Mientras tanto, todos los esfuerzos se estrellarán, como las olas en un acantilado, ante la muralla de los prejuicios...

Ha llegado ya el momento de abandonar, por contraproducente, el cultivo de esa nociva planta que se llama autoridad. Si hemos de sembrar nuestra confianza en el surco de estas generaciones, debemos, ante todo, arrancarles la hierba perniciosa.

Pero la juventud rusa no podrá impulsar al mundo hacia adelante porque recibe una enseñanza tendenciosa y arbitraria, porque, a semejanza del ferrocarril, tiene ya trazada su ruta. Otros hombres vendrán sin embargo, irreverentes y audaces, partidarios del aire libre y de las alas—enamorado de las rutas sin rieles—los que pondrán fin a tanta artificialidad.

A falta de santos y festividades religiosas, el gobierno ha instituido cinco fiestas anuales—al margen de las corrientes—que sirven para instruir a los niños acerca de su significado y que se aprovechan para hacer gravitar un poco más de plomo en la endeble cabeza juvenil. Son estas fiestas: el primero de mayo; el 7 y 8 de noviembre—llamadas fiestas de la revolución—y el 21 de enero, en conmemoración de la muerte del gran jefe bolchevique Lenin.

En estas ocasiones se llenan las calles con pasqui-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

nes en los que se ven efigies de todos los hombres representativos del aparato dictatorial que rige la U. R. S. S.

Esta es la enseñanza que se proporciona a los niños en Rusia. No la combatimos, pero, a nuestro juicio, nos parece equivocada si se trata de producir seres independientes. Ahora bien, si se trata de crear autómatas, disciplinados, inconscientes y faltos de iniciativa, siguen un camino acertado por el cual no aconsejamos a nadie les siga. Es un camino que conduce al suicidio..

La prostitución

A la mayoría de nuestros lectores les parecerá increíble, pero es lo cierto que en Rusia Soviética todavía no ha desaparecido la prostitución, a pesar de que ha sido declarada ilegal y de que debe desenvolverse en la clandestinidad.

Muchos afirman que la prostitución existente es muy reducida y que sólo sobrevive como un resabio de las costumbres del régimen antiguo. No hay tal. Tanto en Moscú como en las demás ciudades importantes que visité, pude comprobar que la mayoría de las prostitutas son muchachas de 18 a 20 años, lo cual desmiente rotunda y llanamente la afirmación citada.

La prostitución actual no es la misma de antes. Se

ha hecho una nueva leva y las "caídas" han acudido en masa.

Cierto que el Estado bolchevique usa de muchas medidas para impedir el desarrollo de esta plaga. Recientemente se ha dispuesto que no sea permitida la entrada en los hoteles, a altas horas de la noche, a las parejas que no sean matrimonio. Tampoco durante el día se puede conseguir ninguna habitación en los hoteles, a no ser que se trate de algún matrimonio que llegue de viaje.

Si alguna prostituta transita por la calle en busca de clientes para el ejercicio de su comercio, es detenida inmediatamente. Si está sin trabajo y no tiene parientes ni familia que se encarguen de ella, le buscan ocupación a fin de que gane su vida de manera más correcta.

Muchas de estas infelices son mujeres que trabajan, pero debido al insuficiente jornal que perciben, se ven obligadas a realizar esta "labor extraordinaria", a fin de redondear sus ingresos. Vale decir que muchas ya han encontrado un nuevo sistema para solucionar el asunto. Consiste dicho sistema en aprovecharse de las ventajas que ofrece el divorcio y en casarse con el primero que se presente con el exclusivo objeto de resolver el problema económico. Sin embargo, no siempre puede llevarse a cabo este plan y, en este caso, el recurso supremo es la prostitución.

No sabemos a qué móviles obedece el interés que

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

tienen los comunistas en afirmar que en Rusia está abolida la mendicidad y extirpada la prostitución, porque cualquiera que haya visitado el "paraíso rojo" se habrá dado inmediata cuenta de que estas plagas sociales continúan en vigor, magüer que atenuadas, y podrá tomar a risa a los comunistas que niegan lo que los ojos ven, y a un régimen que para justificarse apela a la mentira en lugar de confesar sinceramente la verdad y explicar las causas.

Ya sabemos que los bolcheviques nos dirán—es su eterna justificación—que estos mendigos o aquellas prostitutas son ex nobles o grandes capitalistas, que no han querido trabajar. Pero nosotros decimos que, aun admitiendo la posibilidad de que el caso fuese cierto en algunos, no es posible que tal afirmación se ajuste a la verdad, por cuanto la edad, la cultura y los modales de los que nosotros hemos conocido, no corresponden, en modo alguno, a la de los que se hallasen en el primer caso. Mendicidad y prostitución son dos azotes que flagelan las carnes de los proletarios de la ciudad y del campo. Son dos exponentes, implacables de que la miseria y la explotación no han desaparecido, ni llevan trazas de desaparecer, de la U. R. S. S.

Mientras tanto, continúa en vigor el poder rojo, y a espaldas del proletariado ruso va engordando esa enorme sanguijuela que lleva el nombre de *burocracia*.

El aborto

Nos duele mucho no poder dedicar todo el espacio que sería preciso a una cuestión de tanta trascendencia e importancia como ésta del aborto. Y la conceptuamos cuestión importante por ser uno de los medios limitativos de nacimientos que más se han combatido y que con mayor esfuerzo ha podido sostenerse en pie.

Por estas razones opinamos que uno de los mejores aciertos del código ruso es el de aceptar legalmente el aborto.

El aborto legal no se lleva a cabo, en la Unión Soviética, en el domicilio de la paciente, sino en las clínicas especiales para este objeto. Están encargados de esta misión los médicos ginecólogos y las comadronas, quienes cuidan de que el aborto se lleve a efecto con las menores molestias y con las máximas facilidades.

Pueden acogerse a la ley que autoriza el aborto voluntario todos aquellos—aquellas—que no desean tener hijos contra su voluntad, hállese en el caso que se hallen.

Ahora bien, la ley estipula que la asistencia y demás complementos al aborto sea gratuita, pero en realidad sólo pueden acogerse a esta gracia las madres de familia numerosa, que tienen más de cuatro hijos; las que padecen alguna enfermedad contagio-

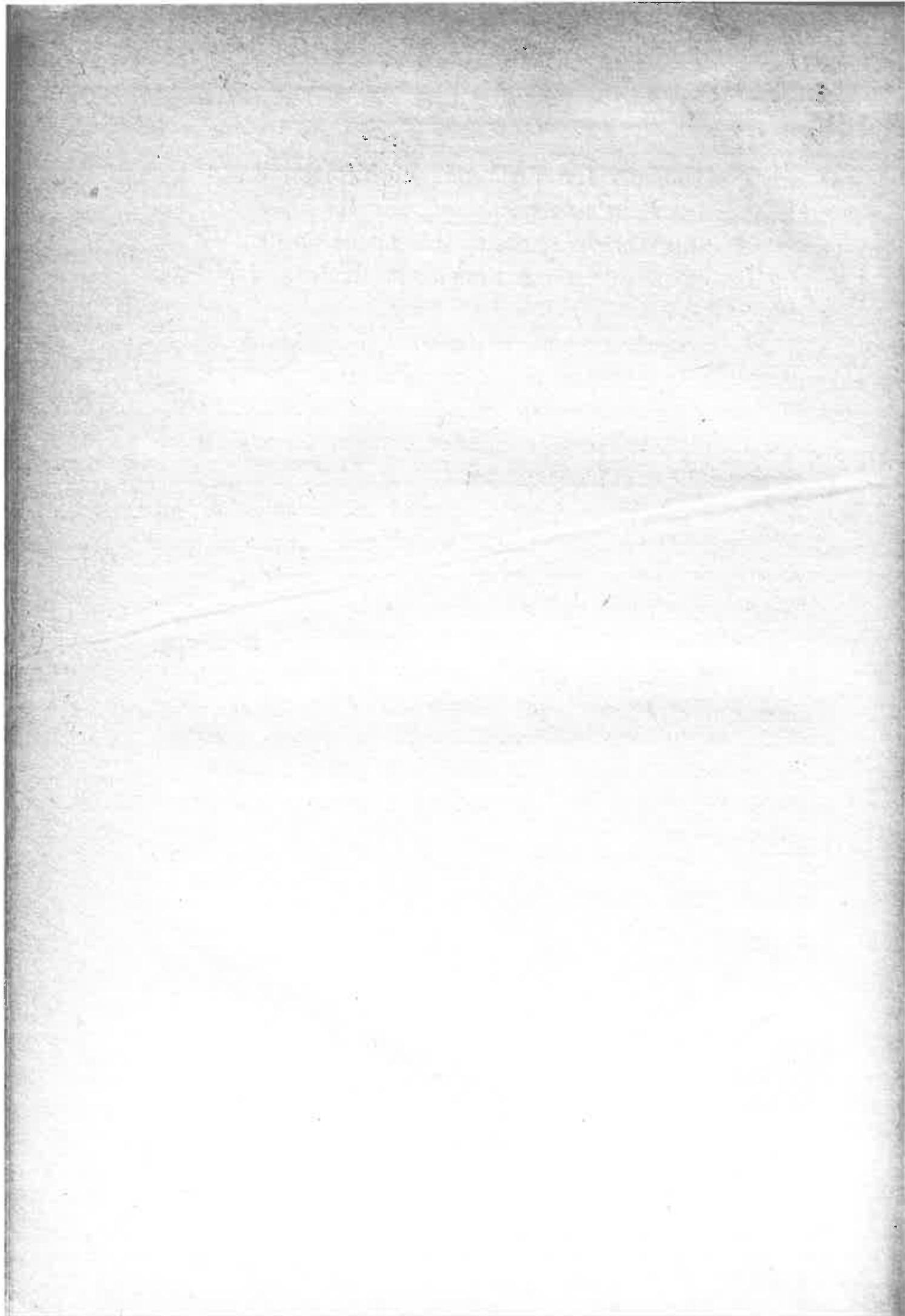
UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

sa que pudiese ser heredada por el hijo, como son la sífilis o la tuberculosis, etc., etc. En los casos restantes es obligatorio pagar los gastos de la sencilla operación, gastos que generalmente ascienden a treinta rublos.

En el caso primero, o sea los que deben acogerse a la asistencia gratuita, es preciso presentar la documentación demostrativa de que le asiste a la interesada tal derecho. En el segundo caso, no hace falta documento alguno, basta pagar.

Por lo demás, reconocemos que la legalización del aborto es una lección magnífica para las naciones que, conceptuándose "avanzadas", no se han atrevido todavía a aproximarse a una cosa parecida.

En este sentido, en el de la legislación amorosa y eugénica, Rusia, sin duda alguna, se ha puesto a la cabeza del mundo, aun cuando sus leyes y métodos son susceptibles de perfeccionamiento. Ojalá fuera así a la vida política y económica. Entonces estaríamos justificados o identificados con el régimen soviético.



CAPITULO XVII

La persecución del pensamiento libre en la U. R. S. S.

Nadie duda de que vivimos—ideológicamente hablando—una de las épocas más sangrientas que registra la historia de los países llamados civilizados. El siglo XX se caracteriza por la crueldad con que trata a todos los hombres que, iluminados por un ideal justiciero o sedientos de libertad, se esfuerzan por renovar el sistema social del mundo, llevando la luz de nuevos conocimientos a los cerebros oscuros de tantos seres que viven en la más completa ignorancia.

Muchos son los idealistas—de las más distintas tendencias—que diariamente sucumben en su lucha contra el sistema actual orgánico de la Sociedad, sostenido éste por la fuerza de los fusiles y las ametralladoras que, tanto en la paz como en la guerra, son instrumentos mortíferos al servicio de la injusticia y de la coacción.

Mientras el cáncer de la corrupción y el soborno corroe a los pueblos, y al destartalado carro de la

burguesía, únense—cual los antiguos esclavos se unían a la imperial carroza de los césares—los partidarios de la fuerza, de la desunión, del odio y del dominio, los obreros—parias modernos—no pueden dejar de lanzar a los cuatro vientos el verbo candente de su redención y, piqueta en mano, préstanse a destruir el edificio ruinoso que otros construyeron y, aun hace poco, sostenían.

La descomposición, iniciada ya, del régimen actual burgués ha traído como consecuencia una avalancha de dolor y miseria, aun mayor que antes, para los obreros del mundo entero. Los gobiernos, percatados de esta marcha hacia el abismo de su desaparición, buscan a todo trance la estabilización de su plataforma política y económica, a fin de prolongar la vida a esta Sociedad agonizante. Pero el proletariado, harto de sufrimientos y de privaciones, se prepara, por su parte, a darle el golpe decisivo, para que con su muerte, esta Sociedad abone el nacimiento y desarrollo de otra en la que exista más equidad, más libertad, más justicia...

Muchos han protestado y protestan aún contra el terror blanco desencadenado en todas las naciones. Se ha hablado, con profusión de detalles y con verbo candente, de las persecuciones reaccionarias de los Países Balkánicos, en donde las cárceles están repletas de hombres que propugnaban la renovación social. Se han combatido ardientemente los crímenes

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

que el fascismo italiano—personificado por Mussolini, el César moderno—ha cometido desde su marcha sobre Roma, en la que dió muerte a centenares de pensadores que cayeron por las balas de sus máusers.

Sin embargo, muy pocos han protestado de las persecuciones, encarcelamientos y deportaciones que arbitrariamente se realizan en el país de la “libertad” y de la “democracia”. Nos referimos—sin ironías— a la U. R. S. S., a ese país edénico, en donde el individuo, sea del matiz que sea, que no se somete a las decisiones de la dictadura del Partido Comunista es víctima de la más sañuda persecución, de encarcelamientos y de molestias sin cuento.

No podemos comprender este marcado interés en callar todo cuanto sucede en el país de los Soviets, en el que el proletariado no puede tener bibliotecas particulares en las que haya obras de todas clases, ni periódicos independientes en los que le sea permitido exponer libremente sus ideas o simplemente sus quejas. Sólo la prensa del Partido Comunista y los libros que éste autoriza pueden leerse. Lo demás constituye delito. De manera que las obras de los grandes pensadores y sociólogos como Max, Stirner, Kropotkin, Bakunin y otros muchos, no pueden leerse ni por casualidad, por cuanto no se encuentran en ninguna biblioteca.

Los únicos que han protestado contra semejantes procedimientos han sido los sindicalistas revolucio-

V. P E R E Z (C O M B I N A)

narios y los anarquistas, que son, en fin de cuentas, los únicos que alzan siempre su voz en contra de toda represión, ya local ya internacional; contra todo Estado y contra toda dictadura ejercida por un partido cualquiera y lleve éste el nombre que lleve—blanco, rojo o negro.

Es natural que todo ser consciente repugne de la dictadura. Esta clase de poder, por benigno que sea, representa en todo momento un obstáculo para el desarrollo del progreso social. Al facilitar la perpetuación del espíritu autoritario en la colectividad y en el individuo, la dictadura pone un dique formidable al impulso del progreso.

Bajo semejante régimen deben vivir los hombres en la U. R. S. S. Los descontentos, los disconformes, todos aquellos que movidos por su espíritu ampliamente liberal osaron manifestar su pensamiento no comunista—ya sean anarquistas, sindicalistas, apolíticos o simplemente socialistas revolucionarios—purgan la sustentación de sus teorías en las amarguras del confinamiento, ya en el Asia Central, en Siberia, en el Turkestán o en las famosas cárceles "Modelos", como aquella llamada "Butirka", de la que nos hemos ocupado en otro capítulo.

Recordará el lector que las delegaciones belga y francesa, solicitaron diferentes veces visitar dicha cárcel enclavada en Moscú, sin que en ningún momento pudieran obtener satisfacción a sus pretensio-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

nes. ¿A qué es debida esa imposibilidad de penetrar en ella como visitante? Sencillamente: siendo la cárcel Butirka destinada exclusivamente a depósito de presos políticos que esperan ser conducidos, de un momento a otro, o a la Siberia, o a las islas Solovski, los detenidos están en ella en pésimas condiciones de salubridad e higiene, faltos de abrigo y aglomerados en celdas reducidísimas en número crecido. Si este espectáculo hubiese sido presenciado por cualquier delegado extranjero es indudable que le habría producido pésima impresión. Para evitar las explicaciones que hubiesen sido precisas y desvanecer dicha impresión, se optó por prohibir las visitas.

A centenares son los anarquistas encerrados en las cárceles de Moscú, Leningrado, Uralsk, Werchne, Charcow, etc. El único delito que justifique la pérdida de libertad de esos compañeros consiste en la manifestación espontánea, calurosa y decidida de su credo emancipador, hecha ante sabuesos o satélites de Stalin. A veces también, la causa es la propaganda oral o escrita que hayan podido realizar. Casi todos ellos han perdido la salud durante el encierro a causa del trato detestable que reciben.

Desde 1920, fecha en que fué clausurada la editorial anarquista "Golos Truda" (La Voz del Pueblo) y suspendido el periódico del mismo nombre por orden del Partido Comunista, los anarquistas y sindicalistas revolucionarios, son constantemente objeto de

V. P E R E Z (C O M B I N A)

una sañuda persecución por parte del poder dictatorial bolchevique. Con el fin de desprestigiarles y aniquilarles, se han inventado los más inverosímiles *complots*, se les ha acusado de sabotadores, de bandidos y de atracadores. Cuando estas calumnias no han surtido el efecto suficiente, y a fin de tener más justificantes para perseguirles, les han acusado de ser espías o de estar en íntima relación con los Kulaks y la burguesía, para destruir el régimen soviético.

Exactamente lo mismo sucede en cualquier país—ya reinando cualquier fanteche, ya en pleno régimen republicano—en donde, cuando no se puede perseguir a los anarquistas como propugnadores de un ideal, se inventan atracos y otros “delitos”, que luego se cargan en su cuenta.

Los comunistas autoritarios, secuaces de Stalin o de otro disidente cualquiera, afirman que en Rusia el anarquismo ha sido liquidado; que no tiene influencia entre las masas laboriosas y que su defunción es cosa hecha. Es decir, están explotando el mismo truco de que se valió el fenecido dictador español Primo de Rivera en 1924, quien, después de haber clausurado los sindicatos, suspendido la prensa obrera y encarcelado a miles de militantes—no hablamos de los que fueron asesinados—, decía: “El sindicalismo ha sido vencido y no resucitará”. Pero, lo mismo que se equivocó Primo de Rivera, puesto que las circunstancias han demostrdao que el sindicalismo anarquis-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

ta estaba vivo y avizor, así también se engañan los comunistas, porque el anarquismo, sin manifestarse, vive y se desarrolla constantemente en el corazón y en el espíritu del proletariado ruso.

Si en aquel país existiera tan sólo un resquicio de relativa libertad, veríamos inmediatamente cómo surgirían y se manifestarían por medio de la prensa y de organizaciones poderosas, todos los innumerables anarquistas que allí se han formado bajo la bota dictatorial. Sólo así podrían convencerse de si en realidad existe o no el anarquismo en Rusia.

Porque—cualquiera que medite un poco lo verá claro—, ¿cómo es posible que el anarquismo fuese vencido, con un sistema que no ha logrado dar satisfacción económica ni política al proletariado? Se comprende, además, que la liquidación del anarquismo en la U. R. S. S. es muy difícil, teniendo en cuenta que es aquél uno de los países eslavos en donde el anarquismo adquirió mayor influencia. Lo que sucede, como hemos dicho ya, es que no tiene ocasión de manifestarse libremente y, si alguna vez intenta hacerlo, ha de ser muy clandestinamente y exponiéndose a sanciones severas, puesto que ha sido declarado ilegal y debe desenvolverse en la clandestinidad, como les sucede a todas las fracciones que, aun siendo marxistas, difieren del concepto comunista oficial.

A fin de que el lector se forme una idea clara y

diáfana de la persecución encarnizada que se ejerce en Rusia, no sólo contra los anarquistas y sindicalistas revolucionarios, sino también contra los amigos de Trotzky, explicaremos suscintamente algunos de los más importantes procesos que han tenido lugar en la República Soviética. Con ello demostraremos que la única acusación concreta que ha podido lanzarse contra los anarquistas y demás disconformes, es la de haber mantenido intactas sus convicciones ideológicas de oposición a las corrientes autoritarias, que ya se manifestaron en 1866 en el seno de la "A. I. T." (Asociación Internacional de Trabajadores) entre los partidarios de Marx y de Bakunin.

Es indudable que, actualmente, las masas trabajadoras rusas se sienten defraudadas ante la actuación del Partido Comunista, puesto que transcurren los años, se crean constantemente nuevas burocracias y la condición política o monetaria del obrero no mejora. Mientras tanto, continúan los encarcelamientos, cuya escala aumenta constantemente, puesto que si ayer eran sólo los anarquistas las víctimas, hoy lo son también los mismos miembros del partido, que se han manifestado propicios a la introducción de normas democráticas en la actuación comunista estatal. Por esta causa, Trotzky, lo mismo que Andrés Nin, Víctor Serge y Rakovski y otros muchos que harían interminable la lista, fueron arrojados del Partido Oficial, perseguidos y desterrados del país que con

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

tanto fervor contribuyeron a libertar y por el que expusieron, desinteresadamente, hasta la propia vida.

La Historia se repite. Lo mismo que sucedió en la Revolución francesa de 1793, en la que los jefes de la misma, por ambiciones personales, o por conveniencias de partido, se guillotinaron mutuamente, está sucediendo—de otra forma, claro está—en Rusia. Políticamente, el movimiento trotskista ha sido guillotinado, lo mismo que el movimiento anarquista y todo movimiento democrático o liberador, llámese como se llame.

¿Cómo y con qué medios han conseguido crear este estado de cosas, inicuo e infamante, que pone en peligro la iniciada marcha progresiva hacia un mañana mejor? Ya lo hemos dicho, expuesto y demostrado en otros capítulos, pero no nos importa repetirlo hasta la saciedad. Su divisa ha sido en todo momento la falta de democracia. El desprecio a toda norma democrática. La falta de crítica y de libertad de expresión. Si hubiese sido posible la propaganda de todas las ideas que tienden a elevar el sentido ético de las multitudes, quizá en estos momentos Rusia viviría en la plenitud de la libertad. Pues si bien comprendemos que al día siguiente de ser destruído el régimen capitalista, no es posible establecer íntegra la sociedad libertaria, ya que el factor económico tiene enorme influencia en el sentido constructivo social, y ya que del desarrollo de las fuerzas produc-

tivas despendirá el grado de felicidad y de bienestar de todos, no podemos admitir que el encargado de regularizar el paso a esa libertad sea un Gobierno o un grupo determinado de un partido político, como ha sucedido en Rusia, sino que deben ser los sindicatos de producción con las Comunas o Municipios, quienes elaborarán las estadísticas de la producción y el consumo, y coordinarán las necesidades de unas regiones con otras. Esta labor será obra exclusiva de los obreros manuales e intelectuales, que son los únicos creadores de la riqueza social. Todos juntos, en completa armonía y camaradería, trabajarán sin necesidad de confiar estas labores a Trusts, Comisarios o a otras instituciones estatales, que sólo sirven para coaccionar, obligar y vivir en la holganza, como sucede en el "paraíso rojo". Tampoco sería necesaria la policía ni la G. P. U.—todo es lo mismo—cuya misión consiste en perseguir a los obreros que no comulguen con el credo dominante, puesto que los que trabajen serán los únicos que podrán discutir lo que directamente les afecte, y por esta misma razón se tolerarán mutuamente.

Esta es, a nuestro entender, la única forma de destruir, lógica y racionalmente, las lacras que el régimen burgués legara a las colectividades, puesto que únicamente la discusión serena y el estudio concienzudo iluminan los cerebros, y ya que sólo con la persuasión pueden formarse conciencias. Las persecucio-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

nes y encarcelamientos, en lugar de atraer adeptos, no consiguen otra cosa que aumentar el número de enemigos. Entendiéndolo así, no cesaremos nunca ni en ninguna parte, de propugnar por la libertad de prensa y de organización, elementos de los que en Rusia carece por completo el pueblo. Por esta causa no hay vigor comunista, sino decaimiento. Los cerebros juveniles, fuentes de riqueza ideal, de novedades creadoras y de impulsos e inquietudes, deben estancarse en el estrecho círculo que les ha marcado la dictadura, la autoridad, el Estado. De lo contrario, se ven obligados a encararse contra estas tres instituciones y a afrontar los peligros inherentes a su posición rebelde. A los que así obran les aguardan las más crueles persecuciones.

La mayoría de los procesos que se juzgan en la U. R. S. S., no se celebran públicamente, de manera que el público pueda escuchar la acusación y la defensa de los procesados. A puerta abierta sólo tienen lugar los procesos que, por su índole especial, pueden producir cierta sensación en la opinión internacional, a fin de atraerse las simpatías de cierto sector popular, o a fin de justificar la existencia y duración de la "dictadura del proletariado".

Esto es lo que sucedió en el llamado "proceso del Partido Industrial", con Ramsin, Fedotow, Larichew y demás encartados. Igual en el proceso de los mencheviques, el de las minas del Donvas y el de los

separatistas ucranianos. En ninguno de estos procesos ha habido un solo anarquista acusado. Ello, por sí sólo, constituye una prueba plena de que nada tienen que ver con los saboteadores y con los contrarrevolucionarios. En el proceso Ramsin, en cambio, estaba acusado un viejo bolchevique, quizá uno de los más grandes marxistas rusos, que desempeñaba el cargo de director en el Instituto Marx y Engel. Este, a pesar de todo esto, no fué juzgado públicamente, como se hizo con los demás "industrialistas".

De esta misma forma secreta se procede con los anarquistas y demás disidentes, los cuales deben marchar al destierro o al confinamiento sin lograr que sus voces sean oídas por los jueces o por la opinión. Todos sus argumentos, quejas o alegatos quedan ahogadas en los calabozos de la G. P. U.

Nadie ha podido presenciar el proceso Ghezzi ni el de los que con él fueron detenidos, de modo que no fué posible enterarse directamente de cuáles eran las acusaciones que pesaban sobre ellos. Sin embargo, a pesar de no haberse podido comprobar nada contra ellos, fueron condenados a tres años de presidio. Sólo por el delito inmenso de haber manifestado siempre, Ghezzi, su disconformidad con la dictadura, con el centralismo y porque mantuvo, siempre y en todo momento, las mismas ideas por las cuales fué también perseguido en Italia.

La única acusación real, y que fué el eje del pro-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

ceso, que ha podido formularse contra Ghezzi, es la de que se reunía con otros amigos anarquistas. No obstante, el Partido Comunista Italiano, afirmó que Ghezzi llevaba a cabo una campaña solapada contra los soviets, facilitando material a la "A. I. T.". Por nuestra parte afirmamos que tal cosa es una solemne farsa. Ghezzi colaboró a la construcción rusa mediante su esfuerzo consciente, trabajando siempre con fervor y entusiasmo en su oficio de mecánico. Además, fué premiado por el propio Partido por haber introducido en la industria un pequeño invento que facilitaba la racionalización y que proporciona grandes economías. Ante semejante precedente, cabe preguntar: ¿Es éste el sabotaje que realizan los anarquistas en Rusia? El lector desapasionado y clarividente tiene la palabra.

Otro hecho que demuestra hasta qué punto es sañuda la persecución contra los anarquistas en la U. R. S. S., es el caso siguiente, acaecido en 1927. En aquella época fué detenido Alfonso Petrini por causas fútiles, que aún no se saben y, hasta la fecha, nadie ha vuelto a saber de él e ignoramos si vive o si murió. Yo, en compañía de algunos amigos residentes en Moscú, hice las gestiones necesarias a fin de averiguar su paradero y poner en claro los hechos por los que fué condenado. Tras no pocas averiguaciones, logramos saber que Petrini había sido condenado a la pena máxima, que consiste en diez años

de prisión. Según afirman algunos bolcheviques, Petrini fué condenado por espionaje al servicio del fascismo italiano.

¿Cómo puede explicarse esta afirmación si Petrini tuvo que huir de Italia perseguido por las hordas fascistas, y el mismo partido comunista italiano lo recomendó para que entrase en Rusia? No es verosímil que al poco tiempo de estar en territorio soviético se pusiera al servicio de sus propios verdugos y perseguidores.

El proceso Petrini, pues, como el de Ghezzi y de otros muchos anarquistas y trotskistas, se desarrolló en la más absoluta reserva. Todos estos procesos, como muchos otros que bastarían para llenar varios volúmenes, se llevaron a efecto en la misma G. P. U., sin que los amigos o los familiares puedan asistirles ni hacer cosa alguna en su favor. ¿Acaso no han tenido tiempo los bolcheviques para formar un tribunal revolucionario, capacitado y libre, que juzgue a los que ellos llaman contrarrevolucionarios a la luz del día, afrontando la responsabilidad de sus veredictos y condenas? No haciéndose así, no podemos, en absoluto, dar crédito a las acusaciones que pesan sobre los anarquistas, trotskistas y demás disidentes.

Para confrontar la acusación es preciso que exista la defensa y que se hagan los juicios públicamente, invitando a los testigos de una y otra parte, cosa que, actualmente, no se hace en Rusia. La prueba palpa-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

ble, sino, la tenemos, además de los procesos citados, en el asunto Rusakow y en el de Lazarevich, aun cuando en estos dos casos, a pesar de la condena, se consiguió arrancarlos de la ergástula, mediante la protesta enérgica y la presión tenaz de toda la clase obrera internacional.

Lo mismo debiera hacerse con todos los camaradas que están condenados y sufren todos los dolores y amarguras por el solo delito de no haber querido cormulgar con la rueda de molino del comunismo estatal. Esta es la única causa de su destierro y de las persecuciones de que son objeto, aunque a fin de dar la sensación de que en Rusia hay democracia y libertad, no se habla de sus ideas y se les presenta como a delincuentes, haciendo recaer sobre estos perseguidos una mancha que, para su conciencia y su ética, es un baldón. Se les acusa de saboteadores o de espías. Este sistema de acusación solapada, intrigante y detestable la usan los comunistas, no sólo en Rusia, sino también en todos los países, para introducir la duda y la vacilación entre las filas de los que consideran enemigos. Yo vi cómo echaban mano de ese sistema calumnioso, en Moscú, no únicamente contra anarquistas, sino también contra el mismo Trotzki en persona.

Fué en 1930. El Partido Comunista publicó un folleto en el que se acusaba a Trotzki, ante las masas trabajadoras de toda la Unión, de estar vendido al

capitalismo inglés por X libras esterlinas. Y todo este aparato calumnioso y vil iba dirigido contra un hombre que, en realidad, no está separado del Partido Comunista más que por pequeñas discrepancias de sentido estrictamente político, más de forma que de fondo. ¡Calcúlese por esa muestra cuáles han de ser los recursos empleados cuando se trata de combatir a anarquistas! Debemos estar constantemente en guardia contra semejantes canalladas.

Todos cuantos esfuerzos ha hecho Trotzki para sincerarse ante las falanges obreras rusas y demostrar que todo era una vil calumnia, han resultado nulos, porque ni una sola de sus notas vió la luz pública. Lo mismo ha sucedido con su "Plataforma", libro que escribió para definir su posición política y que, por orden de la dictadura staliniana no puede leerse ni circular en la República soviética.

Estos son los medios indignos a que recurren los comunistas—ya he dicho que lo mismo en Rusia que en las demás naciones—para desprestigiar ante el mundo a los militantes del sindicalismo revolucionario o a los anarquistas. Era preciso—silenciarlo equivalía a complicidad—decirlo claramente y francamente, para que el público supiese a qué atenerse.

Otro hecho que demuestra elocuentemente con qué ensañamiento actúan los bolcheviques, es el de que nadie puede salir de aquel país no siendo satélite de Stalin o convencido de las bondades del régimen allí

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

imperante. Para los ciudadanos rusos está absolutamente prohibida la emigración. Por lo que respecta a los extranjeros allí refugiados, si no comulgan abiertamente con el comunismo staliniano, encuentran todas las dificultades y obstáculos imaginables, si es que tratan de ausentarse de Rusia. Los familiares de éstos corren la misma suerte y aun, muchas veces, no consiguen el fin propuesto.

¿Es éste el espectáculo de "libertad" (?) que con su revolución quieren traernos las diferentes fracciones del Partido Comunista? Será absolutamente preciso que los mismos comunistas confiesen que la corriente estatal de la primera internacional, plasmada en la realidad, no satisface los anhelos de las multitudes obreras. Por esta causa se ve obligada a mantener una cantidad de instituciones burocráticas, que usurpan en su mayor parte los productos de la labor de la clase laboriosa. Los burócratas, por su privilegiada situación que les ha valido el remoquete de "aristocracia obrera", son los más fervientes defensores del nuevo Estado, opresor de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo.

Por esta causa, después de las experiencias de la Revolución rusa, los enemigos de todas las dictaduras, de todos los estados y gobiernos: los anarquistas, que representan la otra corriente antiautoritaria, defendida primero por el incansable luchador Bakunin y más tarde por el sabio geógrafo Eliseo Reclus,

V. P E R E Z (C O M B I N A)

creen que la única revolución que dará plena satisfacción política y económica a los obreros todos, es la que acabará definitivamente con la ilógica explotación del hombre por el hombre, aquella que en realidad cree una sociedad justa y equitativa, en la que no haya crisis y en donde todos trabajen para vivir. Entonces se podrá hablar de una comunidad de trabajadores y crearemos que el trabajo enaltece y dignifica; la producción será propiedad del conglomerado elaborador y no del Estado.

Los sindicatos, a mi entender, pueden ser un gran factor de renovación y de construcción en este sentido. Pero no pueden caer en los devíos políticos porque, en este caso, perderán todo su valor creativo y languidecerán eternamente en una espera jamás terminada.

CAPITULO XVIII

Panaït Istrati

No queremos terminar este libro sin dedicar un capítulo a este narrador portentoso, a este escritor, revolucionario y entusiasta, que, ferviente admirador de cuanto es progreso y libertad, quiso conocer de cerca la revolución rusa.

Yo tuve ocasión de conocerle el año 1929, cuando apenas acababa de hacer su gira por el territorio soviético, de la que tan pésima impresión sacó y con cuyos datos, recogidos en la fuente misma de la protesta, oídos de los labios populares, le sirvieron para escribir aquel libro valeroso, modelo de sinceridad y de brillantez, que se titula "Rusia al desnudo".

En la conversación que sostuvimos me descubrió la magnitud de su desencanto y me refirió lo doloroso que era para él tener que confesar la verdad después de haber manifestado tan vehemente entusiasmo en las cartas que escribiera a sus amigos a raíz de su llegada a la U. R. S. S.

Hícele notar, en descargo suyo, que no hay quien pueda resistir la ola entusiástica que le arrastra a su

llegada a Rusia, los primeros días, ante el apoteósico recibimiento de que son objeto tanto los delegados como los turistas que van con carácter oficial a aquel país.

Entonces, Istrati me habló de sus proyectos. Con frases llenas de fogosidad y de razonamiento, me dibujó las grandes líneas de su libro que, según la excelente expresión de A. Bailly, es un ataque franco y leal contra la nueva horda que en el poder se harta mientras los miserables trabajan duramente para pagar la cuenta, muy elevada por cierto, del cuarto estado.

El libro es, en verdad, un grito sincero contra la desenfrenada orgía de los "directores soviéticos" que, olvidando el origen de la revolución, envían a los verdaderos y puros revolucionarios a la cárcel, al presidio o a Siberia. El libro debía ser una imagen neta, límpida, del desorden, del miedo y del crapulismo burocrático que asola el país soviético.

Y exclama Istrati:

"Sí, el mundo muere por todos lados, por arriba y por abajo. Sin embargo, si es justo y razonable que se hunda el andamiaje de arriba, porque ha dado ya todo lo que podía dar de sí, no puedo concebir en modo alguno la inmoralidad de abajo, que se manifiesta apenas empezada la prueba.

"No va mi protesta contra la masa. Esta, en su miseria, ha padecido siempre hambre y sólo ha pen-

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

sado en lo sublime, en razón directa de su estómago. A ésta debemos absolverla. Pero, ¿cómo podríamos absolver a los que se destacan de su seno, a los que se proclaman élite y en lugar de favorecer a la multitud hacen como que se asignan insignificantes cuando en realidad, acaparan sueldos, roban, violan, ahogan, machacan y matan entre el más absoluto silencio?

"¿No es éste el más rotundo fracaso de una revolución?

"No es imposible pasar el balance de esta inmoralidad. Con él podrían llenarse volúmenes y figurarían como acusados todas las jerarquías, desde la cima hasta la base, que constituyen la U. R. S. S. y la Internacional. Unos por haberse aprovechado, otros por haber visto como aquéllos robaban y no haberlo denunciado y, todos juntos, por saber tantas cosas y callarlas; por esconder a los ojos del mundo la verdad desnuda..."



Nadie, ni antes ni después de Panait Istrati, se ha atrevido a hablar con tanta claridad respecto a Rusia. Y es que el literato rumano es uno de los poquísimos escritores que han ido a la U. R. S. S. con un espíritu de investigación y de análisis.

V. P E R E Z (C O M B I N A)

Porque quería penetrar, sin ayudas ni intérpretes, en lo más hondo del alma de aquel pueblo. Porque quería rozar las blusas grasientas de los operarios, oír sus voces y escuchar sus alegrías o sus tristezas. Estaba dispuesto a enterarse concreta y certeramente de cuál es la vida del obrero después de la Revolución de octubre. En resumen, quería enterarse por propia iniciativa y por los medios directos, que son los más eficaces y los que nunca engañan.

* * *

Recuerdo, aunque lamentándose de no haber podido recoger toda la información necesaria, me expresaba su disgusto, diciendo:

“Quisiera poder trabajar en alguna fábrica, en algún taller o en una mina. De esta forma podría percatarme personalmente de cuáles son las condiciones de trabajo y cuál la vida que debe llevar el obrero. Esta es la única forma en que yo podría dar un informe exacto de estas cosas.”

No fué a la fábrica, es cierto. Su condición de turista no se lo permitía, pero, en los dieciséis meses que permaneció en la U. R. S. S., procuró practicar la lengua rusa y prescindió—como he dicho—de todos los intérpretes, bastándose a sí mismo para la relación y el estudio de lo que se había propuesto.

UN MILITANTE DE LA C. N. T. EN RUSIA

Y fué así como trabó amistades con los obreros de las fábricas en la capital y con los campesinos en provincias. Por esto pudo decir más tarde que el alcoholismo, la procreación numerosa, el paro forzoso, la esclavitud religiosa, el hambre y la miseria se han enseñoreado de Rusia. Por esto pudo afirmar—como lo demostramos nosotros—que en el “paraíso Soviético”, el pueblo se halla a la misma altura que antes de la revolución.

* * *

Panait Istrati, indagador incansable, escudriñador infatigable, lo vió todo. Recorrió el territorio ruso de parte a parte, preguntando siempre, anotando detalles y observaciones, y no perdiendo nunca ocasión de hablar repetidamente, y siempre con detenimiento y extensión, con algunos emigrados políticos, entre los que me encontraba yo.

Su mayor alegría fué encontrar, entre estos últimos, a algunos íntimos amigos suyos, compañeros de trabajo, de cuando era obrero en la fábrica metalúrgica—ya que el de metalúrgico es su verdadero oficio—, con los cuales había perdido toda relación al abandonar la fábrica para dedicarse a la literatura.

De esta forma, uniendo al vigor de su valiosa pluma, los preciosos datos que pudo adquirir por su ex-

V. P E R E Z (C O M B I N A)

pariencia y los que le proporcionaron amigos y conocidos, Panait Istrati escribió sus dos libros formidables; crítica veraz e imparcial, titulados: "Hacia la otra llama" y "Rusia al desnudo", que tan comentados fueron por toda la crítica mundial y que merecieron los más furiosos denuestos de todos los fieles al régimen dictatorial Bolchevique.

FIN DE LA OBRA



INDICE

Introducción	...	9
Capítulo	I.—Cómo y por qué fui a Rusia	27
»	II.—El territorio ruso	31
»	III.—Moscú	39
»	VI.—Los salarios y las condiciones de trabajo	
»	V.—Los Comités de Fábrica y los Sindicatos	57
»	VI.—Los salarios y las condiciones de trabajo en la U. R. S. S.	65
»	VII.—El salario femenino	83
»	VIII.—La movilidad obrera	89
»	IX.—La colectivización	103
»	X.—Las cooperativas de consumo y la crisis de productos	113
»	XI.—La cooperativa de construcción y el reparto de viviendas	129
»	XII.—Los empréstitos del Estado	141
»	XIII.—Las cárceles de Rusia	147
»	XIV.—Los presidios	157
»	XV.—El cuartel y el servicio militar obligatorio	165
»	XVI.—El casamiento, la familia, el divorcio, seguros sociales, escuela y prostitución	169
»	XVII.—La persecución del pensamiento libre en la U. R. S. S.	197
»	XVIII.—Panait Istrati	215



En preparación un segundo libro de

Vicente Pérez Combina

titulado

Como salí de Rusia

Todos los trabajadores deben leer lo que nuestro camarada V. Pérez (Combina) nos cuenta de la U. R. S. S. ya que nadie más indicado que el que ha vivido durante 4 años trabajando en las fábricas Rusas.

Proximamente aparecerá el libro que todos deben leer

Pronto

Indice Rojo

Novela de crítica social y política social de la República Española por el conocido militante

Ricardo Peña

200 páginas

2 ptas

Pedidos Ediciones

Rojo y Negro

Gavá, 38 - Barcelona

